

MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto



conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretaria

María Guadalupe Conde

Vocales

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

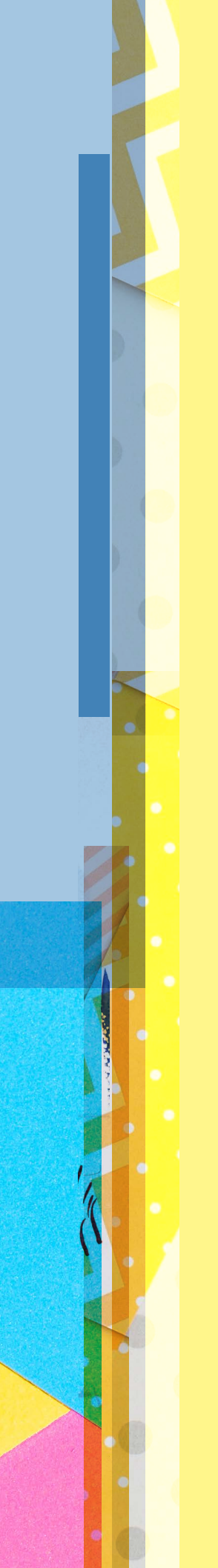
Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

0800-444-0068 | conabip.gob.ar



MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.
168 p. ; 28 x 20 cm. - (Biblioteca Popular)

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

Idea y coordinación general

María Julia Magistratti

Coordinación editorial

Esteban Gutiérrez

Laura Rovito

Diseño y diagramación

Ariana Jenik

Producción

María Celeste Albe

Ilustración de tapa

Isol Misenta

Colaboraron en esta edición:

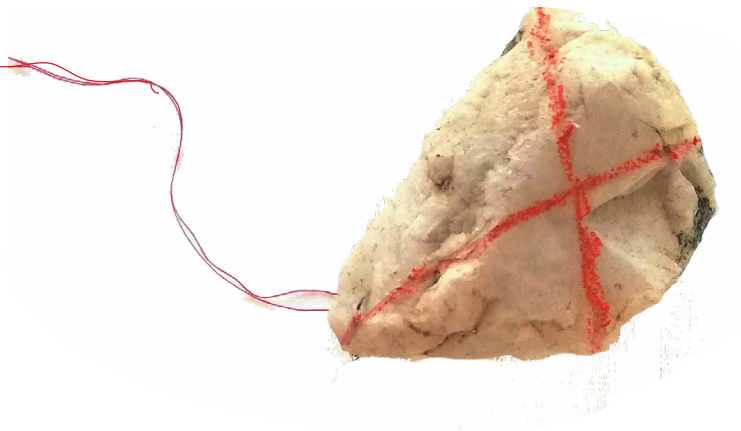
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

Índice

Presentación,	11
Prólogo de María Teresa Andruetto,	14
Isol Misenta / <i>Aires del '82</i> ,	18
Fernanda García Lao / <i>Niña sin patria</i> ,	20
Roberta Iannamico / <i>El cuento de Malvinas</i> ,	28
María Elina Méndez / <i>Yo y la guerra</i> ,	32
Luciano Saracino / <i>Floencia</i> ,	34
Mariano Quirós / <i>Los vendedores de enciclopedias</i> ,	40
Matías Trillo / <i>Pastosa emanación de matadero</i> ,	46
Ariel Williams / <i>La noche de los focos</i> ,	48
Julián Axat / <i>Chimbote y temerario</i> ,	56
Poly Bernatene / <i>Me lo contaron en colores</i> ,	60
Marcelo Guerrieri / <i>Es todo cuanto puedo dar</i> ,	62
Patricia Suárez / <i>Claridad</i> ,	72
Cynthia Orenszajn / <i>Carta a un soldado</i> ,	82
Alejandra Kamiya / <i>Cosas que no sé</i> ,	84
Eduardo Sacheri / <i>El silencio del pescadero</i> ,	90
Costhanzo / <i>Bajo fuego</i> ,	96
Gustavo Murillo / <i>Una odisea (el camino más largo)</i> ,	98
Sergio De Matteo / <i>Niebla de guerra</i> ,	102
Nicolás Arispe / <i>La batalla de Monte Longdon</i> ,	110
Viviana Ayilef / <i>El portero de la escuela</i> ,	112
Silvia Mellado / <i>Retales</i> ,	118
Pablo Bernasconi / <i>Contrapunto</i> ,	124
Natalia Ferreyra / <i>Como si acá no hubiera pasado nada</i> ,	126
Leo Oyola / <i>Los ojos más lindos de Isidro Casanova</i> ,	132
Raquel Cané / <i>Monstruos y titiriteros</i> ,	136
María Pia López / <i>La provincia de la infancia</i> ,	138
Láminas,	145

Presentación

Las Islas Malvinas, Georgias, Sandwich del Sur y espacios marítimos circundantes, son argentinas. Las Islas Malvinas son argentinas y fueron usurpadas en 1833 por Gran Bretaña. Desde entonces nuestro país ha protestado la presencia británica, ha ratificado nuestra soberanía y solicitado la recuperación por vía pacífica y diplomática; y en ese camino ha obtenido el reconocimiento internacional como un típico caso de colonialismo. La Cuestión Malvinas es expresión de la defensa de la integridad territorial de la Nación a la vez que una causa anticolonial. Ese formato histórico recurrente de la reivindicación y el reclamo fue interrumpido por una guerra pensada como una carta salvadora por el régimen más asesino de la historia argentina en su búsqueda de legitimación y permanencia, y se convirtió en cambio en la manifestación final de su trágica monstruosidad.

En ese proceso se advierte el trazo de la continuidad genocida de la Dictadura Militar comenzada en 1976, destructiva del aparato productivo en favor de los intereses financieros y especialmente concentrada en la represión, desaparición y muerte de las jóvenes generaciones de entonces. El desprecio por la vida se expresó primero en la desaparición de jóvenes estudiantes secundarios, universitarios, obreros y obreras –la saña con la que los torturaron y mantuvieron en cautiverio se conocería en su cabalidad más tarde–. Y del mismo modo, los miles de jóvenes civiles militarizados circunstancialmente, de no más de dieciocho años arrancados de sus lugares para ser conducidos hacia el Sur mal equipados, mal vestidos, mal alimentados, sin ninguna formación ni cuidados para enfrentar nada menos que a una guerra contra una potencia internacional. A una guerra inconcebible arropada por una causa nacional histórica. Más tarde sabríamos también que la tortura y el desconocimiento de la condición humana fue allí la constante.

A 40 años de esos acontecimientos, la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, institución histórica del Estado Nacional fundada en 1870, quiere rendir homenaje con la publicación de este libro a los jóvenes soldados y combatientes de Malvinas, a la vez que reafirmar nuestra Soberanía sobre ellas.

Tal como la practican las Bibliotecas Populares en cada uno de los pueblos, parajes y localidades del país, la memoria es un ejercicio de reparación, de la enorme capacidad humana de hacer presente y en ese gesto insistidor, desobediente, necesario, reponer sentidos, revisionarlos con nuevas perspectivas, con nuevos puntos de vista.

Y por eso pensamos en un libro que reúna voces y geografías. Y que éste sea un homenaje transformado en ejercicio de memoria activa por una generación de niñas, niños y adolescentes nacidos entre 1966 y 1980, que vieron la guerra por la televisión y los diarios de la época, pero que la vivieron y experimentaron con sus propios cuerpos en sus vidas cotidianas.

A esta antología de memorias incandescentes, dibujadas y escritas, la componen un niño que en La Plata acababa de perder a sus padres asesinados por la Dictadura; una niña que vivía en el exilio, destierro al que la Dictadura arrojó a muchos ciudadanos; y niñeces y primeras juventudes que transcurrieron en pueblos y ciudades del país de Norte a Sur y de Este a Oeste. Quisimos recopilar una memorabilia de infancias, asombros, consternaciones y vivencias de tiempos de guerra de estas chicas y chicos, hoy grandes escritoras, escritores, ilustradoras e ilustradores que, de la mano de las Bibliotecas Populares, llegarán a las y los lectores de todo el país.

María del Carmen Bianchi

Presidenta

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares





María Teresa Andruetto

Nació en Arroyo Cabral (Córdoba), 1954. Publicó novelas, ensayos, libros de cuentos, poemarios y libros para niños. Traducida a varias lenguas, sus libros son materia de numerosas tesis de grado y doctorado. Ejerció la docencia en los niveles secundario y terciario y desde hace más de treinta años interviene de diversos modos en la construcción de una sociedad lectora. Obtuvo, entre otros, los premios de novela Luis de Tejeda y Fondo Nacional de las Artes, Premio Iberoamericano a la Trayectoria en Literatura Infantil SM, Pregonero de Honor/Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, Premio Cultura Universidad Nacional de Córdoba, Premio Hans Christian Andersen, Konex de Platino y Premio Trayectoria en Letras del Fondo Nacional de las Artes 2020. Codirige una colección de revalorización de narradoras argentinas en la Editorial Universitaria EDUVIM y cada semana comparte una breve historia desde la radio de la Universidad Nacional de Córdoba.

Prólogo

Memorias de infancias en tiempos de guerra

■ Qué es la patria? Un país que no se ve, ¿existe? Son un concepto muerto la bandera, el himno, para una niña modificada por el exilio, para una niña sin territorio. Del otro lado del océano, sólo malas noticias y una guerra como método de distracción. Qué es ese suelo manchado de sangre para alguien que no sabe que las cosas tienen dueño, que otros países pueden apropiarse hasta de nosotros.

¿Qué esa fascinación, ese amor repentino, esos cantos nuevos en la radio, ese llamado a esconderse? ¿cómo ocultar una ciudad entera, tapar las ventanas, apagar las luces de las calles? Parece un juego, hasta que un día en la escuela, antes de entrar a las aulas, dicen que el padre de una alumna ha muerto en la guerra y que es un héroe y un valiente y que se va al cielo.

Tal vez la patria sea, para dos niños que juegan, el recuerdo de un beso bajo una mesa de la salita de cuatro, en medio de un simulacro de ataques y de bombas, mientras la mujer policía avisa que nos están robando unas islas. Un recuerdo y el lugar donde ancló ese recuerdo: un pueblo, un barrio, un baldío, un potrero, una vereda, el patio de la escuela donde se ha jugado, en Zapala, Orán, Trelew, Resistencia, Lomas de Zamora, La Plata, Isidro Casanova, Comodoro Rivadavia, Villa del Parque o Trenque Lauquen, Castelar, un barrio de Córdoba o de Rosario o de Santa Rosa de La Pampa.

O la cosecha de la vergüenza, como la de esos combatientes que van a una escuela de Resistencia a repartir folletos, como vendedores de enciclopedias o como quien pide limosna, esos a los que la fantasía heroica de unos niños educados a fuerza de soldaditos de plomo y batallas televisivas, consideran cobardes. Porque la euforia épica se reparte a manos llenas por la televisión, la radio y las revistas, nos soborna con un Pucará solito, volando pegado al mar, hacia un barco recortado contra el horizonte, bajo el leitmotiv: *la vida debe continuar*, porque mientras todo está oscuro hay que seguir haciendo lo de siempre.

O quizás la patria sea tirar piedras al foco de la esquina, a las luces acusetas, darles con gomeras o rifles de aire comprimido, hasta convertir el engaño en una fiesta, la fiesta de romper, la fiesta de dejar de creer.

.../el paño que tacha/ los majestuosos crepúsculos/ no es la patria, dice un poema de Alejandro Schmidt, pero en el centro del patio están el mástil, la bandera, las donaciones para los que combaten en el frente, y un programa en la televisión que dura todo el día, al que la gente lleva anillos, tapados, medallitas de la Virgen y pequeños ahorros, para comprar comida y abrigo a nuestros héroes. Eso está en los recuerdos de todos; también los chocolates y los dulces y las cartas, y aquel muñeco de campera camuflada, casco y fusil, aquel soldado con articulación para que un hijo de desaparecidos, el nieto de una Madre de la Plaza, no olvide los saberes de la muerte. Así se han ido abandonando los viejos relatos para que la guerra se manifieste en tiempo real con sus fantasmas atroces y unos muchachos acurrucados en un patio, entre los árboles, miren al cielo, busquen ahora pájaros de acero. Aunque nunca sonaron las alarmas ni doblaron las campanas, ya sabemos que el lobo se ha transformado en cordero, que el pueblo ha redimido a las bestias y el tío que escuchaba a Pescado Rabioso, llega con su uniforme blanco y el bolso marinero convertido en un *Kojh* sureño, en un *howenh* del mar.

Hombres y mujeres de hoy, los cronistas de estas memorias de infancia le hablan al niño o la niña de aquellos años, a los que alguna vez fueron, como aquel que ha dicho algo indebido, que habló demasiado y percibe la amenaza de *Los invasores*, de *El increíble Hulk*, *El hombre nuclear*, los *Etes*, mezclados entre nosotros. Ya pronto la patria será cuántos aviones ingleses tiramos abajo, cuántos naufragos del Belgrano se salvaron, cuántos soldados nuestros echaron a los soldados de ellos, y sobre todo será la espera de un comunicado que diga que los padres y los chicos de la guerra vuelven todos vivos y que esa guerra se acabó y que ganamos.

Pero ¿quién es patriota y quién es forastero en esta tierra? Ajenos en la propia casa, para pertenecer se transitan todos los lugares comunes, se reza, y las recién nacidas tienen islas en sus nombres. En todas partes la euforia, aunque hace unas semanas murieron muchos en un barco. Alguien canta *bajo el manto de neblina, no las hemos de olvidar* y ve a su padre que mira el piso, se hace el mudo, la lengua retorcida, doblada como un pañuelo.

Vamos argentinos, vamos a vencer. ¿Quién querés que gane? le preguntan a la niña que no es china, que es de acá y ella responde como todos, Argentina. Difícil ser niño y jugar a otra cosa. Tres torpedos. Ochocientos soldados. La desgracia cae sobre nosotros igual que un pájaro en vuelo.

La patria y la guerra son ya una misma cosa. Un tobogán de algarabía. El mundo nos admira y el corazón no nos cabe en el pecho. Lo dice la televisión, lo repiten en la radio y en los diarios, aunque no logren convencer al pescadero que ha peleado contra los ingleses, el que anticipa que un montón de muchachitos van a morir.

La Guerra y la patria. Chicos que jamás volvieron y otros que tuvieron que hacer un lento trabajo para volver sin ser fantasmas. Así Pedro cuenta en Orán la guerra que ha vivido, como el loco Carlos barre el dolor en Trelew, como reparten folletos los soldados en Resistencia o un ex combatiente acepta un trozo de pan dulce en Zapala, por la propia sed de ser alguien, de decir quién se es, un tal Pedro quizás, como otros Juanes y Pedros que han vivido el horror.

La burla, el desprecio, la demonización, la desmemoria. La cosecha de la vergüenza, porque no fuimos capaces de volver la cabeza, de aguzar el oído, porque nos empeñamos en no verlos y no enseñamos a verlos. No los vimos porque cuando se trata de memoria el silencio se rompe en conjunto, en la dignidad de los pueblos organizados. Por eso entonces, y todavía más tarde, cuando la guerra termina, cuando parece cosa del pasado, ya en democracia, deambulan todavía soldados con uniformes descoloridos y borcués descuajeringados, se sientan en las veredas de pueblos sureños, flacos, demacrados, y alguno les acerca una sidra, un pan dulce, como una limosna. Cada conscripto varado en un pueblo es un aparecido. Un desaparecido aparecido. Un fantasma. Soldaditos de Malvinas sin lugar a donde volver. Es insoponible el héroe vagabundo, mejor decir que anda sucio y borracho porque la guerra enloquece a cualquiera.

Los cronistas han tenido madres, mujeres como esa que llora frente al televisor, ante una plaza que canta: *¡Que se venga! ¡Que se venga! ¡Que se venga el principito!*, la que dice *Ojukase chupekuera, Los van a matar*, a esos chicos a los que les pidieron que fueran hombres cuando los embarcaron hacia el Atlántico Sur. Y en un barrio obrero, con mandarinos y limoneros, donde crecer se nombra doloroso porque un vecino apareció tirado al borde de una ruta, porque se espera ya sin esperanza que aparezca un primo delgado y comunista, porque se han quemado unos libros por prudencia..., en una familia que tiene agujereadas la vida y la celebración, a una jovencita que se emociona ante una plaza llena y un militar iracundo, otra madre le pega una cachetada, nos da una lección, *las guerras no se festejan*, ¡qué lección, madre mía!



Isol Misenta

Nació en Buenos Aires, 1972. Tiene veinticuatro títulos publicados, traducidos a diecisiete idiomas. Su libro *Petit, el monstruo* se convirtió en una serie animada que coproduce el canal Pakapaka. Recibió reconocimientos internacionales, como el ALMA Award en 2013, uno de los mayores premios de la literatura infantil mundial.

Ilustración: *Aires del '82*





Fernanda García Lao

Nació en Mendoza, 1966. Publicó las novelas *Muerta de hambre* —primer premio del Fondo Nacional de las Artes—; *La perfecta otra cosa*, *La piel dura*, *Vagabundas*, *Fuera de la jaula* y *Nación Vacuna*, los libros de cuentos *Cómo usar un cuchillo* y *El tormento más puro*, los poemarios *Carnívora* y *Dolorosa*. En coautoría con Guillermo Saccomanno escribió la novela erótico-epistolar *Amor invertido* y el libro de relatos *Los que vienen de la noche*. Su obra fue publicada en América Latina, España, Francia, Italia y Estados Unidos. Fue traducida al inglés, al francés y al italiano. Además, escribió y dirigió piezas teatrales que le valieron, entre otros, el premio Antorchas.

Niña sin patria

*Un niño
Nadie ha encontrado ni encontrará jamás.*
Voltaire

*El espacio me angustia como a los gatos
Partir
es siempre partirse en dos.*
Estado de exilio, Cristina Peri Rossi

Elegiste el libro y la muñeca.
La biblioteca y los cuadros viajarán más lento,
en la bodega de un barco.
La infancia no viaja. Se hace vieja, atrás.
Autobiografía con objetos

UNO

No es igual irse a que te vayan.

DOS

Quién es esa que fui sino la que creo haber sido. Quién subió al avión el día de su cumpleaños en 1976. ¿Yo? Mi hermana dice que saludé a una platea inexistente desde la escalerilla. No recuerdo. Pero escucho de aquel día a un grupo de pasajeros, entre nubes, que cantan.

TRES

Del reiterado *Yo es otro* de Rimbaud, hay varias interpretaciones. La más obvia es el desdoblamiento.

Yo es otra en cuanto bajo del avión. Pero quién. La dueña de un libro, una muñeca.

CUATRO

Un amigo, que además de psicoanalista es editor, me escribe: “Renacer a través de las elecciones extremas es, también, una marca compartida. ¿No se podía

elegir dos libros y cero muñecas?”. “Para una niña –le contesto– elegir una muñeca es fundamental, es nuestra primera doble”. “Hoffman lo sabía bien”, me dice. “Y Silvina Ocampo”, le digo. Pienso en *Icera*, la que no quería crecer. Soy todo lo contrario.

La infancia arrebatada de golpe me hace vieja. Al menos, esa sensación. Una mujer impostando su niñez frente a las demás.

En la escuela, cara de póker.

CINCO

“Yo es una representación ilusoria que necesita de otro para existir, como me-ro límite del mundo”, dice Wittgenstein. Hay un yo porque hay un vos, porque hay otro.

Si el otro es móvil, si la familia se recorta de su origen, quién ve. Por otro lado, un país que no se ve, ¿existe? Argentina no es más que un tipo de sobre. Cuando llega carta se reconoce el origen por el borde. La palabra suena a misterio.

SEIS

Ese núcleo familiar en movimiento se hace mundo y, a la vez, recluye. Mejor no abrirse, no dar demasiada información. El país del padre sustituido por el de la madre. El concepto de patria ha muerto. La bandera, el himno, también.

La fila se rompe, no hay letra en el nuevo, solo una melodía que suena de lejos. Liberarse de lo anterior. Entender es el propósito excluyente de la niña.

Desaprender una doctrina pone en duda la que pretendan imponer después.

SIETE

Cómo hacer un yo si lo que hay es distancia. Mi yo, ocupado por la doble. Fabrico a esa otra con material descartable, de oídas. Aprendo a ser, lo consigo. Cumpló diez, once, doce en el documento, pero en el fondo las cuentas no cierran.

¿Soy mi propia muñeca? Qué fue de la que traje de Mendoza, no sé. La abandono en cuanto tengo un ropero.

OCHO

La nueva no coincide con la anterior porque es vulnerable, ha sido modificada por el exilio. Y no sólo. Mi yo pasado, mi niña yo, se vuelve una imagen difusa. Imaginar viene de imagen, pero en movimiento, el lenguaje no hace otra cosa que proyectarse hacia adelante o hacia atrás.

El país, en estricto pasado. Qué vértigo imaginar el océano en el medio. Cada llamado incluye el eco de las olas, la interferencia. Operadora es una palabra que suena a ciencia ficción, a barco hundido. Se habla rápido, para no gastar.

NUEVE

Además de una conciencia, una es cuerpo, sistema de creencias, un imaginario, una condición, una característica social determinada, una historia colectiva. Pero la Historia es otra. En el relato del país nuevo hay un elenco diferente. Isabel y Fernando. Felipe el hermoso y Juana la loca.

¿Habitar una torre es igual que carecer de territorio? Desacralizar lo impuesto. Me veo en la torre, pero bajando. Por el lado de afuera.

DIEZ

Ausentarse no es una elección. Al vivir lejos, se toma conciencia de la distancia entre el yo y lo que eso significa. Para la gramática, yo es la palabra que reemplaza al sujeto. Entonces, yo es el modo que tenemos de sustituirnos. Y no tiene género. Yo es nadie: puedo ser quien quiera. “Yo soy nadie, vos quién sos”, escribió Emily Dickinson.

Yo es quien dice serlo.

Digo soy argentina, pero hago mis zetas, aprendo el mundo en Madrid. Cada minuto es un metro más de distancia.

También se entiende así: sacarse la responsabilidad de ser alguien. Permitido inventar, cambiar de nombre. La niña se administra sola.

ONCE

Olvidar la herida, el país que se dejó, es importante. Sin recuerdo no hay nostalgia. El presente se hace tierra, dominio. La distancia es visual, existencial, auditiva. Mejor leer lo que se aproxima. Palabras y caras nuevas.

El vocabulario incluye incógnitas sencillas: rollo, prisa, melocotón. Comerse el diccionario, autorizarse.

DOCE

Yo es una desconocida, yo es otra incluso físicamente: quién soy vista de atrás, de espaldas, yéndome. La niña ha pegado un estirón, las piernas flacas parece que fueran a quebrarse. Los pies no crecen. Qué difícil la clase de gimnasia. Terror a los saltos, las volteretas.

Luego, actuación, certificado, excusas.

TRECE

Ser una extranjera que se ocupa en su adaptación y va mutando es un trabajo de tiempo completo. “Yo es el que prueba la realidad”, dice Freud. Pero, tal vez, es la realidad la que nos prueba. Somos su experimento.

Del otro lado del océano, sólo malas noticias. El padre ha viajado solo, para ver a su mamá. Vuelve triste, desolado. No voy más, dice. Los amigos no están, los que quedan, irreconocibles.

CATORCE

Habitarse con conocimiento de la usurpación es una toma de conciencia. Hacerse de nuevo dice que se puede discutir el yo, aunque el descubrimiento sea un poco prematuro y no haya herramientas. De vez en cuando la incógnita de quién hubiera sido si...

Pero hay que ocuparse de la evolución con audacia. Menstruar junto al Mediterráneo anula a la cordillera, no queda ni el contorno. El cóndor muta en buitres adjunto.

Instrucciones para utilizar un tampón.

QUINCE

Intercambio de casa y de conocimiento con púber francesa. Salida en tren hacia un tercer país. Primera vez con el whisky, con la independencia. El mundo es más que el país lejano y el de acogida. Ampliación del campo de batalla. Recibir una carta de la madre donde explica la nueva desgracia *plus ultra*. Ahora han inventado una guerra como método de distracción. La familia se divide en la opinión. Leer sobre Malvinas en francés, vuelve el horror distópico, improbable. Al regresar del viaje, el evento macabro ya terminó. Se han replegado las consignas, abandonado los cuerpos.

Resolver que Argentina es un absurdo, desterrarla por imitación. Hacerle al país lo mismo que nos hace. Proscribirlo.

DIECISÉIS

En *Core*, Andrzej Szczeklik relata cómo la cultura griega se vio influenciada por el chamanismo de Siberia: el chamán, aquel que negocia con los espíritus, el que va en lugar del enfermo a lugares donde los demás no tienen acceso, es un personaje similar a lo que los griegos recrean en el mito de Orfeo. El poeta, como los chamanes, tiene la habilidad de llegar hasta el ultramundo para buscar el alma robada de alguien. Chamanismo y catarsis son estados de conmoción. Mientras en el primero hay que abandonar el propio cuerpo para llegar hasta lo inverosímil, con la catarsis se libera al cuerpo del mal, purificándolo mediante el arte.

DIECISIETE

Core significa muchacha, pero también pupila. La niña. La imagen de la niña crece hasta convertirse en nombre propio. Perséfone o Kore, hija de Zeus y Deméter, raptada por Hades, el señor de las tinieblas, se ve espejada en esos ojos y a partir de entonces queda ahí, duplicada “en el Palacio subterráneo de la mente”, escribe Roberto Calasso, en *Las bodas de Cadmo y Harmonía*.

Al morir el padre, mi Core se libera. También disuelve el último lazo con Argentina, así se siente. Todo es ahora. No hay allá. La muerte de la palabra padre habilita a la hija a ser, a constituirse.

Desatención del alma. Y de las noticias.

DIECIOCHO

Sin saber aún qué decir, aspiración a la poesía. La chamana y la enferma coinciden, pero el verso no aparece. Fracasas en el intento no es perder, la insistencia es el viaje.

Hacer teatro permite asimilar todas las que soy, ponerlas a jugar. Catarsis disfrazada de profesión, un objetivo.

DIECINUEVE

Escribir e improvisar, el nuevo vicio. Intervenir la autobiografía desde la ficción para hacerla legible, escriturable, es un modo de construirse sin excluir el vacío, pero inventando un puente. Yo es la elipsis. El salto.

Aprender de caídas sin lastimarse tanto.

VEINTE

Niña sin patria, huérfana de padre. Y de ahí, intempestivas respuestas, disfraz oscuro, anarquía y desobediencia a cualquiera que intente la autoridad.

La hermana mayor encarna la resistencia al entorno. No ha dejado de sesear, destesta lo español. Aspira a regresar. La madre teme por la disolución de la familia. Sin preguntar, vende, compra. Organiza el traslado, la repatriación.

VEINTIUNO

En estado de desgobierno regresar al país que no quiero, al que he extraído del alma para sanar. Y entonces la sorpresa. Recuperación de un lugar, aunque sea casi una extranjera. El imaginario lo abre. Pero no logro abandonar la certeza de ser una intrusa.

Volver incluye el permiso de irse cuando se quiera. Sin dar razón. Volver no tiene destino.

Apuro por rajar.

VEINTIDÓS

No hay modo de instalarse en nada cuando el yo se ha hecho móvil, se impugna el cerco en cuanto se lo intuye. Mudarse es sinónimo de libertad. El exilio deja huellas definitivas en cada cuerpo, incluido el lenguaje. Quien se pensó a salvo, no está.

La manera en que la niña se desprende de sí es haciéndole burlas a la muerte. Escribe para eso, para mantener ocupada a la sombra, aunque sepa que no la puede eclipsar. La sombra resplandece.

VEINTITRÉS

Irse y volver a irse. Niña sin patria, sin ciudad, cambia de signo. Irse de grande puede ser leído como autocelebración. El yo temporal, desprendido, pesa menos que el territorializado. La maleta, la valija, el movimiento. Si no están, sensación de estancamiento. Renovarse en el aire, otra vez.

Única sanación, aunque sea transitoria. Que el agua no se ponga turbia.





Roberta Iannamico

Nació en Bahía Blanca, 1972. Publicó los libros de poemas *El zorro gris*, *el zorro blanco*, *el zorro colorado*, *Mamushkas*, *El collar de fideos*, *Tendal*, *Muchos poemas*, *Nomeolvides* y *Qué lindo*, entre otros. También publicó los libros *Nariz de higo*, *Ris Ras*, *La camisa fantasma*, *Bajo las estrellas*, *Retrato de un zorro cachorro*, *Saltar sogas en la noche*, *Bien viento* y varias adaptaciones de cuentos clásicos y de relatos de pueblos originarios. Sus poemas están traducidos al inglés y al portugués. Escribe y canta sus canciones en el dúo las Kostureras. Codirige la Editorial Maravilla.

El cuento de Malvinas

Lego a la escuela y todo era la gran noticia. En el pizarrón escrito con letras enormes: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS. Y era como que había que festejar y ponerse contenta, eso me gustaba, aunque no entendía muy bien por qué, porque hasta ese momento a mí no me daba más alegría que las cosas fueran argentinas o de otros países. Casi no se me había ocurrido que los países fueran dueños de las cosas como los nenes de sus juguetes.

Las Malvinas: unas islitas por allá abajo, después las llamaron hermanitas, las hermanitas del sur, creo, o algo así. Vimos el mapa. Espalda con espalda estaban y mil patitas pateando. Así que esas eran las famosas islas Malvinas, que según dijo la seño siempre habían sido argentinas y que de pronto unos ingleses nos las habían robado. Ingleses malos. Y ahora la Argentina plantaba una bandera y así es como empezaba la guerra que seguramente íbamos a ganar.

No sé si fue ese mismo día o si fue al día siguiente que nos repartieron una fotocopia con el “Himno a las Malvinas”. Las Malvinas tenían su propia canción. ¡Con la seño de música a aprenderla! Y ahora, la vamos a cantar todos los días.

Tras su manto de neblina

No las hemos de olvidar

Aaaah, cómo me gustaba eso, un manto de neblina que las hacía tan misteriosas y lindas. ¡Y que no las olvidaríamos! ¿Qué era esa fascinación, ese amor repentino? Había mares que rugían y vientos que clamaban en esa canción. Había horizonte, montes y un mar azul.

La cantábamos a veces burlándola un poco, con demasiada fuerza, medio gritando, como si fuéramos soldados. Igual, la parte de la canción era lo mejor. Un momento alegre.

También por esos días apareció otra canción, que creo que la cantaba una nenita. La pasaban por la radio y se vendían discos simples con esa canción.

La nena cantaba:

Hoy le escribí una carta

a mi querido hermano.

*Le puse que lo extraño
y que lo quiero mucho.
Mamá me ha contado
que él es un buen soldado
que cuida las fronteras de la patria.*

No sé si sería porque la canción la cantaba una nena (cosa rarísima para ser una canción que pasaran por la radio), o porque yo también tenía un hermano mayor (aunque no tanto) o porque mi mamá también me contaba cosas (adoraba esos momentos), no sé si sería eso o qué, pero esa canción me hacía sentir una tristeza infinita. Solo pude superarla cuando conocí la versión que se cantaba clandestinamente en los recreos y que reemplazaba la segunda estrofa por:

*Mamá me ha contado
que él es un malcriado,
que roba las salchichas del mercado.*

Este hermano era mucho más divertido, y pasaba menos frío.

Todo era bastante extraño en la escuela con el tema de la guerra.

Nos mostraron un lugar secreto al que nos llevarían a escondernos en el caso de que fuera necesario. Nos hacían practicar cómo acomodarnos, en cuclillas, los brazos protegiendo la cabeza. Atención: si llegaba a tocar un timbre especial, no sé si dos o cuantas veces, era el aviso de que teníamos que hacer eso.

Y un día tocaron esos timbres, y nerviosas y en fila como hormigas fuimos a escondernos al lugar secreto. Era un “simulacro” pero había que actuarlo como si fuera real. Con mis amigas lo hacíamos con mucha risa. Por suerte no llegábamos a imaginarnos lo que podría ser un bombardeo, un ataque de verdad.

El lugar secreto desapareció de la escuela cuando terminó la guerra. Nunca antes habíamos ido y nunca más volvimos a ir.

Una noche la guerra era un monstruo grande por encima del cielo negro. Teníamos que escondernos. Había que esconder una ciudad entera y por eso había que apagar las luces de las calles, tapar las ventanas, que no se escape ni una gota de luz, ni un rayito, para que no nos vean desde arriba los ingleses y nos tiren bombas, que ni se imaginen que acá hay una ciudad. Había que tapar hasta los paragolpes de los autos, todo lo plateado, con papeles, con cintas o pintarlos para que la luna o las estrellas no se reflejaran ahí, no hicieran destellos y nos delataran.

Así que mi mamá tapó las ventanas, mi papá tapó lo plateado del auto. Ya ahí estaba todo medio raro. Antes la guerra era solo un tema de la escuela, en mi casa parecía que no se hacían problema o hablaban entre ellos y yo no les prestaba atención. Pero ahora la guerra había llegado a mi casa y a toda la ciudad, al parecer, esa noche oscura y las que vinieron.

Un día en la fila, en el patio de la escuela, antes de entrar en las aulas dijeron por el micrófono que el papá de una compañera se había muerto en la guerra y era un héroe y un valiente y se iba al cielo y aplausos.

¿Por qué dijeron eso por el micrófono si la nena estaba ahí? Yo no la conocía, y tampoco la vi porque estaba lejos en ese patio gigante, pero en mi corazón la veía llorando. ¿Cómo dijeron eso ahí adelante de todo el mundo? ¿cómo no la dejaron irse corriendo a esconderse a ella en una trinchera? Ni siquiera yo quería estar entre los comentarios.

Otro día la señorita nos hizo escribir cartas para los soldados, que estaban tan lejos y luchando y había que alentarlos, mandarles chocolates, abrigo, y las cartas les venían muy bien.

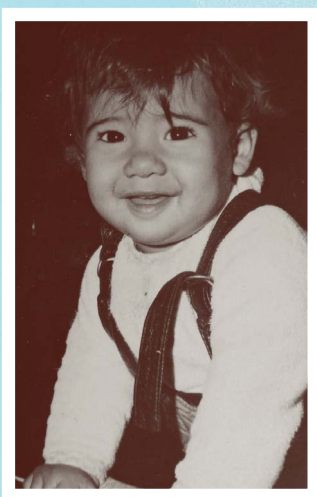
Esa fue la primera vez que le escribí una carta a alguien desconocido. Me sentía la nena de la canción del hermano. ¿Y dónde leería el soldado mi carta? Sentado en una piedra o cuerpo a tierra el muchacho leería la carta de una nena mientras comía un chocolate. Qué reconfortante.

Pero por favor que no me contestara ni me contara las cosas más terribles de la guerra que yo no querría ni leer. Estaba empezando a ver las cosas feas del mundo. Estaba empezando a desconfiar de los adultos.

Entonces fuimos un domingo con mi mamá, mi papá y mi hermano al Parque de Mayo. Pero no fuimos a las hamacas o a hacer asado. Fuimos a ver pasar a los soldados. Pasaban en camiones, en “unimots” decía mi hermano, que tenía uno de colección y era de sus favoritos entre los autitos.

Estaba lleno de gente. Pasaban despacio los camiones con soldados por tanta gente que había para gritarles, para saludarlos, para tocarles las manos. Algunos lloraban. Otros se reían y atajaban las cosas que les tiraban, los chocolates, las mantas. Nos metimos entre la gente y llegamos hasta el camión. Me alzarón, y así pude darle mi carta y un chocolate a un soldado que justo pasaba por ahí. Lo agarró sonriente y tal vez dijo gracias. El chico era como mi primo Dani. Un momento muy intenso. No hablé más en todo el día.

Cuando dijeron en la escuela que habíamos perdido la guerra, con mi mejor amiga hicimos algo a escondidas. En el recreo fuimos al aula vacía y en el papelero rompimos en pedacitos la canción de las Malvinas. Igual nadie se dio cuenta. Ya no se cantaba más.



María Elina Méndez

Nació en Buenos Aires, 1975. Egresó de la carrera de Diseño de Imagen y Sonido (UBA). Ilustró los libros *Mi tortugo no quiere ser mascota*, *El lobo de arena*, *Hijo de tigre nace rayado*, *Donde nace la noche*, *Cuando a este árbol le salgan flores*, *El sueño de la luna*, *El color de la nieve*, *Ramiro Mirón o el ratón espía*.

Ilustración: *Yo y la guerra*



Hoy le escribí una carta
a mi querido hermano..
Mi mamá me ha contado
que él es un buen soldado
que cuida las fronteras
de la patria



Cartas para los hermanos.
Los soldados eran los
hermanos de alguien como yo.
Yo también tenía un
hermano más grande,
de nueve años.

2 de abril de 1982

Grado: 1º



Sentí miedo,

un miedo
parecido a nada

En la escuela hacíamos
colectas para los
soldados. Algunas
mamá tejían abrigos



Me enteré de la
guerra escuchando
a los adultos

así se veían los
bombardeos
en la tele



¿Mi hermano
también va a ser
un soldado?

¡¡¡El que
no salta es
un inglés!!!



Hacíamos simulacros
de bombardeos



¿Cómo será
un inglés?

Para mi
las bombas
eran así



En la escuela
cantábamos
ésto y las
maestras
aplaudían

INDUSTRIA ARGENTINA

50 HOJAS



Luciano Saracino

Nació en Buenos Aires, 1978. Trabajó con dibujantes de renombre mundial como Ariel Olivetti, Quique Alcatena, Ken Niimura, David Lafuente, entre otros. Publicó, entre otras, las novelas gráficas *Historias del olvido*, *Las Aventuras de Fede y Tomate Vol. I, II y III*; *Ich: Furia de Cemento*. Desde el año 2020 es uno de los guionistas del famoso personaje Dago, publicado en Italia por la editorial Aurea. Entre sus libros de literatura juvenil se destacan: *Filgrid, el mago de los caminos*, *The Monster Diaries*, *Historias entre Tumbas*, *El Ciervo y los Lobos*, *El Monstruo y el Laberinto* y *¡Epa! Ese miedo no es mío*. Escribió guiones de series televisivas como *Naturalistas Viajeros*, *Germán, últimas viñetas*, *Derecho Viejo*, entre otras. Escribió, junto a Ricardo Romero, el guión de la película *Necronomicón*. Su obra fue publicada en español, inglés, francés, italiano, portugués, catalán, ruso, coreano, serbio, griego, armenio y alemán. Obtuvo el primer premio en el Certamen Internacional de Álbum Infantil Ilustrado "Ciudad de Alicante" (España) con su libro *Cuento Hasta Tres*, el Premio ALIJA a Mejor Historieta Para Jóvenes con *Las Aventuras de Fede y Tomate Vol. II*, los premios al Mejor Guión y Mejor Serie por *Germán, últimas viñetas* en el Certamen Nuevas Miradas en la Televisión y la medalla de "Legionario del Libro" en la Feria Internacional del Libro de Montevideo.

Florencia

Se llamaba Florencia. No tenía apellido porque en salita de cuatro todavía no teníamos apellidos. Pero se llamaba Florencia, eso sí te lo puedo asegurar. Espero que este simple y solitario dato, igual que a mí, te alcance.

Era más linda que no sé qué. La mamá le hacía unas trenzas que cuando el sol se las acariciaba –especialmente el sol que entraba por un ventanal lleno de mariposas de cartón que a veces aleteaban–, a mí se me iluminaba toda la tarde.

Así de linda era Florencia. Tanto, que a veces me guardaba las vainillas de la merienda y se las entregaba como ofrenda cuando salíamos. Recuerdo que, una vez, hasta le regalé mi chocolatín.

El Principito. Melincué casi esquina Helguera. Villa del Parque.

Ya no existe más mi jardín de infantes como tampoco existe más todo lo que te voy a contar. Pero estoy seguro de que vas a saber guardarlo.

Porque es importante.

En el patio de El Principito había una casita. Se trataba de una hermosa casita estilo Tudor, mucho antes de que yo supiera lo que era una casita estilo Tudor, pero que a mí me encantaba. Con Florencia solíamos “tomar el té” en la finísima vasija de plástico que había en las alacenas del interior (ya te dije que era estilo Tudor, así que no faltaban algunos lujos como el de las alacenas). Florencia le decía “jugar a las visitas” a aquello que hacíamos. Sin decírselo, yo jugaba “a la familia”. Los bebotes que sentábamos a nuestra mesa para ella eran “invitados” pero para mí eran “nuestros hijos”. Solíamos hablar de los temas más diversos mientras sorbíamos nuestras tazas vacías y hacíamos comentarios sobre lo exquisitas que estaban las masitas infinitas e invisibles que siempre descansaban sobre la mesa.

Creo que yo era el que menos hablaba durante su juego de las visitas y mi juego de la familia. En parte porque me fascinaba escucharla hablar y en parte porque la mayoría de las cosas yo las decía para adentro. Porque mi juego no era el mismo que el suyo.

Yo gustaba de Florencia, pero no estaba muy seguro acerca de que ella gustara de mí.

A los cuatro años, claro, no sabía que eso iba a pasarme una pila de veces más.

–¿Quiere un poco más de té, señor?

–Por favor.

–¡Qué masitas más exquisitas!

–Las hizo mi mamá.

Y así pasábamos el tiempo que duraban los recreos. Afuera, el bullicio de los otros chicos jugando en el patio para mí era la gente que pasaba.

Después de tomar el té volvíamos al aula, donde Florencia se comportaba con total normalidad pero yo seguía jugando a la familia. Aquel nuevo escenario, entonces, era mi oficina. La plastilina era mi trabajo, y yo ponía el mayor empeño en aquello que se me indicaba. Pensaba en los bebotes que me esperaban en mi casita estilo Tudor del patio y miraba a Florencia de reojo, que parecía hacer sus monigotes como si aquello fuese nada más que una tarea indicada por las señas Roxana e Inés.

Más o menos así pasé mi estadía en la salita de cuatro. No estaba tan mal, ahora que lo escribo.

Un día entraron en escena dos señoras que no conocíamos. Aquello no era para nada común, y en el jardín todo lo que era fuera de lo común era motivo de alegría (la salida al programa de Carlitos Balá, la visita de una abuela que nos leía un cuento, una compañía de teatro que venía con sus títeres...). Pero esta vez parecía diferente. Había algunos detalles que me hicieron dudar de entrada acerca de aquella visita.

¿Por qué esas dos señoras no se reían? ¿Estaban en nuestra salita, caramba! ¿Qué otra cosa que no sea sonreír tenían para hacer en nuestra salita? Las miré con desconfianza, intentando dilucidar este asunto.

Estaban vestidas de policía, con un gran gallo en el escudo prendido de su pecho, y yo no recordaba haber visto antes mujeres vestidas de policía tan de cerca. Si bien por aquellos años la calle estaba llena de gente uniformada, creo que aquellas fueron las primeras mujeres policía que vi en detalle.

Como cada vez que me enfrentaba a algo nuevo, lo estudiaba minuciosamente. Me llamó la atención su peinado tan tirante debajo de la gorra. ¿No les dolía? Si bien parecía una pregunta adecuada, no la hice.

Lo que sí hice fue seguir mirándolas con desconfianza.

Había dos cosas que no me gustaron de esas señoras, ahora que las veía bien.

Uno. No me gustó que nos hablaran sin sonreír. La señorita Roxana siempre sonreía cuando hablaba.

Dos. No me gustó que no nos cantaran una canción. La señorita Inés se sabía un montón de canciones.

¡Ah! Y las mariposas de cartón pegadas en el ventanal no aletearon al verlas llegar. Eso también me provocó desconfianza.

Nos dijeron en un tono de voz que tampoco me gustó que el país en el que vivíamos estaba en guerra, y nos explicaron un poco lo que era una guerra.

Nos hablaron de un invasor que nos estaba robando unas islas y yo me pregunté cómo haría ese invasor para robarse unas islas porque, hasta donde yo sabía, las islas eran unas cosas bastante pesadas, llenas de arena y con una o dos palmeras al medio. Por otro lado, ¿para qué alguien querría robarse unas islas? Las mujeres no mencionaron nada acerca de tesoros ocultos, por lo tanto no podía imaginarme la motivación para el extraño accionar de parte de los invasores. Robarse unas islas. ¡Habrase visto!

Pero claro, tampoco nada de esto lo dije en voz alta. Creo que lo hago ahora porque tengo cuarenta y cuatro años y sé que esas dos mujeres están lejos. Pero entonces yo sólo tenía cuatro y ellas estaban ahí nomás.

Nos dijeron que si alguna vez escuchábamos una sirena teníamos que meternos rápido debajo de las mesas y para asegurarse (ellas) de que lo íbamos a hacer bien (nosotros), practicaríamos un simulacro.

Entonces sí levanté mi manito de salita de cuatro. Ya tenía demasiadas cosas sin decir acumuladas como para sumarle esta otra.

–¿Qué significa *simulacro*? –pregunté cuidando de decir bien la palabra nueva. Las palabras nuevas eran una especie de obsesión, para mí. Había tenido una mala experiencia al darme cuenta que en el jardín de *infantes* no había ningún *elefante*, por lo tanto desde entonces cada vez que aparecía una palabra nueva preguntaba por su significado.

Simulacro no me remitía a nada y las dos mujeres se miraron sin saber qué responderme. Era claro que no estaban preparadas para la salita de cuatro, y un extraño silencio se apoderó de aquel lugar en el que casi nunca crecía un silencio.

–Es como un ensayo –dijo Roxana con su sonrisa de siempre.

–Igual que cuando practicamos una canción –terminó de dejármelo en claro Inés, que se sabía un montón de canciones.

Simulacro, entonces, ya no me sonaba una palabra tan fea.

Las mujeres con el peinado tirante bajo la gorra y el gallo en el pecho hicieron un gesto a la portera y comenzó a sonar el timbre del recreo pero que no era el timbre del recreo porque esta vez era más largo y aturdía bastante.

El jardín entero se volvió un bochinche.

–¡Rápido! –dijo una de las dos mujeres sin sonrisa.

–¡A sus puestos! –dijo la otra.

Y todos los chicos y las chicas de salita de cuatro de El Principito nos levantamos de nuestras sillas y nos metimos gateando debajo de las mesas.

La situación era de lo más divertida.

Yo quedé debajo de la misma mesa que había elegido Florencia. Nos miramos. Ella sonreía con toda la cara. El sol entraba desde el ventanal de las mariposas y le acariciaba las trenzas, por lo que ya sabés cómo se me estaba iluminando la tarde a mí.

No estábamos en nuestra hermosa casita estilo Tudor jugando a sus visitas y a mi familia. Estábamos debajo de una mesa de lo que para ella era un aula y para mí, una oficina.

Las dos mujeres que no eran Roxana ni Inés observaban seriamente a pesar de que todos nos estábamos partiendo de la risa.

El timbre no dejaba de sonar y asustaba un poco.

Algún compañero terminaba de ocupar su lugar debajo de una mesa que, para mí, era otra isla muy lejos de la nuestra (porque en ese momento había decidido que la mesa en la que nos habíamos escondido era nuestra isla y que nadie nos la iba a robar).

Entonces pasó.

Florencia me dio un beso.

La miré con toda mi infancia en el instante que ella separó sus labios de vainilla de los míos de chocolatín.

Las mariposas de cartón aletearon en la ventana.

Afuera, el país estaba en guerra.

A mí me acababan de dar mi primer beso de amor.

Se llamaba Florencia. No tenía apellido porque en salita de cuatro todavía no teníamos apellidos.

No sé qué habrá sido de su vida. No sé si se enteró que escribo cuentos para chicos y que cada tanto escribo sobre ella.

Sólo sé que lo que acabo de contarte ya no existe pero lo vas a saber guardar.

Porque es importante.





Mariano Quirós

Nació en Resistencia (Chaco), 1979. Es autor de las novelas *Robles*, *Torrente*, *Río Negro*, *Tanto correr* (Premio Francisco Casavella), *No llores*, *hombre duro* (Premio Festival Azabache; Memorial Silverio Cañada, Semana Negra de Gijón) y *Una casa junto al Tragadero* (Premio Tusquets 2017). Es autor, además, de los libros de cuentos *La luz mala dentro de mí* (Premio del Fondo Nacional de las Artes) y *Campo del Cielo*. Es organizador del Festival Literario Mulita, que se realiza anualmente en la ciudad de Resistencia. Coordina el taller de narrativa La Luz Mala.

Los vendedores de enciclopedias

En 1987 yo tenía ocho años y con mis compañeros de escuela estábamos seguros de que algún día recuperaríamos las Malvinas. De que nosotros las recuperaríamos. Nos amparaba, supongo, la mente infantil, la idea entre mágica y alucinada que nos habíamos hecho de la guerra. ¿Qué tan complicado podía ser manejar un arma, volar un jet, disparar un cañonazo? No concebíamos que unos años antes —apenas cinco años, que para una vida tan corta suponen precisamente toda una vida— se hubiera perdido una guerra. Es más: no concebíamos que hubieran desperdiciado así la oportunidad de participar en una guerra.

Nosotros íbamos a recuperar las Malvinas, teníamos lo que había que tener para hacerlo.

¿Qué nos hacía pensar de aquella manera? ¿La torpeza de nuestras pobres maestras cuando intentaban hablar del tema, los actos escolares que desbordaban belicismo? ¿Las películas, los dibujos animados? ¿El ánimo en alza que nos había dejado el Mundial 86 y que había llegado a nosotros así, de manera tan distorsionada? ¿Todo eso junto?

Yo iba a la escuela 41, en pleno centro de Resistencia, y cada tanto —una vez a la semana quizás— la maestra permitía que entraran al aula los vendedores de enciclopedias.

Eran hombres o mujeres mayores —quizás fueran apenas jóvenes inmersos en su primera experiencia laboral, pero nosotros éramos muy niños como para distinguir a un hombre, a una mujer, de un muchacho o una muchacha—, gente de aire serio y circunspecto.

A mí me impresionaba la pericia con que esos hombres y mujeres enseñaban las enciclopedias, la gracia con que hacían correr las páginas y el empeño con que conseguían demostrar que aquellos libracos eran indispensables en cualquier vida familiar.

El mecanismo de venta era tan arriesgado como efectivo: entregaban un ejemplar de la enciclopedia por alumno y nos hacían firmar luego unos comprobantes —unas

esquelas de lo más ramplonas— donde dejaban constancia de dicha entrega. Había que llevar las enciclopedias a casa y mostrárselas a la madre, al padre, al tutor, y replicar, hasta donde nos fuera posible, la exposición que el vendedor o la vendedora habían ofrecido en el aula. Si la cosa iba bien, si madre, padre o tutor veían con agrado el producto, nomás tenían que facilitarnos el dinero para que lo lleváramos a la escuela y se lo diéramos en mano a los vendedores, de manera que la venta se concretara. Si la cosa no iba bien —como en mi caso—, teníamos que devolver la enciclopedia sin ningún rasguño.

Mi mamá había sido tajante a la primera de cambio: es ilegal que esa gente entre al aula, dijo, debería estar prohibido. Y más prohibido aún que hagan firmar esta mierda a nenes de ocho años. Me había obligado a volver a la escuela con ese mensaje —que en modo alguno pensaba transmitir— y, por supuesto, con la enciclopedia.

Yo veía con envidia al grupo de mis compañeros que llegaba con el dinero, cómo el vendedor de turno les sonreía y les daba, como un extra, algún anotador, un par de lápices, calcomanías. Cómo la maestra, risueña, también participaba del intercambio. Sentía además el desprecio, el desdén con que el eventual vendedor recuperaba la enciclopedia, sin mirarme a los ojos.

Me bastaba reparar en quiénes compraban y en quiénes no para entender que la negación de mamá —mucho más que a una prohibición, mucho más que a una diferencia, digamos, ideológica— respondía a nuestra mera austeridad económica.

Pero no solo eran enciclopedias. A veces podían ser libros de cuentos, fábulas casi siempre, o incluso biblias o Nuevos Testamentos (estos últimos acompañaban, en carácter gratuito, la compra de algún otro libro).

Hablo con un par de amigos de aquella época, más memoriosos que yo, y los dos coinciden en que los vendedores y las vendedoras no variaban mucho en su aspecto: la expresión tirante del rostro, la ropa siempre unos talles más o unos talles menos, muy holgada o muy chica, siempre en discordancia con el porte de esa gente.

Eran re pobres, dice uno de mis amigos, pobres y desesperados. Una desesperación que a veces se manifestaba de manera violenta.

Mi amigo lo dice y me mira fijo. Sabe, recuerda, que yo mismo fui víctima de aquello que él ahora llama desesperación. Harto de las quejas y puteadas de mamá y papá —ya por el contenido de los libros (que para ellos reproducía algún tipo de propaganda imperialista o sencillamente antiperonista), ya por la modalidad de venta— yo metía los ejemplares en mi mochila y no los sacaba de ahí hasta que llegara el momento de devolverlos. Si acaso el vendedor o la vendedora se demoraban en volver a la escuela, podía pasarme semanas enteras con el ejemplar abultando mi mochila. Tampoco me atrevía a rechazar la entrega de los libros —que los vendedores más bien imponían—, no se me ocurría la manera.

Fue una mujer, representante de cierta iglesia evangelista, quien se quejó cuando devolví un ejemplar con las puntas estropeadas. Me dijo que así, en ese estado, era imposible aceptarlo. Que debería pagar. Me asusté, por decir lo menos, sobre todo por la expresión de la mujer, una media sonrisa triunfal y acaso maléfica. Para colmo la mujer completó la ofensa con una acusación terrible: “¿O es que tu mamá te dio la plata y la gastaste en otra cosa?”.

Casi me largo a llorar, creo que no lo hice. Ubiqué aquella afrenta en un rincón de la memoria y guardé —apenas como un ramalazo— la intervención de la maestra, su culpa y su apuro al poner paños fríos y atemperar el ánimo de la vendedora enardecida. También contuvo, la maestra, mi llanto inminente, aunque, como insinué, no estoy del todo seguro. Me quedó, sin embargo, el malestar, un hueco en el estómago que yo estaba bien seguro de no merecer.

Algo así nos ocurrió cuando empezaron a venir los excombatientes. El desconcerto por entonces era supino. Nosotros los veíamos entrar al aula y pensábamos en una forma nueva de los vendedores de enciclopedias. Quizás porque traían cantidad de folletos que, según decían, aportarían información necesaria y valiosa para nosotros, para nuestras maestras y para nuestros padres. Había, otra vez, que llevar ese material a casa. Tampoco la maestra contaba con herramientas —pero ¿quién contaba con esas herramientas?— para ordenar la cuestión, para ponerle, como suele decirse, el marco adecuado y ponernos a nosotros en situación.

Los excombatientes venían en parejas, uno de ellos se instalaba frente al aula, nos hacía una venia y se largaba a contar su experiencia en la guerra. El otro se quedaba a un costado, a veces ni siquiera entraba; como si estuviese haciendo de campana. Vestían de manera extraña, no de uniforme, pero tampoco de civil. Ropa limpia y humilde, como a punto de rasgarse.

Una de aquellas veces, el excombatiente encargado de comandar la exposición se largó a llorar en medio del aula. En realidad, fue algo peor que eso. Fue su propia charla, su propio testimonio, lo que caló en él mucho más que en nosotros, y tal vez llevado por nuestra indiferencia —¡es que no entendíamos nada!—, su exposición fue subiendo en intensidad, en acusaciones y lamentos, hasta que acabó llorando. Pero, insisto, fue algo peor que eso.

Tuvo que venir su compañero —ese que se mantenía siempre en segundo plano— a ofrecerle una contención.

Yo agradecí mi altura, que la maestra me ubicara en los asientos del fondo, lejos de esos dos locos, sobre todo del que lloraba y que nos apuntaba con el dedo y nos acusaba de algo que no podíamos descifrar.

La maestra, entonces, no sin cierto fastidio, se vio en la obligación de intervenir. Aunque lo intentamos, mis amigos y yo no conseguimos recordar qué pudo haber dicho; nos quedan sus gestos, la manera en que fue empujando a los excombatientes fuera del aula, su evidente hartazgo. Era una mujer joven, no habrá tenido más de treinta años. No sé si lo digo para justificarla o nomás para señalar que entre ella y esos dos hombres no había grandes diferencias de edad.

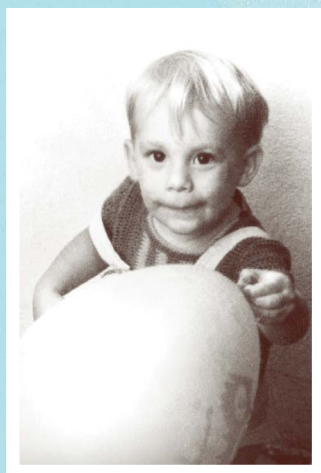
Lo que sí recordamos mis amigos y yo es que la maestra se dispuso a dar por cerrada la visita de los excombatientes y para eso se hizo cargo ella misma del reparto de folletos, distribuyendo uno por pupitre. Con los vendedores de enciclopedias y con las derivaciones de sus visitas como punto de referencia, cuando me llegó el turno de recibir el folleto fui bien claro: que no, dije, que mi mamá y mi papá no me permitían llevar a casa ese tipo de cosas; agregué, por si hacía falta, que no podíamos pagarlo.

Recuerdo también, y con nitidez más bien perturbadora, la expresión de la maestra, la boca abierta con que me miró fijo, como si midiera la sensatez o la imbecilidad de mi argumento. Recuerdo además —aunque este es un recuerdo más difuso, apoyado en los recuerdos de mis amigos— que el excombatiente que había llorado tuvo el impulso de meterse de nuevo al aula, de arrimarse hasta la maestra, de alcanzarnos de algún modo, pero que finalmente no lo hizo. Tal vez porque no había nada que hacer.

Las visitas de los excombatientes a la escuela se me mezclan. Es inevitable. Pero fue aquel mismo día —no pudo ser otro—, en el recreo que siguió a la visita de aquellos dos, que con mis compañeros de tercer grado nos convencimos de que podíamos recuperar Malvinas.

Extasiados por lo que acabábamos de presenciar, mis compañeros y yo llenamos el recreo de elucubraciones, de historias posibles, de imágenes bélicas y de dudoso heroísmo. Hablamos de los soldados con recelo y malicia. Hablamos —con sorna— del llanto del soldado y de la cobardía que ese llanto revelaba. Y acordamos entre todos que echaríamos a la basura los folletos que nos obligaban a llevar hasta casa. No pensábamos comprarles nada a esos dos hijos de puta.





Matías Trillo

Nació en Buenos Aires, 1972. Estudió Antropología (UBA), en la Escuela Nacional de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón y animación en la Escuela Superior de Arte E. de la Cárcova y en la Facultad de Arquitectura. Trabajó como ilustrador en diarios, revistas, libros para chicos y agencias de publicidad; como animador para productoras y señales de TV infantiles como Cartoon Network, Nickelodeon y Pakapaka. Participó en varias muestras colectivas de ilustración y animación en Argentina y en el extranjero, también en campañas gráficas para ONG e instituciones públicas como la Biblioteca Nacional, AMIA, Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, entre otras. Obtuvo un Premio Faber Castell, distinciones de ALIJA y su libro *Vida del muerto* con texto de David Wapner, obtuvo el Premio de Fundación Cuatrogatos 2020.

Ilustración: *Pastosa emanación de matadero*





Ariel Williams

Nació en Trelew, 1967. Es Licenciado en Letras (UBA). Fue miembro fundador de la revista *El perseguidor* y codirigió la revista virtual *Verbo Copihue*, *Letras Patagónicas*. Publicó, entre otros, los libros de poesía *Viaje al anverso*, *Lomasombra*, *Conurbano sur*, *Los fronterantes* —obtuvo una Mención en el Concurso de Poesía Olga Orozco—, *Notas de una sombra* y las novelas *Daier Chango*, *Los niños asesinos* y *La era de Paso de Caballo*.

La noche de los focos

Miedo y burla

Cuando tenía nueve años, me desperté una mañana y vi que había un soldado con una ametralladora parado al lado de mi cama. Era 1976. Los militares estaban allanando nuestra casa. No tuve miedo en ese momento, porque apenas comprendí lo que estaba sucediendo. Pero poco a poco, en los meses siguientes, sentí cómo se instalaba en nuestra vida un clima de opresión que duró años. Sufrimos otro de esos allanamientos y, además, se terminaron las reuniones y las cenas. Nuestra casa, que era grande, en los fines de semana solía llenarse de los amigos de mis padres, que venían con sus hijos: se encendían las lámparas del living y una mesa larga que había allí era cubierta por botellas, ensaladeras, salamines y camperas, se ponía música en el tocadiscos. Recuerdo la emoción que me producía escuchar un disco de Iván Rebhoff, que mi papá amaba y ponía temprano, cuando empezaba a cocinar. Antes y después de la cena, los chicos jugábamos afuera, en la noche, y muchas veces nos sentábamos alrededor de los adultos a escuchar la conversación, que nos fascinaba.

Pero de golpe ya no vino nadie, ya no hubo cenas de amigos, ya no hubo conversaciones ni gritos ni risas de chicos, y el living se convirtió en un lugar oscuro y frío, siempre cerrado, donde a mis hermanos y a mí nos daba miedo entrar. Pasó un tiempo hasta que aprendimos a habitar ese living de otra manera. Eso ocurrió cuando, durante nuestra preadolescencia, descubrimos, en la pila alta que había al lado del equipo de música, los discos de The Carpenters y The Beatles.

En esos días de los allanamientos de 1976, adoptamos a una perra y un perro que andaban dando vueltas por el barrio. Como una forma doméstica de protesta y de burla ante la situación que estábamos viviendo, mi papá los llamó “Represión” y “Allanamiento”. Esos nombres sonaban demasiado serios y enormes para los dos perritos, que eran petisos y tenían patas cortas y un cuerpo esmirriado, lleno de pelos blanco-amarillentos y desaparejos. Y creo que ese contraste aumentaba el efecto de la burla de mi papá. Para nosotros, los chicos, “Represión” y “Allanamiento” eran bastante difíciles de pronunciar, así que a la perrita (que fue la que más años vivió) terminamos llamándola simplemente “perra”. Pero mi mamá continuó usando sus nombres y, cuando iba a darles de comer, abría la puerta del patio de atrás y gritaba:

“¡Represióóón!, ¡Allanamientooo!, ¡Represióóón!, ¡Allanamientooo!” Como lo hacía cotidianamente, hubo un momento en que ya no se daba cuenta de lo que estaba gritando ni del peligro que eso podía significar si alguien la escuchaba. Así que todos los mediodías, en el patio trasero de mi casa, ocurría una pequeña manifestación de protesta.

En mi experiencia, durante los años de la dictadura, esta doble temperatura social se solapaba de manera permanente: por un lado, la opresión y el miedo, instalados casi como un modo de vida (el bajar la mirada al cruzarse con la policía, la sensación de que se podía ser acusado de algo en cualquier momento...), y por otro lado, la burla soterrada, la parodia simulada. Yo lo vivía en mi casa y también lo experimenté muy fuertemente cuando ingresé al secundario, que cursé en el Colegio Nacional de Trelew. Allí, como en todos los colegios del país, imperaba un orden autoritario: el rector, los preceptores y los profesores (salvo excepciones, que las hubo) eran figuras distantes e incuestionables, con una autoridad que se sostenía en el miedo y en la represión. Y ellos sobreactuaban esa autoridad incluso cuando los alumnos nos dábamos cuenta de que muchos de los profesores no sabían nada o no tenían idea de cómo enseñar, de que el rector era un hombre envarado y bastante necio, de que los preceptores dejaban mucho que desear. Pero, por detrás del ambiente represivo que imponían, circulaba un discurso secreto que se burlaba de ellos poniéndoles sobrenombres, imitándolos paródicamente, detectando sus tics, sus fallas y sus errores, buscándoles parecidos con personajes ridículos (a una preceptora especialmente odiada, alguien con mucha malicia le había puesto “Condorito”, apelativo que, con el uso, derivó en “La Cóndor”).

La guerra

Fue una mañana, estando en clase, que nos enteramos de la recuperación de las Islas Malvinas. Yo tenía quince años. La profesora de Formación Moral y Cívica entró al aula y nos comunicó lo que había pasado. Nos dijo que escribiéramos unas palabras al respecto. En el acto que se realizó más tarde, me tocó leer lo que había escrito. El mes que transcurrió entre ese 2 de abril y el inicio del ataque británico a las Malvinas se siente en mi memoria como un tiempo muy largo, parece haber durado más de treinta días. Era como si la espera de la guerra hubiera estirado el tiempo y como si, mientras tanto, nada estuviera ocurriendo. Esa espera impregnaba todo lo que hacíamos y lo que sucedía en nuestra vida cotidiana, y parecía ser lo único que existía.

Pero, además, los militares se aseguraron de que la guerra se metiera en nuestros días. En el colegio, por ejemplo, tuvimos que organizar lo que se haría en caso de que la ciudad de Trelew fuera bombardeada. Cada curso distribuyó ciertos roles (quién

abriría la puerta del aula, quiénes correrían la mesa de los profesores para que no obstaculizara el paso de los compañeros que estaban en la fila de bancos pegada a la pared opuesta a la de la puerta) y también se dispuso cuál sería el orden de salida. Hubo prácticas de evacuación de las aulas: los cursos iban saliendo según un plan preestablecido y se iban ubicando en lugares “seguros” previamente designados. A mi curso le tocaba formar con otros grupos en un pasillo de la planta baja que corría entre unas aulas y la portería y los baños. Una vez que nos habíamos puesto en fila allí, teníamos que arrodillarnos, inclinar el cuerpo hasta que la frente tocara el suelo y poner las manos sobre la nuca. No sé cómo nos protegerían de las bombas nuestras manos cubriendo la nuca... pero así se hacía. En los barrios de la ciudad, también comenzaron las “prácticas de oscurecimiento”. Aunque en ese momento lo tomábamos con gran seriedad, al recordarlo desde la distancia, no puedo evitar la sensación de que todo esto que se hacía era extremadamente ridículo: eran otras de las tantas pantomimas que se nos obligaba a realizar cotidianamente durante los años de la dictadura.

Empezaron a llegar las noticias de la guerra. Mi familia las seguía con gran atención. Yo creía en lo que decían los comunicados del gobierno de facto y en lo que se narraba en los noticieros o se publicaba en revistas como *Gente* y *Somos*, que leíamos los domingos en la casa de mi abuela materna. Fui tan ingenuo, que hasta creí aquella historia del avión Pucará atacando y dejando fuera de combate al portaviones Hermes. Leí y releí hasta el cansancio el relato que había aparecido en una revista, y miraba, admirado, el dibujo que acompañaba al texto: un Pucará que se dirigía solito, volando casi pegado al mar, hacia el enorme barco, recortado al fondo contra el horizonte.

En paralelo, yo seguía los preparativos para el campeonato mundial de fútbol que se iba a jugar en España. Y creo que la palabra “paralelo” describe bien la situación, tal como la vivíamos. Era como si pudiéramos conectarnos con una realidad a la vez (la de la guerra, la del mundial de fútbol) sin que ambas se cruzaran. A pesar de eso, hubo un momento en que esas paralelas se tocaron en una imagen y un sentimiento final que describiré más adelante.

Las prácticas de oscurecimiento

Ya habíamos oído hablar sobre el oscurecimiento de las ciudades en los documentales de la guerra mundial que pasaban por televisión. Ante una alarma de bombardeo, se apagaban todas las luces de la ciudad y se suponía que, de esa manera (si no había luna llena), al enemigo le sería más difícil ubicarla y bombardearla. Por supuesto, eso tal vez fuera verdad en el contexto tecnológico de los años '40, pero

de ninguna manera para 1982. Sin embargo, en Trelew nadie se dio cuenta del anacronismo (o, si alguien lo percibió, no dijo nada), así que, cuando informaron que se realizarían, todo el mundo se comprometió seriamente con las prácticas de oscurecimiento. En las casas, las ventanas eran cubiertas con frazadas o con cartulinas y, para que la luz no fuera tan nítida, se iluminaba el interior con velas o con faroles a kerosene. En cada barrio se había designado a un vecino para controlar que, desde afuera, no se viera la luz que se estaba utilizando. Si una persona tenía que ir a algún lado en automóvil, debía atenuar las luces cubriendo los focos con papel. Estas prácticas eran anunciadas con anticipación para que la gente estuviera preparada y, cuando se iniciaban, en la ciudad sonaba una sirena de alarma que se transmitía también por la radio.

El *leitmotiv* con el que se difundían era: “La vida debe continuar normalmente durante el oscurecimiento”. Y se suponía que uno tenía que seguir haciendo lo que hacía siempre, mientras afuera estaba todo oscuro. Ahora me suena como una gran metáfora de lo que fue la dictadura militar. Pero, a pesar de ese *leitmotiv*, los chicos nos quedábamos expectantes, con una sensación rara en nuestros estómagos, como si el oscurecimiento mismo fuera a invocar a los aviones ingleses y sus bombas. Y también, simultáneamente, lo vivíamos como una especie de gran juego en el que participaba toda la ciudad.

La noche de los focos

Pero hubo una noche en la que sonó la alarma de bombardeo sin que se hubiera anunciado una práctica de oscurecimiento. Y entonces sucedió algo más: angustiados, vimos cómo se apagaban todas las luces de Trelew mientras que las de nuestro barrio quedaban encendidas.

Para dar una mejor idea de lo que vivimos esa noche, tengo que describir someramente el barrio. Este se había construido en una vieja chacra con hermosas arboledas que había sido loteada. El loteo tenía una entrada recta de más o menos trescientos metros de largo (a ambos lados de la cual había casas o terrenos) y esta desembocaba, a través del puente que cruzaba el canal de riego, en la parte más importante del barrio, que tenía una forma relativamente circular. Una sola calle recorría ese perímetro de unos ochocientos metros. Tanto en ella como en la recta de entrada había postes de luz puestos a una distancia regular, los cuales producían una iluminación bastante mortecina. El barrio estaba ubicado a tres kilómetros de Trelew, así que, a la noche, podíamos ver las luces de la ciudad por entre los árboles. La antigua casa de la chacra estaba en un gran terreno abandonado que quedaba al lado del nuestro. En ese terreno, había una hilera larga de enormes sauces llorones y sauces mimbre a la que los chicos llamábamos “La Selva”. Ahí jugábamos todas las tardes.

Cuando sonó la sirena de alarma sin que se hubiera anunciado una práctica, creímos que esa vez Trelew iba a ser atacado de verdad. Recuerdo que yo estaba acostado en mi cama leyendo cuando escuché que la programación que mi mamá había puesto en la radio era interrumpida por el sonido agudo de la alarma. Mi papá no estaba en casa; creo que se hallaba realizando alguno de sus viajes de trabajo. Mi mamá nos gritó: “Chicos, agarren frazadas, que nos vamos a ‘La Selva’”. Seguramente creyó que, durante el bombardeo, escondernos entre los sauces del terreno de al lado era más seguro que estar debajo de un techo. Así que hicimos lo que nos había dicho y corrimos hacia “La Selva”. Al salir, vimos cómo se apagaban las luces de Trelew. Pensamos: “Bueno, ahora van a apagar también las nuestras”. Pero pasó un rato y no ocurrió. Y entonces dijimos: “Estos nos dejaron de señuelo para que los ingleses tiren las bombas acá”. Para ese momento, todos los vecinos se habían dado cuenta de lo que pasaba y habían salido a la calle. Los chicos del barrio nos juntamos en el puente que atravesaba el canal de riego y, después de deliberar un rato, decidimos que, para protegernos, íbamos a romper los focos de iluminación de las calles. Lo extraño de esta situación es que fuimos nosotros los que actuamos y que los adultos no dijeron nada o simplemente acompañaron. Así que empezamos a tirarles piedras a los focos. Pero se hacía difícil acertarles, porque los postes eran altos y, al tener que tirar las piedras hacia arriba, no podíamos hacerlo con la puntería y la potencia adecuadas. Así que los que teníamos gomeritas las fuimos a buscar a nuestras casas y uno de los vecinos le alcanzó a su hijo un rifle de aire comprimido. No dejamos un solo foco de la calle entero.

Y, en algún momento, lo que estábamos haciendo se convirtió en una diversión o, mejor, casi fue una fiesta: la fiesta de romper, la fiesta de dejar de creer. Ya nos habíamos olvidado de la amenaza de bombardeo. Algunos padres nos seguían, y todos celebrábamos los tiros que acertaban. Era la fiesta de romper, pero también era la fiesta de dejar de creer porque, mientras reventábamos los focos, de alguna manera vislumbramos que todo era una pantomima ridícula. Primero, las prácticas de oscurecimiento: se nos hizo evidente de golpe que los ingleses no iban a bombardear las ciudades (y entonces, ¿por qué nos hacían oscurecer nuestras casas?, ¿por qué teníamos que prepararnos en los colegios por si caían las bombas sobre Trelew?), empezamos a intuir que nos habían estado mintiendo; en segundo lugar, esa sospecha se trasladó a lo que los medios nos venían diciendo sobre la guerra: creo que esa noche, de alguna forma, oscuramente, comenzamos a saber que lo que se avecinaba era una derrota. Todas estas ideas se esbozaron de manera vaga en nuestras cabezas, y las vivíamos un poco inconscientemente al romper los focos de la calle. Se trató más de una toma de conciencia en acto que efectuada en el pensamiento. Sin embargo, estoy

seguro de esto: la fiesta de romper era una especie de protesta, el miedo a ser bombardeados se transformó, esa noche, en otra oportunidad para reírnos y burlarnos de los dictadores. Fue como decir: “Ahora ya sabemos que los aviones ingleses no van a atacarnos, y por lo tanto no sería necesario el oscurecimiento, pero ya que estamos metidos en este juego te rompemos todos los focos de la calle”.

Esa fue la última vez que la ciudad apagó sus luces. Al parecer, después de la falsa alarma, el gobierno había aceptado el hecho de que ya nadie se creía que era necesario hacer oscurecimientos. Al día siguiente, los empleados de la Cooperativa Eléctrica de Trelew repusieron los focos que habíamos reventado. Nunca vinieron a hacer un reclamo al barrio.

La derrota y una imagen de Maradona

Cuando vuelvo con la memoria al final de la guerra, no encuentro imágenes de la derrota. No recuerdo haber visto, en 1982, fotografías o filmaciones de los soldaditos prisioneros de los ingleses ni de la rendición del ejército argentino. Es posible que se hayan borrado porque eran demasiado dolorosas. Sí recuerdo la desazón que había en todos lados, la terrible incertidumbre, las caras de angustia de mis padres. Aunque se vivía un clima de caída de la dictadura, no sabíamos que esta se iba a producir tan rápido y que, un año después, íbamos a estar escuchando los discursos de campaña de Raúl Alfonsín.

Un día antes de que se produjera la rendición en las Islas Malvinas, la selección argentina jugó por primera vez en el mundial de España. El resultado fue Bélgica 1 – Argentina 0. Diecinueve días más tarde, en el partido en que nuestra selección perdió 3 a 1 con Brasil, Maradona le dio una patada en el estómago a Batista, un jugador brasileño, y el árbitro le mostró la tarjeta roja. Fue en esa salida de Maradona de la cancha, cabizbajo, desolado, que se cruzaron en mi cabeza la guerra de Malvinas y el mundial de España: es la imagen que me quedó de la derrota; se superpuso a la otra derrota que no recuerdo haber visto en los medios o que el dolor borró de mi cabeza, y de alguna manera se identificó con ella.





Julián Axat

Nació en La Plata, 1976. Es autor de los poemarios *Peso formidable*, *Servarios*, *Medium*, *Ylumynarya*, *Neo o el equipo forense de sí*, *Musulmán o biopoética*, *Rimbaud en la CGT*, *Offshore*, *Cuando las gasolineras sean ruinas románticas* y *Perros del Cosmos*. También publicó las antologías: *Si Hamlet duda, le daremos muerte*, *La Plata Spoon River* e *Interestelaria*. Dirigió la colección de poesía Los Detectives Salvajes, de la editorial Libros de la Talita Dorada. Su poesía ha sido traducida al italiano, francés e inglés. Figura en antologías como *Resistencia en la tierra*, *Giovane poesía latinoamericana*, *Atlas de poesía argentina* y *Antología federal de poesía*, *Una imagen para decirlo todo*, entre otras. Es autor del ensayo de poesía y derecho *El Hijo y el Archivo*.

Chimbote y Temerario

1.

Entramos temprano, a eso de las ocho de la mañana, y ya se podía ver en el centro del patio el mástil y la pila de cosas acumuladas. Ahí mismo, donde formábamos todos los días filas de menor a mayor: varones de un lado, mujeres de otro, guardando distancia de un brazo. Los de jardín, con pintores de color amarillo, marrón, rojo, celeste y verde. Los de primaria, guardapolvo blanco. Todos marciales, cantando al unísono el himno a la bandera.

Lo anotaron en el cuaderno de comunicaciones: “Señores padres, con motivo de la guerra por la recuperación de nuestras Islas Malvinas, les rogamos que puedan hacer una donación para nuestros queridos soldados que están combatiendo en el frente, y traer alimentos no perecederos, frazadas, dulces, ropa vieja, abrigo, especialmente pulóveres, camperas y camisetas. Todo lo que junte la Escuela será enviado de inmediato al frente de batalla, lo que irá acompañado de una carta que puede escribir la familia”.

2.

Recuerdo la pila de cosas amontonadas, pero no una pila de cartas. Sí que, ni bien llegué aquel día, la maestra de la salita que se llamaba “Gladys”, me pidió la carta y el frasco de cartón con etiqueta naranja de dulce de leche “Chimbote”, que mi tía-mamá había colocado dentro de m bolsita marrón, del mismo color que el pintor.

La carta era de lo más escueta y decía algo así: “Querido Soldado, te mandamos este dulce de leche para que puedas compartir con tus compañeros, espero que tengas todo el valor necesario y la fuerza para recuperar nuestro suelo patrio. Rezamos por vos”.

Lo sorpresivo del asunto era que la mayoría de mis compañeros de jardín también llevaron frascos de dulce de leche, como si en algún lado hubiera estado escrito que a los soldados argentinos que peleaban en Malvinas, había que mandarles dulce de leche.

¿Había llegado a destino aquel tarro marca “Chimbote”?

Durante mucho tiempo me hice esa pregunta, porque en algún lado escuché que lo que se mandaba a los soldados alguien se lo comía en el camino.

3.

La escuela “Anexa”, pertenece a la Universidad Nacional de La Plata, y siempre fue como un signo de orgullo para cierta clase media platense profesional. Mi abuelo y mi padre fueron también alumnos allí y continuaron el recorrido en el Colegio Nacional y la Universidad Pública. Mi papá Rodolfo Jorge Axat y mi mamá Ana Inés della Croce se conocieron siendo estudiantes universitarios y militaron en la Tendencia. El 12 de abril de 1977 fueron secuestrados por una patota militar cuando yo tenía siete meses; desde entonces me quedé a cargo de mi tía Cristina. Ella fue mi tía-mamá. Desde que tengo uso de razón recuerdo que me contó sobre la desaparición de mis padres, pero en la “Anexa” yo decía que era mi tía la que iba a las reuniones porque mis padres estaban de viaje.

Un día un compañerito me dijo: “Tus viejos siempre se la pasan de viaje”.

4.

“La dictadura quiere ganar la guerra y quedarse para siempre”, me dijo mi abuela “Chicha”, que por entonces se tomaba el micro Río de la Plata y hacía La Plata-Buenos Aires todos los jueves, para dar vueltas a la pirámide junto a otras madres. A mi tía-mamá le tocaba ser más precavida y –por eso– prefería guardar las apariencias, cumpliendo con las mandas del cuaderno de comunicaciones.

5.

No hace mucho, mi tía-mamá me contó una anécdota sobre aquellos tiempos. Que un padre pidió reunión a las autoridades de la escuela para tratar el caso del chico “hijo de subversivos”. Al parecer este señor pretendía proteger a su hijo de alguien que pudiera contaminarlo. Esas palabras usó la maestra “Gladys” frente a mi tía-mamá cuando la citó para contarle la situación. Fue entonces cuando mi abuelo movió ciertos contactos y desactivó la operación manzana podrida.

Pablo se llamaba mi compañero, y al final el padre decidió cambiarlo al Colegio “San Luis”.

6.

Con el tiempo, trabajando en la justicia me hice amigo de un ex combatiente de Malvinas, con el que terminamos haciendo juntos un programa de radio que se llamaba “Collar de Perlas”. Las perlas eran los momentos de lucidez, las ocurrencias que salían en el medio de la conversación.

Un día se me ocurrió preguntarle al aire si alguna vez durante la guerra había recibido un tarro de dulce de leche. Se sorprendió mucho con la pregunta, porque su novia le había mandado lo mismo y nunca había llegado a destino.

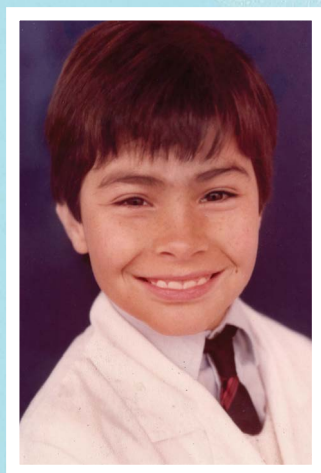
7.

El salón del jardín de sala marrón de la “Anexa” tenía un lugar para jugar que se llamaba el “rincón de los varones”, donde había bloques de madera para armar. En la otra punta estaba el “rincón de las mujeres” donde había muñecas y juguetes de cocina. Así, el salón quedaba dividido por una pared imaginaria que dividía al mundo en muñecas, cocinas y bloques. Los varones jugábamos a la guerra con armas y explosiones imaginarias. Las niñas cocinaban a sus muñecas. La señorita “Gladys” se paraba en el medio y nos miraba.

8.

Recuerdo que por aquel entonces un compañero que se llamaba Leandro llevó al jardín un muñeco llamado “Temerario”. Era un soldado con articulación de brazos y piernas al que se le sacaban los borceguíes, pantalón y campera camuflada, casco y fusil. Yo soñaba con tenerlo. Lo vendían en la juguetería “Bazar X” y era carísimo. En mi familia nadie me lo quería comprar.

Mientras jugábamos, Leandro decía que su papá se había anotado para ser voluntario en la guerra y estaba esperando que lo llamen para combatir. Al final nunca lo llamaron, pero cada vez que volvía a ver a su papá en la escuela, se me aparecía la imagen del “Temerario”.



Poly Bernatene

Nació en Buenos Aires, 1972. Publicó numerosos libros infantiles y juveniles para Argentina, México, España, Inglaterra, Australia, Bélgica, Francia, Taiwán, Dinamarca y Estados Unidos. Fue reconocido con premios y menciones. Algunos de sus libros se tradujeron a diferentes idiomas como el alemán, coreano, serbio, griego, francés e italiano. Colaboró con las revistas infantiles *Jardín y Genios*, fue codirector de arte y colaborador de la revista infantil *Bonsai*.

Ilustración: *Me lo contaron en colores*



*Cuando tenía diez me lo explicaron:
Todo era Patria y Heroísmo,
todo azul y blanco.
Me aseguraron que el amarillo
le pertenecía únicamente al
Sol de la Victoria, y que el
rojo... no existía.*

Me mintieron.



Marcelo Guerrieri

Nació en Lomas de Zamora (Buenos Aires), 1973. Publicó las novelas *Con esta luna* y *Farmacia*, el libro de cuentos *Árboles de tronco rojo*, *El ciclista serial* y la blognovela *Detective Bonaerense*. Obtuvo el Premio Nuevos Narradores del Centro Cultural Rojas, el Nueva Narrativa Sudaca Border de la editorial Eloísa Cartonera y las becas Formadores y Creación del Fondo Nacional de las Artes. Finalista del Premio Nueva novela Pagina/12 y del Celsius de la Semana Negra de Gijón. Es docente de la Licenciatura en Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes.

Es todo cuanto puedo dar

Viene, me viene esa imagen tuya, de ese nene que eras, parado frente al televisor. Así, desde la neblina que tengo que atravesar en el trabajo de la memoria, veo la tele blanco y negro, grandota, a válvulas, que tardaba un poco en encender y que al apagarla la imagen se perdía en un puntito blanco en el medio de la pantalla como si por ahí se fugara todo lo visto.

Tenés nueve años, eso lo podés asegurar, y que es el año 1982. Matemática pura. Esa resta para saber los años de la gente ya la sabés hacer, ya la aprendiste, y un poco te da orgullo, porque esas son las cosas que sí podés contar, que podés mostrar.

Pero hay una nota en tu cuaderno de comunicaciones y ahí seguro que hiciste mal. Te diste cuenta por el reto y el enojo de la maestra. Porque lo que me viene, de entre esa niebla, es tu sensación de no saber qué se puede o qué no se puede decir y, ante la duda, el silencio es salud, el silencio como estrategia de supervivencia. Sobre todo callar hacia afuera, afuera de la familia está la amenaza, no contar, no decir, mejor callar. Por eso ese miedo en la panza, los labios apretados y las ganas de llorar mientras ves en la tele blanco y negro algún dibujito, alguna serie.

¿Qué estarás mirando? La neblina no me deja ver pero puedo imaginarlo: puede ser El hombre nuclear, ese galán forzado que corría superrápido y que vos querías imitar en el campo de deportes del colegio; o El increíble Hulk, que se ponía como loco cuando lo molestaban, se transformaba de ese buen tipo que era en una fiera peligrosa: no se metan conmigo, no respondo de mí, decías en chiste y un poco en serio cuando se complicaba la cosa en algún fulbito en el baldío de la calle Italia o en algún poliladron en la vereda; o capaz lo que veías esa tarde era Los invasores: al arquitecto David Vincent lo perseguían unos extraterrestres que querían liquidarlo porque él conocía su secreto: los etés estaban mezclados entre nosotros, eran peligrosos, podía ser tu vecino, podía ser alguien de la escuela, si los matabas se desvanecían, se esfumaban; quiénes son peligrosos y quiénes son amigos, cómo saberlo, por eso mejor callar afuera, por eso mucho cuidadito con lo que decís. Y ahora esta nota en el cuaderno. Por haber dicho algo que no tendrías que haber dicho.

¿Estás llorando? No creo, pero mejor no te hagas tanto problema. No te va a quedar otra que mostrarle la nota a mamá y a papá más tarde y recién ahí vas a enterarte si lo que hiciste estuvo bien o estuvo mal.

Eso que dijiste no está en la nota y seguro te lo van a preguntar. San Martín traicionó a los españoles. Eso dijiste. Fue una idea tuya. Había que dar un ejemplo de la palabra traición y ataste cabos de lo que venías aprendiendo: si San Martín había aprendido a ser militar en España, y después todo eso que había aprendido lo había usado para luchar acá contra los españoles, entonces los había traicionado; y eso dijiste en la clase de Lengua, como ejemplo de la palabra traición, que San Martín había traicionado a los españoles. Y ahora el nudo en la panza que se te hace, bajás la leche con chocolate y las vainillas mientras mirás la tele y aparece esa música, esa marcha como de acto del colegio.

Desde que empezó la guerra aparece cada tanto en medio de lo que estás viendo la marcha de trompetas y tambores y el dibujo de una mano que tiene una antorcha con un fuego como el de las olimpiadas de las que sos fanático; cruzadas sobre la antorcha hay tres cosas: unas alas parecidas a las de tu disfraz de paloma de la paz del acto del colegio, un sable como el que recortaste de la Billiken para la tarea y un ancla como las que construye tu papá en el astillero donde trabaja; y enseguida, sobre la música, una voz que dice que transmite LRA1 Radio Nacional y un montón de cosas que no se terminan nunca, mientras vos estás atento y esperando que digan cuántos aviones ingleses tiramos abajo, cuántos de los naufragos del Belgrano se salvaron, cuántos soldados nuestros echaron a los soldados de ellos; pero la introducción no se acaba nunca y que juntamente con LS82, Argentina Televisora Color, que cadena nacional, que Casa de Gobierno, hasta que por fin la voz hace una pausa y vuelve a escucharse la música que estaba de fondo; sola la marcha se escucha, un segundo, porque enseguida sobre la imagen de la antorcha con las alas, el sable y el ancla viene la frase que anuncia lo importante: Comunicado Número tal o cual y el nudo en la panza ya no es por la nota en tu cuaderno sino porque esperarás que esa voz diga que todos vuelven vivos y que ni tu papá ni tus tíos ni tus primos ni los hermanos de tus amigos van a tener que ir a la guerra. Eso esperarás que digan: que el Estado Mayor Conjunto comunica que todos los papás y los chicos de la guerra vuelven todos vivos y que se acabó la guerra y que ganamos.

Pero no, lo que dice, lo que entendés de lo que dice en ese lenguaje de palabras raras —teatro de operaciones, Sea Harrier, acciones bélicas—, lo que sacás en limpio es que tiramos nueve aviones pero los ingleses dicen que uno solo, y que hubo diecinueve muertos y treinta y siete heridos; y cuando con el nudo en la panza esperarás que digan los nombres de los muertos, para estar seguro de que no está Checho entre

esos diecinueve, cuando querés que el hombre que habla te deje tranquilo con eso, de golpe listo, se acabó, otra vez la música sola y no hay nombres sino que ha transmitido desde Casa de Gobierno y las emisoras continúan con sus respectivos programas y no hubo nombres de los muertos y vos no sabés si entre esos diecinueve estuvo el soldado al que con tu amigo le mandaron una carta y unos chocolates.

Vuelven los dibujitos o Los invasores o el Hombre nuclear pero vos ya no querés ver más nada. Apagás la tele y pedís permiso para ir a buscar a tu amigo, para ir a jugar a la pelota, decís, pero lo que querés saber es si Checho mandó respuesta, si está bien, si tu amigo escuchó los nombres de los muertos.

Vuelve la neblina, y el trabajo de la memoria me trae de vuelta para acá porque tengo que conseguir fotos más de chico para ilustrar este texto, y hablo con mi mamá para aprovechar que este finde vamos con mi compañera y mi hija para Lomas; y si podés elegir unas fotos de esa época, ma, las vemos, de paso se las muestro a las chicas, y en la sobremesa ese domingo hay una pila de álbumes de fotos.

Por detalles de la casa, de la escena, de la ropa, voy eligiendo las que serían del 82 pero también nos derivamos hacia otras fotos: el casamiento de mamá y papá y esa sonrisa de los dos, ahí en el auto que los lleva a la iglesia, se los ve que confían que lo que soñaron se les va a dar; en otra estamos con mi hermana en una playa, estrenando mi adolescencia de estirón recién pegado; en otra, los cuatro, ya de grandes, en el patio de casa, mi hermana se acaba de recibir y esta es la celebración; en otra estoy disfrazado de conejo para un acto; en otra, la bolsita cuadrillé celeste y los cachetones de mis cinco años; en otra estoy con una pizarra que tiene el dibujo del Increíble Hulk; en otra miro a cámara, sonriendo, la remera de la colonia del club Temperley, el pantaloncito corto un poco manchado.

Algunas cosas le pregunto a mi mamá sobre esa época y recordamos juntos. Tomo nota mental y las dudas sobre los años del colegio: en el ochenta y dos yo iba a cuarto grado, a un colegio del barrio, un colegio inglés, y allá voy con vos otra vez, a las tardes en el campo de deportes, todos los chicos íbamos ahí una tarde entera, una vez por semana, ¿extrañaste todo eso cuando te pasaron a la Escuela 8 al año siguiente?, ¿extrañaste a tus compañeros o estuviste contento con los amigos nuevos y que en vez de doble escolaridad era nomás a la mañana?, ¿por qué te cambiaron?, ¿fue por la plata o la guerra tuvo que ver con todo eso?

Ahí te veo de nuevo, entre la neblina, mientras jugás a la bolita en un recreo, el pantalón azul corto, el pulóver gris, y te pregunto, además, qué pensás de estar en un colegio inglés durante la guerra de Malvinas; y lo que me respondés, desde allá lejos, es que esas son cosas más de grandes y que para vos, el Director, el *Head Master*, un señor de bigotes blancos grandotes tipo manubrio, que los domingos hacía como tu

papá asados en el fondo del colegio, no podía ser el enemigo, como tampoco podían ser el enemigo dos o tres de tus compañeros con apellido inglés; lo que me respondés, desde tus nueve años, mientras embocás en uno de los opis uno de los bolones grandes y sonreís porque le ganaste a Guille su bolita de metal, lo que me decís es que esas preguntas son preguntas de grande, y que lo que más te preocupa es qué van a decir tus papás por la nota en el cuaderno, y si estuviste mal o estuviste bien con lo que dijiste, y si esas son las cosas que no se pueden decir afuera de la casa. También lo que te preocupa es si Checho está bien y si le llegaron los chocolates, y si a tus tíos, a tus primos o a tu papá los van a mandar a la guerra. A tu mamá estás seguro que no, porque te contaron que las mujeres no van a la guerra; tu papá tampoco, porque es más grande, pero vos no te quedás tranquilo porque tu papá construye barcos, es ingeniero, y en la guerra todo el tiempo hablan de barcos que se hunden, y por eso no te quedás tranquilo con tu papá y tampoco con tus tíos ni tus primos, que no los llamaron pero sí están en la edad para ir a la guerra.

Eso es algo que no podés entender, porque cuando empezó todo esto, cuando la gente festejaba y agitaba las banderas argentinas, y ese señor de pelo gris y traje militar anunciaba a los gritos desde el balcón de la Casa Rosada que habíamos recuperado las Malvinas, lo que no podías entender es cómo podía ser que la gente festejara si a sus hijos, a sus hermanos, a sus primos, a sus papás podían llamarlos a la guerra y podían morir en la guerra.

Vuelvo a las fotos. Elijo la del club, de unos años antes del 82, me gusta por tu sonrisa, la alegría de estar ahí, en ese momento. Es una foto puro presente en la que me mirás desde toda la inocencia y me decís: no te olvides, vos fuiste así de chico, vos fuiste puro presente. Y desde este otro presente, quiero saber más de aquellos años, cosas que aquel chico que fuiste no me puede decir, preguntas que no te hacías porque no son preguntas de chico sino de éste que soy ahora, preguntas de grande.

Con mi vieja ya hablé y a mi viejo ya no le puedo preguntar. Entonces hablo con mi tía, con mi primo, con amigos del barrio, voy a ver una obra de teatro, voy al Museo Malvinas.

A mi tía le pregunto por ese mito familiar, que un pariente nuestro hundió el Sheffield, y que hasta tengo un recuerdo de que en una reunión nos contó la hazaña. La tía me lo confirma: primo directo de la abuela. Pero parece que para lo del relato habré juntado lo que contaron otros parientes sobre el hecho porque me dice que ese señor nunca vino a la casa de los abuelos en Temperley, que vive en La Pampa. Cuando cuelgo, enseguida googleo “hundimiento del Sheffield” y ahí está el apellido de soltera de la abuela en ese aviador que en una hazaña increíble, escapando de

los radares, vuela al ras del mar en un cazabombarderos y hunde al buque de defensa inglés. Después hablo con mi primo. Me cuenta que justo está estacionado frente a su casa familiar, en la que ya no vive desde hace muchos años. Yo era de esa clase, la sesenta y dos, me dice, pero había zafado de hacer la colimba por número bajo. El que estuvo destinado y a punto de embarcar fue mi otro primo, agrega. Iban a subirlo al Belgrano pero algo pasó. Se salvó de casualidad.

Al otro día, la obra de teatro que voy a ver, protagonizada por tres ex combatientes ingleses y tres argentinos, pertenece a un género nuevo para mí: teatro documental. Los mismos protagonistas de un hecho histórico actúan algo sobre ese hecho. Es en una sala del Teatro San Martín y voy con mi compañera. Los dos estamos toda la obra con el corazón en la boca hasta que se vuelven a prender las luces y es tan difícil volver ahí, ir a la pizza obligada en Güerrín, seguir después de esto. Hay uno de los argentinos que cuenta cómo vio morir a uno de sus amigos en la última batalla en Puerto Argentino; otro, actúa su escape en balsa del hundimiento del Belgrano; otro, la vez que sus compañeros volaron por el aire al pisar una mina puesta por el ejército argentino y de la que no les habían avisado. Uno de los ingleses cuenta que le disparó a un soldado porque no entendió que el otro se estaba rindiendo, y cuando se acerca a asistirlo el soldado argentino le habla en inglés, unas pocas palabras, y se muere; otro cuenta de cuando volvió a las islas a despedir a su amigo muerto en la guerra; otro, de cómo un soldado argentino le regaló, cuando empezaron los ensayos de la obra hace pocos años, una billetera que él le había devuelto cuando lo tomó prisionero.

Al Museo Malvinas voy el domingo, al día siguiente del cuarenta aniversario. Está en la ex Esma y esto es lo primero que registro. El medio es el mensaje, decían por ahí. Este emplazamiento, del museo de las islas en el mismo lugar símbolo de los crímenes de lesa humanidad, emparenta desde el vamos aquella guerra con el proceso militar, con el plan Cóndor armado desde Estados Unidos. Lo siguiente que me llama la atención es ese puñado de turba de Malvinas que uno atraviesa al entrar al salón principal; después el lugar merecido que le dan a la historia del gaucho Rivero que, cuando los ingleses usurparon las islas por la fuerza en 1833, se quedó a resistir y organizó una revuelta; después esa gigantografía de una de las fundadoras de las Abuelas de Plaza de Mayo, que en una de sus rondas durante el conflicto bélico muestra un cartel que dice “Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”; y lo bien que se narran los avances diplomáticos anteriores a la guerra, desde la resolución 2065 de la ONU de Illia a los logros en el segundo gobierno de Perón, y la relación con los malvinenses que estudiaban en secundarios y universidades argentinas.

¿Qué te hubiera llamado la atención a vos de todo esto? De la obra de teatro seguro te hubiera dado mucha gracia cuando uno de los actores se disfraza de mujer o cuando hablan usando esas caretas. Del museo seguro te hubieras fascinado con esa avioneta que cuelga en el medio del salón, ¿qué es ese avión?, hubieras preguntado, y tu mamá o tu papá te habrían contado la hazaña de ese piloto argentino, que en 1964 aterrizó en Malvinas, desplegó la bandera nacional, saludó a los isleños y entregó una proclama de reivindicación de nuestra soberanía. Y como vos seguís sin poder decirme qué pasó con la carta del soldado y las cosas de aquel colegio, hablo con dos amigos del barrio para que me ayuden a recordar.

Primero llamo al que le mandó la carta a Checho, y seguro no te extrañaría que después de cuarenta años sigamos siendo amigos, porque es de esos que cuando dicen que vos sos como su hermano lo dicen de verdad; y en los audios de whatsapp que van y vienen, se me mezcla, me dice mi amigo, mirá, el chabón era de Corrientes, con el club de fútbol íbamos con mi viejo a jugar y en la ruta hacían dedo los soldados, íbamos con los chicos en unos micros y lo levantamos al chabón y yo me puse a hablar y me encariñé con él, y cuando contó que iba a la guerra me puse a llorar, imaginate, yo tendría en el 82 siete, ocho años, y de alguna forma sé que o me dejó el nombre o le dejó el nombre a mi viejo, entonces cuando pedían que les mandemos cosas a los soldados, se lo mandamos a él, yo puse que fueran para él todos los chocolates que hicimos con mi vieja, ¿te acordás que la cocina era chiquitita y había en el medio una columna?, yo me acuerdo que ayudamos a mi mamá a envolver los chocolates que le hicimos, y eso iba acompañado por esa carta; yo me acuerdo que el pibe era de Mercedes, y mirá, te digo y se me hace un nudo en la garganta, y ahí averiguaron y el pibe no volvió, si estuviera mi vieja ella se acordaría más cosas. Y ahora que nos despedimos y todavía me resuenan las palabras, te cuento que al otro día hablo con mi otro amigo por videollamada y nos da alegría vernos aunque sea a través de una pantalla de celular. Durante por lo menos diez años compartí, con él y otros amigos, el fútbol de los sábados. De lo contentos que estamos de charlar después de tanto tiempo vamos de un tema a otro, que venite, me invita, porque se siguen juntando, ahora que la pandemia parece que ya aflojó, a jugar todos los sábados, a tomar una birra después del partido, y entonces yo le hago una pregunta muy puntual, porque a mí lo que me obsesiona es algo que vos me traés de a pedacitos, más que una afirmación es una duda en medio de la neblina; y mi amigo, que es varios años más grande que yo y se acuerda bien, me lo confirma, me dice que sí, que había una seguridad especial de civil en la puerta del colegio, que había un protocolo que a los chicos nos habían enseñado por si alguien entraba a hacer un atentado; y te vuelve al cuerpo el miedo por esa amenaza de que se meta alguien

malo y vuelve aquel nudo que se te hace en la panza por la nota de la maestra, y yo te vuelvo a decir que no tenés que preocuparte, porque vas a ver que, un poco enternecidos por tu ocurrencia, papá y mamá te van a decir que no estuviste mal, que eso de San Martín y los españoles no estuvo mal, sobre todo porque lo pensaste por vos mismo.

Pero aquel domingo en el almuerzo en lo de los abuelos, lo que vos venís pensando por vos mismo es si lo de San Martín no habrá tenido que ver con la guerra, porque lo que le molestó a la maestra es que a los héroes no se les dicen esas cosas, los héroes dan la vida por la patria. Y ahí entonces vos pensás en los héroes de Malvinas, en los soldados que están allá dando la vida por la patria. Sobre todo te vuelve el nudo en la panza ese domingo. Hay un programa en la tele que dura todo el día. Cada tanto mirás un rato: en el almuerzo, en la sobremesa y después a la tarde ya en tu casa.

24 horas por Malvinas se llama el programa y es en directo. La gente lleva cosas tuyas, que quieren y que valen mucho, para que las vendan y esa plata la van a usar para comprar cosas y mandárselas a los héroes de Malvinas que están luchando allá en las islas. Por un rato se te va el nudo en la panza porque todavía tenés hasta la noche para contar lo de la nota en el cuaderno, y mirás un rato a ese hombre y a esa mujer que conducen el programa. Los conocés de otros programas de la tele. Son como el papá y la mamá de todos los soldados que están allá y juntan plata para mandarles, para que estén bien, para que no pasen hambre ni frío y toda la gente lleva sus cosas, y yo me pregunto ahora mientras veo aquel programa por Youtube, ¿qué te llama la atención de todo lo que ves?

Habrás prestado atención a la señora que llevó a donar su tapado de piel, último regalo de su marido, tripulante del Belgrano, que se hundió hace ya siete días, y que a esta altura ya todos piensan que está muerto; habrás sentido que eras vos ese nene que tiene tu edad y va con su hermana a llevar las joyas de oro que eran de su abuela; habrás sentido que era como tu abuela esa señora, esa actriz, ahí sentadita, Pierina, le dice la conductora, si no te ve Cacho. La anciana tiene el pelo blanco y habla emocionada: yo vine a traerte esto, es mío, no tiene mucho valor pero es mío, y le entrega a la conductora un tapado, y estos aros, dice, mientras se saca uno, que eran de mi mamá, y eran lo único que me quedaba, los voy a dar, dice la viejita y se saca el otro, tiene los ojos llorosos, pone los aros de oro en manos de la conductora, no puedo dar más, dice, se disculpa, es poco pero de a poquito se hace una montaña, ¿no es cierto?, la voz le tiembla y con el pañuelo se seca las lágrimas, lo doy con todo amor para esos chicos que podrían ser mis nietos, hace silencio la mujer porque hay aplausos de todos los presentes, y cuando los aplausos cesan, ella sigue: les mando mi alma, dice, todas mis oraciones son para ellos, todos los días y todas las noches. Es todo cuanto puedo dar.

Al final, después de la cena, no te quedó otra que contar lo de la nota. ¿Y viste que te dije?, ¿viste que no tenías que hacerte tanto problema? Te vas a dormir más aliviado por eso pero no por Checho, que no mandó carta, y me pregunto qué habrás soñado esa noche, ¿habrás dormido bien?, ¿qué desayunaste a la mañana? La neblina no me deja ver nada de eso y ahora soy yo el que cierra los ojos, y el nudo en la panza y las lágrimas son por todos esos pibes que murieron en la guerra, sólo le pido a Dios, me canta León en la cabeza, que la guerra no me sea indiferente, si quieren venir que vengan, que es un monstruo grande y pisa fuerte, vamos ganando, toda la pobre inocencia de la gente, esos aros, esos regalos, esos recuerdos familiares, ¿realmente pensaron que Estados Unidos nos iba a apoyar a nosotros?, el bandoneón de Piazzola, traidores, el cheque del Diego, asesinos, colimbas muertos de frío contra milicos profesionales, ¿desde cuándo sabían que íbamos a perder?, ese Fondo Patriótico que no llegó a los soldados, ¿alguna vez fuiste a la guerra?, 649 argentinos muertos en Malvinas, ¿mandarías a tu hijo a la guerra? Las Malvinas son argentinas. Es todo cuanto puedo dar.





Patricia Suárez

Nació en Santa Fe, 1969. Es autora de numerosas obras de teatro y libros de ficción. Publicó la novela infantil *El hombre que viajó a la Luna* y las novelas *Gula* y *Segunda chance*. Su trilogía teatral *Las polacas* dio la vuelta por toda América y la serie basada en ella está por estrenarse por la TV Pública este 2022.

Claridad

Ven claridad, llega ya,
llega ya, vuela ya,
trágate la oscuridad,
que el soñar me va a matar.

Claridad, Menudo

Mi nombre es Patricia Suárez Cohen. Tengo trece años y no me gusta tener trece años. A los doce, puedo decir que era bastante feliz: había logrado consolidar el cariño de mis compañeras en la escuela, todas chicas. Nos gustaba Menudo; a mí me gustaba el que se llama Xavier Serbiá, cumple los años el 24 de julio y por lo tanto es de Leo. Leo no es un signo afín al mío, pero yo sé que él y yo seríamos una gran pareja. Un día fuimos hasta la puerta del Hotel Presidente y estuvimos horas hasta que él se asomó o algún otro de Menudo o cualquiera, porque a catorce pisos no se veía nada y bien podía ser la mucama, y todas gritamos como locas: “¡Menudo te amo!”. Cuando yo empiezo a ser fanática de Menudo, René Farrait ya era uno de los integrantes mayores y sé, desde el minuto en que me hago fanática, que René no estará mucho más en el grupo. Son de esas cosas que se sabe, como el curso de las estaciones, la cosa de que el otoño seguirá al verano y el verano a la primavera, así, o como se sabe de las cosas prosaicas, que son las reglas del grupo Menudo, tan intrasigentes como las del capitalismo. Cuando cumplen quince años, los chicos deben irse de Menudo.

Ahora no lo sé si tanto me gusta Menudo, porque me cambiaron de escuela: voy a una escuela *mixta* y no pude captar que nadie adore a Menudo. Ni siquiera lo mencionan; hablan sólo de Los Beatles, son fanáticos de Los Beatles, y no me animo a decirles y desasnarlos: Los Beatles tienen la edad de nuestros padres, no son dignos de adoración. Pero eso no es lo más importante: lo más importante es que en la escuela mixta hay chicos.

Absolutamente decepcionantes, todos.

O yo soy una gigante o ellos son enanos. No tengo más chance que mirarlos desde arriba, como si los despreciara; en realidad creo que los desprecio. Además tienen un problema, no sé cómo decirlo sin parecer ofensiva: son idiotas. Son idiotas, no puedo definirlos de otra manera: tienen trece años y se comportan como si tuvieran ocho, o

nueve a lo más. Rompen cosas, se quitan los mocos y los pegan en el pupitre, se tiran pedos y se parten de la risa.

Las chicas son más bien creídas, pero algunas me caen mejor.

Una, Rut, que tiene beca completa, por ejemplo, que es la única que lee libros, *Anne la de los Tejados Verdes*. Yo le pasé *Mujercitas* y ella me pasó *Anne la de los Tejados Verdes*. Después no nos pasamos más libros –salvo a escondidas– porque sus padres son evangélicos y quieren que se concentre en la lectura de la Biblia. La otra que me cae bien, Alina, se la pasa intentando averiguar en qué posición los matrimonios hacen el amor para engendrar hijos. Acaba de tener un hermano, un bebé; no es lindo tener un hermano si una tiene trece años: te usan de niñera. Llega a la conclusión de que tienen que tener una flexibilidad tipo ballet ruso. Desde que ella llega a esa conclusión, yo no puedo mirar a la cara a mis padres. Pensé que habían dejado lo del sexo atrás, como algo de pasado utilizado para engendrar a mi hermana y a mí, pero ahora me temo que la cosa persista. Y que pueda traernos algún dolor de cabeza a nosotras, las hijas.

Me encantaría ser hija de padres divorciados.

Eso en la escuela anterior estaba muy mal visto, porque era una escuela católica.

En la escuela actual, que es laica, les importa un pito.

En la escuela católica me llamaba sólo Patricia Suárez.

En esta me llamo Patricia Suárez Cohen, y soy parienta de los Cohen que fueron antes a la misma escuela, mis primos segundos.

Estoy luchando por adaptarme a esta escuela y hasta acepto ir a un asalto donde bailo con un chico que se llama Luis Culo un lento de Los Beatles, cuando empiezan a sucederse los desastres. Los desastres nunca tienen piedad para conmigo y vienen en seguidilla.

Primero muere mi abuelo, Alberto Suárez. Muere el 1º de abril antes de que se declare la guerra.

Después viene la Guerra de Malvinas y la muerte de mi abuelo nos deja con la palabra en la boca.

Aunque no sé si los acontecimientos fueron exactamente así.

Mi abuelo murió cuando no se hubo declarado la guerra, un día antes. O dos; sucede que con el entierro no sé cómo se cuenta. Primero estuvieron las negociaciones diplomáticas con los ingleses; negociaciones que no existieron en realidad. Porque ambas partes querían ir a la guerra, ambos bandos.

El presidente de facto de los argentinos, Leopoldo Fortunato Galtieri.

La primera ministra británica, Margaret Thatcher.

La gente no sé; capaz necesitaba emociones fuertes.

Mi papá repetía:

MI PAPA: ¿Cómo no vamos a ir a la guerra?, ¿cómo no vamos a ir a la guerra?

Para mi papá era una cosa natural, se caía de maduro. Te quieren quitar algo y vos vas y le declarás la guerra al que te lo quiere quitar; lo convertís en tu enemigo antes de que cante un gallo. Las discusiones se desenvolvían en la forma siguiente: mi abuelo lo oye hablar de guerra contra los ingleses y mi papá chillaba:

MI PAPA: Las Malvinas son argentinas, papá, si nos las quieren quitar, ¿cómo no vamos a ir a la guerra?

MI ABUELO: Sos un imbécil, Juan. Estás hecho un imbécil. La Argentina no puede ir a la guerra contra Inglaterra. ¡Contra Inglaterra!

No era que mi abuelo estuviera a favor de los ingleses. Es que era consciente del poderío de los ingleses.

MI ABUELO: ¿Cuándo perdieron una guerra los ingleses?

Mi abuelo lo decía en la casa, en el barrio, cada vez que alguien se sentía valiente por ir a la guerra contra los ingleses:

MI ABUELO: Háganme una lista de las guerras que perdieron los ingleses. La Argentina no puede ser tan estúpida de ir a la guerra contra los ingleses. Los ingleses extinguieron los dodos, esos pájaros que eran medio idiotas de Nueva Zelanda. Los ingleses, si quieren, nos pueden extinguir a nosotros. Ustedes no saben lo que es una guerra. La Argentina de hoy no sabe lo que es la guerra.

MI PAPA: Papá, las cosas cambiaron desde la Segunda Guerra Mundial. El armamento con que contamos, el apoyo de los Estados Unidos...

MI ABUELO: ¡Jah, apoyarnos a nosotros los Estados Unidos! Estás idiota, Juan. Perdiste el cerebro.

MI PAPA: No, papá.

MI ABUELO: Idiota, imbécil, infeliz. Solamente a un infeliz se le puede ocurrir aplaudir que su país vaya a la guerra.

Mi abuelo le grita a mi papá que es un imbécil cuando se pone contento porque habrá guerra y ganaremos la guerra. Le grita que es un imbécil y eso que lo adoraba, que era su único hijo, y que se dejó el hígado y los riñones para pagarle la carrera de Derecho y verlo recibirse en la Universidad Católica de Rosario.

MI PAPA: Las Malvinas son argentinas.

MI ABUELO: ¿Y quién dice lo contrario? ¡Pero una guerra, una guerra!

Mi abuelo estaba en contra de ir a la guerra, lo dice y lo repite mil veces.

Era argentino, había nacido en Acebal, un campo de la provincia de Santa Fe. No tenía papá y en la escuela le decían “bastardo” y él se sentía muy herido por eso. Aunque nunca me lo contó, sé que le hubiera gustado seguir estudiando. Pero no estudió,

entró a empleado de Correos y Telégrafos y allí se quedó hasta el final. Le gustaba el correo, creo yo, y se hizo coleccionista de estampillas. Hay quien dice que a veces, cuando debía clasificar las cartas que venían del extranjero, se llevaba esas cartas a su casa, ponía los sobres al vapor del agua hirviendo y les arrancaba las estampillas. Eran estampillas con paisajes de otras tierras, con aves exóticas, con gobernantes, reyes y reinas, de los países que él apenas si había sentido nombrar. Igual, lo que hacía era un delito. Cuidaba sus estampillas como oro, y no nos dejaba siquiera contemplarlas. Mi papá sabía decir que él tenía la estampilla con Eva Duarte que habían prohibido los militares que echaron abajo a Perón, los de la revolución libertadora, y que esa estampilla costaba una fortuna. Coleccionaba, además, las revistas de la UNESCO que llegaban al correo. Así fue cómo se enteró de la guerra en Europa, del Holocausto y de los campos de concentración. Traía las revistas a la casa y se las mostraba a mi abuela. Mi abuela se impresionaba mucho con la visión de esas revistas, pero no lo comentaba con nadie. Tal vez fue leyendo esas revistas que él tomó noción de que en una guerra pierden todos, o algo así. De alguna manera, mi abuela se fue quitando las revistas de la cabeza, esas revistas, y pasó a las que yo le conocía: las Temporada y las Burda, con moldes para coser y para tejer, dos actividades que para ella habían sido muy importantes. Cuando el sueldo de mi abuelo no les alcanzaba, ella trabajaba como pantalonera. “Lo peor de coser es la bragueta”, murmuraba en voz baja, porque estaba segura de que bragueta era una mala palabra.

Para mi abuelo la mala palabra era guerra.

Mi mamá se quejaba:

MI MAMA: Juan, tu papá me trata de bruta, de ignorante, me trata de serpiente. Porque yo dije que la Argentina tiene que ir a la guerra.

MI ABUELO: ¿Quién conocen que ganó una guerra? Ni siquiera los que ganan, ganan la guerra. Todos pierden en la guerra, todos, todos.

MI MAMA: Juan, tu padre está gagá y dice cualquier cosa en la panadería, en el almacén, en la carnicería. Me da vergüenza salir a la calle. Que crean que nosotros estamos a favor de Inglaterra. Hay que dejar de mandar a la nena a inglés. Que no estudie inglés hasta que ganemos la guerra.

Mi abuela no opinaba sobre la guerra. Mi abuela no tenía ni un sí ni un no con mi abuelo. Si mi abuelo decía que estaba mal ir a la guerra, ella opinaba igual que mi abuelo. Era el eco viviente de mi abuelo y repetía lo que peroraba mi abuelo en la carnicería, la despensa, la verdulería y el kiosquito de don Raúl.

MI MAMA: Juan, a tu padre y a tu madre los van a apedrear un día de estos por opinar diferente.

MI ABUELO: ¡La guerra no es un partido de fútbol, Juan!

Mi papá se encogía de hombros. Mi papá lo único que quería era que ganara la guerra Argentina.

Entonces pasó lo que jamás tenía que pasar: mi abuelo se murió. Ocurrió de una forma estúpida, se desmayó y se cayó en la calle. Había ido a hacerse la diálisis porque sufría del riñón. Ese día al salir para el hospital, le ordenó a mi abuela: “Quedáte en casa, María, puedo ir solo”. Pero se desmayó y se cayó contra el cemento de la calle. Se rompió la cabeza, se le reventó.

Uno no elige la manera en que se muere.

Yo me quedé helada cuando supe que se murió; mi papá no lloraba. Mi mamá estaba muda. Mi abuela se quería morir también; era lo más lógico, diría yo, que ella se quisiera morir después de haberse muerto mi abuelo. A mi abuelo nadie lo llamaba por su nombre, todos le decían “don Alberto”. Por puro respeto que siempre había inspirado. Hasta mi abuela, ella hablaba de su marido a mi mamá, por ejemplo, y comentaba: “A don Alberto le gustó mucho el pollo que hiciste el domingo, Diana”.

Juro por dios que yo quería llorar, yo quería volverme un mar de lágrimas cuando mi abuelo se murió. Pero estaba ahí cuando lo enterraron, quieta. Así que la muerte es esto, pensé.

MI ABUELO: Juan, estás hecho un caníbal.

Eso le escuché decir a mi abuelo la última vez que peleó con mi papá por el asunto de las Islas Malvinas. Después, se declaró la guerra y fuimos a la guerra. Estaba lleno de chicos que eran los soldados. Algunos parecían contentos de ir a la guerra, se decían patriotas. Pero esos eran algunos, muy pocos. Yo sabía que la mayoría estaba enojada. Había cosas que no podía entender; la escuela no podía entender. Que me hicieran estudiar de memoria la Constitución y no estuviéramos cumpliendo la Constitución. Un día, tiempo atrás, me había puesto rabiosa y le pregunté a la panadera:

YO: ¿Cuándo se van a ir los militares?

PANADERA: Este año, a fin de año van a desaparecer. Vas a ver.

Eso fue en 1976 y a fin de año el que dejó de verse por la panadería fue Gerónimo, el esposo de la panadera. Mi papá también creía que se iban a ir, mi abuelo también. Todos creían que se iban a ir de un momento a otro y no se iban. A veces yo iba a la escuela y camino a la escuela los veía a los soldados, los gendarmes, los policías, los que fueran, apuntándote desde la terraza. ¿Por qué?

Como fuera, cuando se declaró la guerra contra los ingleses, todos gritamos “¡Argentina, Argentina!” en el Monumento a la Bandera donde se reunió la gente y en el patio de la escuela. En todas partes la gente vivaba “¡Argentina, Argentina!”; yo dejé de estudiar inglés, dejé escuchar a Los Beatles: estábamos en guerra y éramos enemigos de los ingleses. Mi amigo Luis que era fanático de Los Beatles y le

faltaba un tornillo se tiró de la ventana. Sus últimas palabras antes de saltar fueron: “Prefiero morir si no puedo escuchar más a Los Beatles”. Por suerte era un primer piso y no se hizo nada; se quebró el brazo. Faltó todo el mes a la escuela.

Yo empecé a tejer; mi abuela me quiso enseñar a tejer, medias sobre todo. Porque en las trincheras los pies se les congelaban a los soldados. Porque si se mojaban con el agua helada, los pies se les pudrían; se les ponían azules, les venía la gangrena, había que cortarles los pies. Yo no quería que a nadie le cortaran los pies. Mi abuela me quiso enseñar a tejer, pero se le escapaban los puntos porque no ponía atención. Las medias se tejen a cuatro agujas para cuando llega el talón.

Mi abuela estaba triste, distraída; me lo explicó dos veces lo de cómo se teje el talón.

Después me tiró la Burda por la cabeza y me mandó que me arreglara.

Deshice las medias y me puse a tejer bufandas. Cuando había llegado a la mitad de una, me quedé pensando que era una estupidez usar bufanda si uno es soldado en una guerra. Porque si llegara estar cerca, cuerpo a cuerpo del enemigo digamos, la bufanda lo vuelve vulnerable al soldado. Lo agarran de la bufanda y lo pasan por las armas, lo matan. Así que también abandoné la bufanda.

Fui y rompí la alcancía, compré chocolate. Los soldados necesitaban chocolate porque el chocolate es energético. No sé quién dijo eso, mi madre siempre había pensado exactamente lo contrario. Compré chocolate con mis ahorros –destinados en principio a comprar los nuevos discos de Menudo, que tenían un nuevo integrante, Ricky– y lo llevé a la Prefectura, adonde juntaban todas las cosas que se enviaban a los soldados. Mantas, ropa de abrigo, comida imperecedera.

Al mes de guerra hundieron el Belgrano, el crucero. Lo hundió un submarino nuclear. Tres torpedos, en total. Ochocientos soldados argentinos muertos. Algunos seguían creyendo en milagros, pero no creían en los milagros de verdad. O sea, milagros donde resucitaran los soldados muertos, como le había pasado a Cristo según la escuela católica a la que iba antes y la evangélica a la que voy ahora. Los muertos pueden levantarse de sus tumbas, de sus pozos de zorro y seguir con lo que estaban haciendo. Todos los argentinos creían en el milagro de ganar la guerra, que era, al fin y al cabo, un milagro menor.

A mí me parecía ver a mi abuelo andando en la tiniebla del altillo, en medio de su colección de estampillas, agarrándose la cabeza. Mi abuelo era un hombre silencioso, serio; jamás levantaba la voz. Flaco y alto, escondido detrás de unos anteojos que ocultaban el abatimiento de una vida y muy de vez en cuando con la alegría secreta de encontrar una estampilla de quince centavos de 1950 del Telégrafo Español, con un lirio o con un antílope, de cuando ocuparon Tánger, o la plancha argentina de 1962 que traía dibujado el chingolo a 12 + 6 pesos y la calandria a 4 + 2 pesos.

Era silencioso, pero ahora lo veo agarrándose la cabeza, fantasma entre las cosas viejas, la casa de mi abuela, la pena de mi abuela.

Mis padres me obligan, me mandan, sin que yo lo desee, a acompañar a mi abuela a su casa porque se siente muy sola. Pido no ir, pero no me dan ni bolilla: tengo que ir, es mi deber, dicen.

–¿No podemos invitarla, pedirle, que venga a casa? –pregunto.

–No –responde tajante mi mamá porque en el fondo la detesta.

Voy yo a su casa, como con ella los buñuelos y hablamos de la nada, después dormimos. Yo duermo en la cama con ella, en la pieza donde ella dormía con mi abuelo. Y me es imposible no verlo a él andando aquí y allá, abatido, con la soledad de siempre. No es que ande por la casa para asustarme a mí, anda como alguien a quien se le perdió algo, las llaves, el sombrero, el reloj, los documentos, la paz. Pero estoy asustada, estoy muy asustada cada vez lo que veo, su palidez, y no me animo a revelárselo a mi abuela: quizá ella se pondría contenta de saber que él está ahí, que no la abandona. Lo veo y ruego, como en esa canción de Menudo que me sé de memoria: “Ven claridad, llega ya / amanece de una vez, claridad, por piedad/ mata sombras, dame luz, resplandor, libertad...”.

Entonces, para calmarme, esas noches escribo cartas a los soldados y a la mañana siguiente les pego a los sobres estampillas aún válidas que mi abuelo dejó en un cajón y las echo en un buzón. Mis cartas no dicen mucho, algo así como:

“Querido soldado argentino:

Me llamo Patricia Suárez y vivo en Rosario. Tengo trece años y me gustaría conocerte cuando vuelvas. Estoy en primer año del secundario y todavía no sé qué quiero ser cuando me reciba en quinto año. Quiero agradecerte que seas valiente y defiendas nuestro país y nuestra soberanía en las islas. Espero conocerte a tu regreso.

Patricia

PD: nunca tuve novio ni sé lo que es estar enamorada de una persona de verdad.”

Nunca puedo saber si mis cartas llegaron a los soldados.

Ni los chocolates o las medias de quienes lograron enviarlas definitivamente, ni los soquetes ni las polainas de lana. Y mientras yo me debato entre fantasmas y secretos, la desgracia absoluta cae sobre nosotros igual que un pájaro muerto en vuelo.

Sucede que al final, nos rendimos. Los argentinos nos rendimos. O no. Los argentinos no; los que nos llevaron a la guerra. Los argentinos, como yo, como mi abuelo, nunca quisimos ir a la guerra. Peleamos con coraje y nos morimos, los soldados de frío, mi abuelo de un golpe y yo de contrera.

Fueron setenta y cuatro días de guerra; y hacía un frío tremendo el 14 de junio. Me preguntaba si celebrar la paz o si llorar la paz. Fueron llegando los cuerpos de los vivos y algunos cuerpos de los muertos, muy pocos. No sé si volvió alguno que hubiera recibido una carta mía; me quedé una vida sin saberlo.

Llamé por teléfono a mis compañeras de la primaria, a Martita, a Sandrita: los soldados que llegaban tenían la edad de René Farrait que estaba excedido de años en el grupo; pero Farrait se iría unos meses después de Menudo y le estábamos armando la despedida, una fiesta entre nosotras. El mánager, los amigos y Xavier también le preparaban una fiesta, imagino. Pero los soldados quedaron tendidos y hubo que suplicar a los ingleses que les dieran sepultura: “regresa, regresa, claridad”, parecían cantar, como Menudo, aunque ya no cantaban para nadie. Los que volvieron, en las noticias, confesaron que no habían recibido ni chocolate ni medias.

Mi padre, al final, se siente el infeliz que mi abuelo le anunció y se largó a llorar cuando perdimos la guerra. Estábamos todos mirando la rendición por la televisión, los anuncios.

Entonces me vino de adentro, como un grito:

YO: ¿Quién habrá sido el flor de hijo de re mil putas que inventó la guerra?

En mi casa está prohibido decir malas palabras. Todos levantaron la cabeza cuando yo pronuncié esas palabras. Estuve a punto de agregar:

YO: La recalcada...

Ahí mi madre me dio vuelta la cara de un sopapón y me sangró el labio. Pero no me dolió nada. No sentí más nada. Creo que nunca más nada, por más que digan que no hubo nadie en toda la historia de la familia que llorara como lloré yo cuando se fue René Farrait de Menudo. Nadie sabe qué contenía mi llanto, y a nadie nunca, ni a Xavier Serbiá, a quien nunca conoceré y que se fue de Menudo junto a Miguel Cancel dos años después, nunca a nadie le voy a confesar de qué sustancia de lana destejida mil veces, estampillas en vano y agua salada del Mar Argentino estaban hechas mis lágrimas.

Fin.

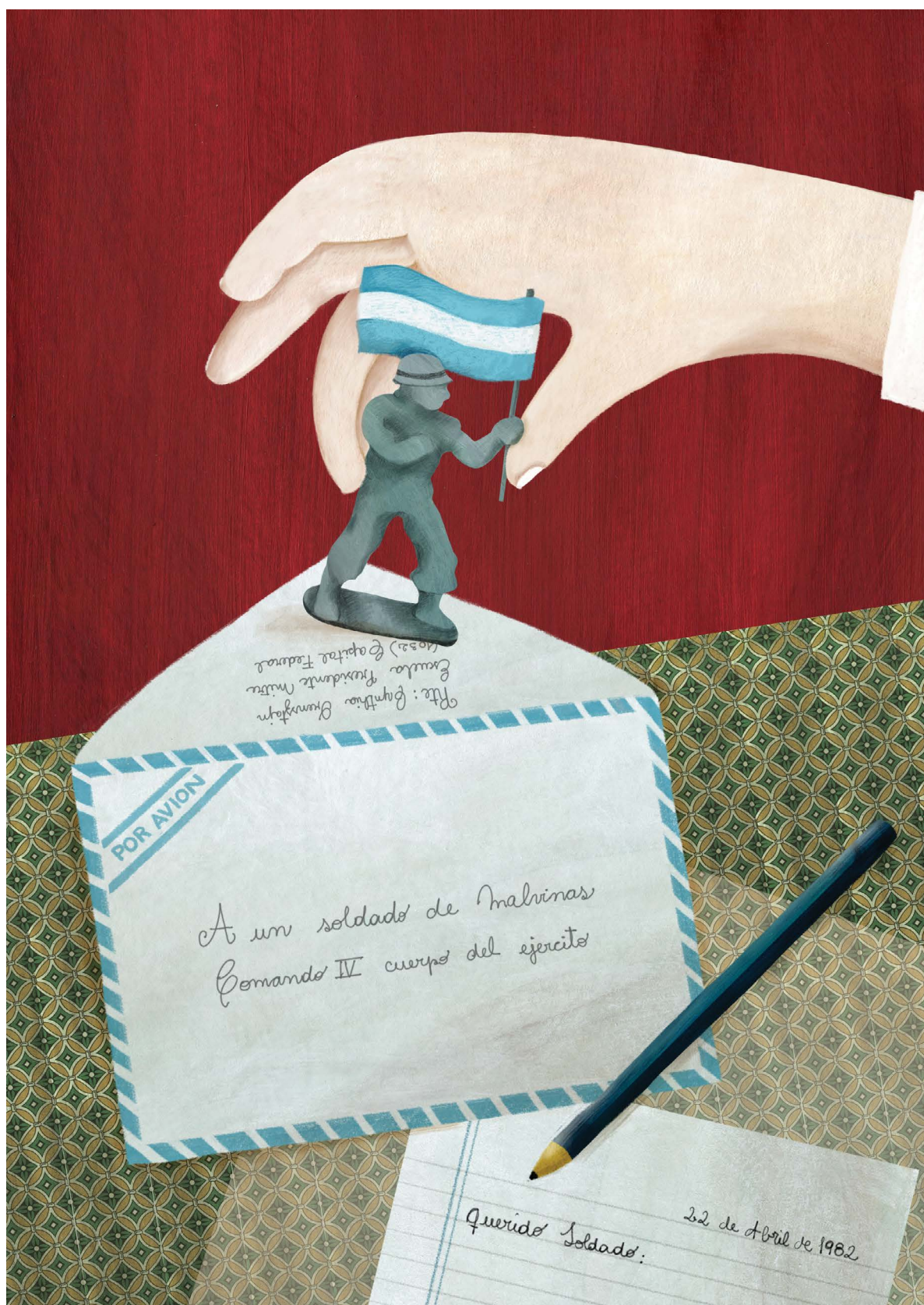


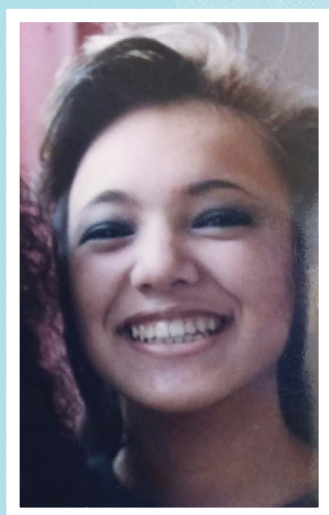


Cynthia Orenszajn

Nació en Buenos Aires, 1973. Estudió Diseño Gráfico (UBA).
Sus trabajos fueron publicados en editoriales de Argentina,
España, Colombia, China y Corea.

Ilustración: *Carta a un soldado*





Alejandra Kamiya

Nació en Buenos Aires, 1966. Publicó los libros de relatos *Los árboles caídos también son el bosque* y *El sol mueve la sombra de las cosas quietas*. Participó en las antologías *Los que vienen y los que se van*, *historias de inmigración en la Argentina*; *Por favor sea breve* y *Bailarinas*, entre otras. Algunos de los premios que recibió fueron: Premio Universidad Católica Argentina-SUTERH, Premio Feria del Libro de Buenos Aires, Premio Fondo Nacional de las Artes 50° Aniversario, Premio Max Aub (España), Premio Metrovías, Premio Fundación Victoria Ocampo / Fundación Banco Ciudad, Premio Unicaja (España), Premio Horacio Quiroga (Uruguay).

Cosas que no sé

Habíamos dejado todo atrás. No, era yo quien había dejado todo atrás. Mis padres lo habían hecho antes, cuando habían venido a Buenos Aires, cuando se habían casado. Y mi hermana Mei aún no tenía nada que dejar atrás.

El viaje había durado tres días en los que el auto se había ido transformando en una especie de casa plegada en la que Mei y yo jugábamos y peleábamos, mis padres se turnaban para dormir, desplegaban mapas, prometían que íbamos a ver pingüinos, ballenas y lobos marinos. Mi madre dijo que papá tenía que estar cerca de los puertos, y él dijo “cerca del mar” mirándonos por el espejo. Mei preguntó “¿Cerca del mar o del puerto?”, y yo le dije que los puertos eran las puertas del mar. Ella hizo entonces eso que hacía con los ojos: mirar para arriba como si así empujara hacia dentro la idea.

A ella le habían dicho lo de los pingüinos, y a mí mi padre me había hablado de los barcos, y me había explicado que siempre que había petróleo era probable que hubiera también langostinos. Me habló de cómo había comenzado la vida. “Desde el mar”, dijo y usó palabras que yo sabía que eran de trabajo y eso me hizo sentir grande.

Cuando entramos a la ciudad, mamá, Mei y yo nos pegamos a las ventanillas mientras papá decía “allá está el colegio”, “para allá el puerto”, “esta es la avenida principal”, “allá, la plaza”, “la iglesia”, “la agencia”.

Todo era gris menos el cielo y el mar. Las calles, las casas y hasta la gente eran de algún modo grises. El cielo era mucho más grande que en Buenos Aires y parecía aplastar el paisaje, echársele encima como si pesara, y el mar no era amable como en las vacaciones. Era un mar para barcos, no para personas. Y hasta los barcos más grandes parecían indefensos.

El departamento estaba en uno de los pocos edificios de varios pisos y eso hacía que diera la sensación de flotar solo. Nuestros muebles también flotaban incómodos en demasiado espacio vacío. El primer día escuché un ligero eco pegado a nuestras voces y después, el viento. El viento no dejaba nunca de soplar. Aunque a veces, cuando hacía una ínfima pausa, yo sentía que en lugar de soplar, aspiraba, para volver luego a exhalar, lo que lo transformaba en una enorme respiración. Una respiración enorme que iba y venía a través de todo, y ese asomo de dolor que es el frío.

En la escuela también yo parecía flotar sobre los demás. Los primeros días me hicieron las preguntas que a esa altura sabía responder sin vacilar: “No, no soy china”. “Nací acá, mi papá es japonés”. Pero se agregó una que hacía que cualquier respuesta fuera inútil. Dijera lo que dijera, lo esencial estaba en el hecho de que a mí pudieran preguntarme “¿Quién querés que gane la guerra?”. Yo respondía “Argentina”, y agregaba, “¿y vos?”, en un intento de emparejar no sabía qué.

Algunos chicos decían que eran nacidos y criados ahí, y yo pensaba que debía mantener en secreto que mi papá, mi mamá, mi hermana y yo habíamos nacido en lugares diferentes.

Aprendíamos cosas como a cerrar el gas en caso de ataque, a cubrírnos la cabeza metida entre los brazos y las piernas, cómo llegar al hospital siguiendo unas líneas blancas. Eso era lo que más les divertía a mis amigas de Buenos Aires. Todas las semanas les enviaba una carta y recibía otra de ellas con carteles de letras gordas. Una vez Lucila me mandó un boleto capicúa.

La casa no tenía cortinas y veíamos a un lado el mar y al otro, un monte.

Yo había vivido siempre protegida entre edificios. Había tenido amigas con las que caminaba abrazada como veía hacer ahora a las otras chicas. La guerra había sido algo de lo que hablaban mis abuelos, no algo de lo que se hablara en la escuela, en la televisión, en los lugares donde mi madre hacía las compras.

A las dos semanas papá tuvo que viajar a Japón de nuevo. Entonces mi madre hizo un arreglo con una vecina que tenía teléfono. Después de darnos de comer, ella bajaba cada noche a la casa de los vecinos y nosotras nos íbamos a dormir.

La operadora siempre decía que había demora y mi mamá debía esperar conversando con la vecina. A veces le llevaba lo que ella llamaba “un pequeño obsequio”: un budín, un pañuelo, una carpeta de hilo.

Una noche Mei se había quedado dormida en el sillón y mamá antes de irse dijo: “No la despiertes, yo lo hago cuando vuelvo”. Me había dicho que debíamos mantener todas las luces apagadas. “Es importante”, dijo. En el colegio yo había aprendido que eran “prácticas de oscurecimiento” para que los aviones no vieran las ciudades y no las bombardearan.

Mamá se había quedado sentada junto a mí después de apagar las luces, pero cuando cerró la puerta, la oscuridad se expandió de repente, como si hubiera explotado en silencio.

De pie frente a la puerta cerrada sólo atiné a girar hacia el ventanal.

En lugar de balcón había un gran vidrio y contra él mamá había puesto las macetas de la otra casa. Las plantas habían perdido las hojas, la forma, la alegría. Una era apenas un tronco interrumpido. Cuando me di vuelta eran solo sombras.

Ahí estaba yo, sola, de pie frente a la oscuridad.
Sólo la noche puede ser tan joven y tan vieja.
No había nada que se interpusiera entre nosotras. La ciudad y mi casa se habían apagado y hasta la respiración del viento se había detenido.
Era tan absoluta la oscuridad que parecía una verdad, quiero decir algo frente a lo que lo demás resulta débil.
Si hubiera podido arrojarme a la noche me habría diluido en ella. Las partículas de las que estoy hecha se habrían alejado unas de otras con una extraña y mansa suavidad.
Pero entonces Mei se despertó y empezó a llorar.
Al principio, como lo hacía a veces, frotándose los ojos con un fastidio dulzón, pero después, a medida que iba viendo más y más oscuridad, su llanto se volvió agrio e insoportable.
“Mei, Mei”, decía yo y le tocaba los hombros, la cabeza, la espalda. En cuanto me puse en cuclillas ella se echó contra mí y la abracé. Yo nunca abrazaba a mi hermana. Eso lo hacía mi madre.
—¿Dónde está todo? —dijo moqueando.
—Ahí, abajo de la oscuridad.
Mei dejó de llorar y se acercó al vidrio.
—Está ahí —insistí— todo: las casas, el videoclub, los chicos.
Ella seguía aspirando largo y tenía hipo.
—Vení —dije mostrando la palma de mi mano—, metámonos acá. —Y me tiré en el piso entre las dos macetas grandes.
Ella se puso en cuclillas a mi lado con los codos entre las rodillas y las manos agarradas sobre el pecho.
—Aunque no lo vemos, está todo —dije señalando hacia abajo.
Mei seguía haciendo una especie de nudo con las manitos.
Hablabamos muy bajo porque había algo en el silencio que no debíamos romper, o eso creíamos porque el silencio era parecido a la oscuridad.
—Nos estamos escondiendo —dije.
Eso pareció gustarle.
Se agachó un poco más y me miró como preguntándome algo.
—De los ingleses —dije.
Siguió mirándome de ese modo y agregué:
—Para que no nos maten.
—Sí —dijo ella, ligeramente divertida—. ¿Dónde están?
—Vienen en barcos y aviones.

Bajó un poco más la cabeza y dijo:

—Sí —de nuevo.

—Si apagamos las luces, no nos ven.

—¿Y si nos matan? —dijo ella.

—Nos morimos.

—¿Y mamá?

—Seguro que se muere después.

—Ah —dijo aliviada.

Y después agregó, torciendo un poco la cabeza:

—¿Y cómo es morirse?

—Oscuro.

Eso pareció no gustarle. Miró hacia abajo y dijo:

—¿Y cuando se muera mamá, si no nos ve?

—La oscuridad se va borrando, Mei. ¿Ves que ahora se ve más que hace un rato?

Los ojos se acostumbran.

—Como con rayos —dijo ella y se señaló los ojos.

—Sí —dije.

—¿Y papá? —dijo mirándome.

—Papá también se va a morir.

—La familia muerta —dijo divertida y moviendo las manos a los costados de su cabeza.

—Sí, juntos.

—¿Y los demás? —dijo ella.

—¿Quiénes?

—Agustina, la abuela, las tías, Mumi, Ojisan... —enumeró.

—Ellos van a seguir vivos y después también se van a morir.

Miró para un costado.

—Es como cuando papá está en Japón y allá es de día y acá de noche: los vivos están de un lado y los muertos del otro.

—Durmiendo —dijo.

—Sí —dije.

—Por eso tienen los ojos cerrados —dijo ella.

Asentí y ella se quedó un rato en silencio.

—¿Y después? —dijo al fin.

—¿Qué después? —dije—. No hay después.

Me miró un poco molesta y se sentó en el piso.

—Mirá, Mei —dije y señalé la Luna que era apenas un borde, una curva de luz que no llegaba a dar la vuelta y se interrumpía.

—¿Y los ingleses —dijo de repente— también se mueren?

—Se mueren, sí —dije—. Como nosotros.

—¿Y quién queda?

—Otros.

Hablé con Mei como con la noche. No, con Mei me di cuenta de algunas cosas porque las dije y de otras porque no pude decirlas.

Entonces empezaron a encenderse las luces en la ciudad y abrió la puerta mamá y apareció el sillón verde y los almohadones con flores y todas nuestras cosas que ya no parecían ni tan solas ni tan pocas. Era como si hablaran, las cosas.

“Papá les manda un beso”, dijo mamá y alzó a Mei y me tomó de la mano, como cuando yo era un poco más chica. “¿Qué hacen despiertas?”

“Estábamos en la guerra”, dijo Mei.

Mamá me miró y no dijo nada y después Mei se rio, y mamá también, y yo, y nos reímos de un modo extraño. Nos reímos como si no pudiéramos reírnos.

Nada tenía sentido en esos días y cuando papá volvió lo confirmó: dijo que sobre el monte que estaba detrás, del lado contrario al mar, habían encontrado caracoles. “Conchas marinas”, dijo. No tenía sentido o para que lo tuviera el mar debería haberlo cubierto todo, la ciudad entera y nosotros no podríamos haber existido, no ahí mismo.

Pocos meses después volvimos a Buenos Aires.

Mei se olvidó de aquella noche.

Cuando mamá habla de esa época, dice que había camiones “llenos de chicos” y cierra los ojos con fuerza. Papá dice que aquello no fue realmente una guerra y mira el piso.

Mis amigas dicen que yo estuve más cerca.

Yo sólo recuerdo la noche inmensa.



Eduardo Sacheri

Nació en Buenos Aires, 1967. Es profesor y licenciado en Historia. Publicó, entre otros, los libros de relatos *Esperándolo a Tito*, *Un viejo que se pone de pie* y la antología *La vida que pensamos*. También es autor de las novelas *La pregunta de sus ojos* —llevada al cine por Juan José Campanella como *El secreto de sus ojos*, ganadora de un premio Oscar como mejor película extranjera—, *Aráoz y la verdad*, *Papeles en el viento* —que tuvo su versión cinematográfica dirigida por Juan Taratuto—, *Ser feliz era esto*, *La noche de la Usina* —Premio Alfaguara de Novela 2016, llevada al cine como *La odisea de los giles*, dirigida por Sebastián Borensztein—, *Lo mucho que te amé* y *El funcionamiento general del mundo*. Su obra fue traducida a más de veinte idiomas.

El silencio del pescadero

El despertador sonó a las siete de la mañana, como todos los días. Me incorporé en la cama pero no puse los pies en el suelo todavía. Con mi hermano dormíamos en camas cuchetas y él ocupaba la de arriba. Mejor esperar para asegurarme de que sus pies tocaran el suelo antes de asomarme yo. En alguna ocasión me había pasado eso de que se lanzara al piso desde su cama y se topara conmi-go en el camino. Había sido como chocar con un tren, o como si me lloviera un oso desde el cielo.

Cuando lo escuché aterrizar contra el piso y supe que mi esqueleto estaba a salvo, me levanté restregándome los ojos. Tocaba ahora la carrera entre los dos, por el pasillo, para ganar el baño. Perder esa batalla significaba que todo lo que venía después se demoraba y se llenaba de urgencias: desayunar atragantándome, vestirme a los apurones, treparme al estribo del colectivo, llegar a la escuela después del primer timbre, que el portero hubiese cerrado la puerta y que me pusieran media falta.

Pero ese viernes –porque era un viernes– todo, todo lo que pasó, pasó distinto. Apenas habíamos llegado a agazaparnos, mi hermano y yo, para emprender la carrera hacia el baño, cuando mi mamá llegó desde la cocina con la radio portátil en la mano al grito de “Tomamos las Malvinas, tomamos las Malvinas”.

Era tal es escándalo que metía la mezcla entre nuestras preguntas, las respuestas de mi mamá y los comentarios de los locutores de la radio que mi hermana (que tenía el sueño pesadísimo y se podía levantar un rato más tarde) emergió de su habitación con una expresión de sorpresa que no le cabía en el rostro y hubo que explicarle a los tropezones todo eso que estaba pasando y que, de tan extraño, no nos cabía en la cabeza. Desayunamos en silencio, con la radio en el centro de la mesa, escuchando que el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas y bla, bla, bla, en una operación de ejecución perfecta y bla, bla, bla, en la que no habían sufrido ni un rasguño los habitantes de las islas ni los soldados británicos apostados en ellas y bla, bla, bla, el pabellón argentino volvía a ondear sobre Puerto Stanley, que no se llamaba más Puerto Stanley sino Puerto Argentino. Esto último, lo del cambio de nombre de la capital de las islas, no estoy seguro de si lo dijeron ese mismo día o si sucedió después. Lo que pasa es que fueron meses tan vertiginosos,

tan llenos de novedades, que los recuerdos se acumulaban sin darnos tiempo a ponerlos en orden.

Esa misma mañana, de hecho, la escuela era un caos feliz en el que nadie daba órdenes ni nadie estaba dispuesto a obedecerlas. Nadie escuchó (porque nadie tocó) el primer timbre de las 7.40. Y nadie supo en qué momento el portero cerró la puerta, porque los ojos de todos se fueron sobre la figura imponente del rector del colegio, que con su voz estentórea nos dirigió un discurso cargado de patriotismo, orgullo y reivindicaciones soberanas.

La vida, el mundo, los demás, están permanentemente enviándonos señales. Son muchas, son confusas y son contradictorias. A veces somos medianamente capaces de ordenarlas y formarnos una visión de conjunto. Encontrar un sentido a ese farrago de estímulos. Otras veces, no. No sé cuál es la causa de que a veces se nos escape el sentido de lo que está pasando. En mis días buenos lo atribuyo a la inocencia. En mis días malos, a la estupidez. El asunto es que desde el 2 de abril nos metimos en un tobogán de emociones, de información, de expectativas. De miedo, no. Todavía no había lugar para el miedo. Vivíamos en una algarabía patriótica que nos ponía a salvo de todo. Éramos unos genios, el mundo nos admiraba y el corazón no nos entraba en el pecho, de puro orgullo. Te lo decía la tele, te lo repetía la radio, te lo confirmaban los diarios. Y lo mismo pasaba con la gente en la calle, tus amigos en el barrio, tus profesores en la escuela.

Era un milagro. Del aire se había disipado hasta el último malestar, hasta el último gesto de fastidio, hasta la última crítica hacia el gobierno. Unos días antes del 2 de abril las cosas eran distintas. Muy distintas. El régimen militar ya no tenía la solidez que había exhibido en el pasado. La gente, poco a poco, se atrevía a criticarlo en voz alta, a quejarse de la situación económica, a levantar el manto de silencio que pesaba sobre sus secretos más oscuros. Era un proceso de lentísima erosión, precisamente, del “Proceso”. Pues bien: desde el 2 de abril todo eso se había detenido. Cancelado, más bien. Ahora no había lugar para ninguna revisión, ninguna crítica. Todos éramos uno. Todos éramos Malvinas.

Usualmente a mí me tocaba hacer las compras. Mi madre trabajaba sin parar. Mis hermanos estudiaban en la universidad y también trabajaban. Y en tanto yo sólo me tenía que ocupar del secundario, fin del tema: “Pibe, agarrá la bici y las bolsas y andá al mercadito”. El mercadito quedaba cerca de la estación y tenía varios puestos: fiambrería con despensa, verdulería, carnicería y pescadería; y en esos días a nadie le preocupaba tardar demasiado tiempo con los mandados ni que la vieja de la vuelta se colase en la fila. Todo el mundo quería hablar de Malvinas. Que el desembarco, que los soldados, que el discurso del Canciller en las Naciones Unidas, que la visita

de Galtieri a las islas recién recobradas... El único que se quedaba al margen de ese bullicioso festivo era el pescadero.

El pescadero era un italiano silencioso, alto, flaquísimo, que usaba una boina calada hasta las cejas y que fumaba unos cigarrillos negros apestosos. Mientras los otros puesteros y los clientes debatían a los gritos sobre lo hecho y lo por hacer, el tano le pasaba un trapo rejilla a su mesada de mármol, o el lampazo al piso de baldosas blancas y negras alrededor de su puesto. Sólo salía de esos hábitos solitarios cuando alguien se acercaba a comprarle su pescado.

El italiano me daba miedo desde que era un chico muy chico. Lo rodeaba una atmósfera oscura, cargada, silenciosa. El humo que apestaban sus cigarrillos no ayudaba a volverlo hospitalario. Y como siempre odié comer pescado (en mi casa no sabían cómo disimularle el olor y el sabor para convencerme de comerlo), ese rincón oscuro del mercadito (oscuro porque quedaba lejos de la puerta, no tenía ventanas, y apenas lo iluminaba una lamparita que colgaba de su cable) era, para mí, lo más parecido a una mansión embrujada. Cuando me mandaban a comprarle, intentaba que la experiencia fuese lo más rápida posible. El tano hablaba un castellano difícil, me costaba entenderlo y me daba miedo hacerlo enojar si lo obligaba a repetir el precio del kilo de brótola.

En esos días estrambóticos, el contraste que el pescadero hacía con su entorno era más notable que nunca. Sombrío mientras todos irradiaban la luz del patriotismo. Silencioso, mientras todos se aturdían unos a otros con opiniones, análisis y pronósticos. No sé por qué me intranquilizaba tanto verlo al margen. Como si su incapacidad de encajar en la algarabía general fuese... algo hecho a propósito. Eso. Mi sensación era que el italiano no estaba al margen de lo que sucedía en la Argentina en esos días desquiciados por simple casualidad, o por su modo solitario de ser. Nada que ver. Era algo diferente. Como si hacerse a un lado, aislarse, fuera una manera de establecer una posición que quedaba en las antípodas de la nuestra.

Un par de semanas después del 2 de abril me tocó comprarle filet de merluza. El entusiasmo enloquecido de los primeros días seguía vigente (como seguiría casi hasta el día de la rendición, el 14 de junio), pero estaba cambiando de dirección. Ya no hacía centro en la alegría desbordada de haber recuperado las islas. Ahora todos éramos expertos en diplomacia mundial, en relaciones internacionales y en estrategia global. Analizábamos cómo iba a votar cada país en las Naciones Unidas, qué alianzas podía tejer el gobierno militar en la OEA, de qué modo Galtieri podría convencer a Alexander Haig para que a su vez convenciera a Reagan para que a su vez convenciera a Thatcher. El miedo seguía ausente de nuestras conciencias.

No sé cómo me atreví. Ni siquiera recuerdo del todo qué palabras usé. Lo cierto es que de repente me encontré, mientras el pescadero me envolvía el kilo de filet de merluza en papel de diario, preguntándole por qué no decía nada, por qué no participaba de la charla, por qué nos miraba siempre como desde afuera de todo.

Me miró fijo antes de hablar, como si le costase decidirse. Al final me dijo: “Yo peleé contra los ingleses. Van a venir. Van a pelear. Ustedes van a perder. Y un montón de muchachos se van a morir”. Eso fue todo. Han pasado cuarenta años, pero así fue como lo dijo. Cinco oraciones breves y directas como disparos. Después me tendió el paquete, me cobró y me dio el cambio. Al llegar a casa me apresuré a buscar en la enciclopedia Salvat y sí: era posible que el pescadero hubiese peleado contra los ingleses en la Segunda Guerra Mundial. Leer acerca de eso me confundió, porque yo me había acostumbrado a pensar esa guerra en término de Aliados contra nazis, y uno no tenía tan presente que los italianos hubiesen participado.

Hablaría mejor de mí (de mi inteligencia, de mi perspicacia, de mi sensibilidad) si dijese que esa breve conversación con el pescadero me abrió los ojos, me permitió ver las cosas de otro modo, me hizo tomar distancia de ese patriotismo ridículo que había brotado a mi alrededor y se alimentaba todos los días de la ingenuidad general. Pero no diría la verdad. La conversación con el pescadero me inquietó, me enturbió la mañana, pero no tuvo en mi ánimo el peso suficiente como para vencer la inercia.

Seguí inmerso en la danza enceguecida que todos bailaban a mi alrededor. El 1 de mayo empezaron los combates. Nos dijeron que estábamos ganando y decidimos creerlo. Nos dijeron que nuestros soldados estaban bien, y también lo aceptamos. Nos dijeron que más temprano que tarde los británicos entenderían el tamaño de su error y aceptarían sentarse a negociar y a devolvernos definitivamente las islas. Y también nos convencimos de que era cierto.

Lo decían en la tele. Lo repetían en la radio. Lo confirmaban en los diarios. Y nosotros lo reproducíamos en el barrio, en los recreos, en la calle y en donde fuera necesario. Ahora éramos expertos en neutralización de operaciones de desembarco, en artillería antiaérea y en lanzamiento de misiles Exocet sobre barcos enemigos. Y seguíamos sin experimentar el miedo. Mientras todos compartiésemos ese entusiasmo no corríamos peligro. Total, desde donde estábamos no escuchábamos estallar las bombas ni podíamos tomar dimensión de la soledad ni del frío.

La única nota desafinada, la única manchita en ese decorado perfecto, era la actitud del pescadero. Sus ojos bajos, la nube de humo de tabaco negro, su cabeza moviéndose ligeramente a derecha e izquierda, como negando apenitas, cuando la diatriba que soltaba algún colega o alguna cliente conseguía sacarlo de quicio. Pero ni una palabra. Nada.

Yo soñaba con llegar al mercadito un día cualquiera, atar la bici a la luz de mercurio, entrar con las bolsas en la mano y que el puesto del pescadero estuviera cerrado. Para no verlo. Para que su actitud de permanecer al margen no me enturbiase el ánimo ni las expectativas. Pero el pescadero estaba ahí, pasando el lampazo o limpiando sobre limpio su mesada de mármol con el trapo rejilla embebido en lavandina.

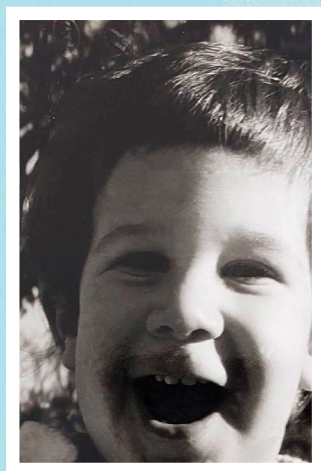
Si el pescadero no dijo nada cuando todos a su alrededor se llenaban la boca con la patria y la victoria, tampoco emitió una palabra cuando el 14 de junio llegó la rendición, y a su alrededor cambió el viento y todos empezaron a vociferar su bronca, su humillación y su sorpresa.

Nada de “yo sabía”. Nada de “se los dije”. Nada de “deberían haberse dado cuenta”. Nada de eso. Nada de nada. Siguió despachando pescado, envolviéndolo en papel de diario y cobrándolo en silencio. Varias veces pensé en decirle algo yo. En darle a entender, si era capaz de encontrar las palabras adecuadas, que tenía derecho a decirnos que él había tenido razón. Que habíamos sido unos ingenuos. Que habíamos sido incapaces de medir la guerra con la única vara que importaba, que era la del dolor de los soldados a los que les había tocado pelearla. Que habíamos sido incapaces de advertir el tamaño de la manipulación de la que habíamos sido objeto, porque todo había sido un montaje para ocultar lo que a esas alturas ya no había manera de ocultar.

Pero no fui capaz. Nunca encontré el modo.

Eso sí. Jamás me olvidé del pescadero, ni de su lección silenciosa. Todavía hoy, cuarenta años después, desde su puesto oscuro, al fondo del mercadito, sigue alzando apenas los ojos hacia mí, un poco por debajo de su boina, emergiendo como un espectro adusto por entre su nube de tabaco negro. Vuelve a sostenerme la mirada y a advertirme, en pocas palabras, que tenga cuidado. Que el fanatismo es un yuyo que crece fácil, apenas uno se descuida. Y que por eso hay que tener la cabeza fría y bien dispuesta a parar la oreja y escuchar lo que apenas se escucha detrás de lo que algunos vociferan. Y los ojos bien abiertos para ver en la penumbra lo que, a primera vista, no se ve porque te encandilan las luces rutilantes de escenografías dichosas y falsas.

Debe ser por eso que cada vez que me topo con alguien que me habla desde el pedestal de su fanatismo, yo miro un poco más allá, para que no me aturdan ni me encandilen. Y ahí sigue el pescadero, pasando el lampazo y limpiando con el trapo rejilla, en silencio, la mesada de mármol.

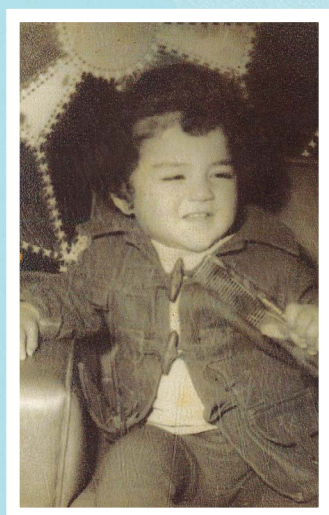


Costhanzo

Nació en Buenos Aires, 1969. Estudió Humor Gráfico, Caricatura e Ilustración en la escuela de Carlos Garaycochea. Sus ilustraciones pueden verse regularmente en medios internacionales como *El País* de Madrid, *Expansión*, *The Independent*, *The Guardian*, *The Wall Street Journal*, *The New Yorker* y *Libération*. Colabora habitualmente con The Walt Disney Company en sus vastas aplicaciones y marcas como Star Wars, Marvel y Disney Junior, y trabaja en diversas acciones y alianzas con marcas reconocidas como Motorola, Nike y Umbro, entre otras.

Ilustración: *Bajo fuego*





Gustavo Murillo

Nació en Tartagal, 1977. Estudió filosofía y ciencias políticas. Publicó textos de ficción y artículos periodísticos en diversas páginas web. Entre sus textos de ficción se destacan el libro *Relatos en la frontera* y el cuento "Alas en la cabeza", publicado en la revista *Cuadernos del Trópico*.

Una odisea (el camino más largo)

Hubo chicos que volvieron de la guerra, en mi pueblo. Hubo varios, así como hubo quienes jamás volvieron y aún se los recuerda a través de espacios públicos, escuelas, plazas, y por el compromiso constante de las familias con su memoria. Sin embargo, entre los que volvieron hubo menos recuerdo, y más un lento trabajo interno, lo imagino así al menos, para volver de verdad. Para nosotros, los argentinos, es común el irnos, somos un país de inmigrantes, pero es muy difícil el volver. Hasta técnicamente ha de ser muy difícil volver al fin del mundo, encontrar ese lugar una vez más. Hay un viejo tango en donde el cantor se enorgullece: él, como pocos, dice que fue capaz de volver, de estar sin ser un fantasma, de volver cambiado, sí, a un país diferente ya, pero aun así ocupar un espacio. Aunque quizás el tango diga lo contrario: que en realidad es imposible volver.

Quiero aclarar que cuando era un chico mi país vivía en guerra, en guerras: hubo guerra contra el peronismo, hubo dictaduras contra las que se luchaba, cada una vengada por otra peor, más violenta, más siniestra, más irracional. Hubo también guerras contra la subversión, con sus muertos, sus mujeres, hombres y niños humillados, secuestrados, abusados, desaparecidos. La guerra con Chile quedó de escaramuzas en la frontera y silencio en las ciudades: la obligación de oscurecer el país entero, encerrarse en las casas tapando con mantas ventanas y puertas. Desde el cielo, Argentina también debía desaparecerse si quería sobrevivir.

En un pequeño pueblo petrolero la gente vive en la milimetrada disciplina del trabajo. La vida es dura, se vive en un sacrificio formidable que vale la pena. Enfermarás de insolación si permanecés demasiadas horas en la intemperie de los veranos, el agua es escasa, el monte invade las afueras del pueblo con su pequeño ejército de insectos, serpientes, arañas... Sin embargo, ese sacrificio tenía un sentido, la paga, y aún otro, más profundo, el íntimo orgullo de ser un agente del Estado. Pertenecer al Estado y su orden, su poder, su seguridad en ese monte salvaje y mortal.

No puedo decir que fuera consciente de nada de esto cuando era niño, pero tampoco puedo decir que lo desconociera, hay muchas maneras de saber algo, y aun hay maneras de vivirlo, antes de saberlo. Pero, nada, ni el sentido de orden ni el bienestar,

nos podía preparar para la última de esas guerras. Nada en nuestra naturaleza humana nos podía preparar para la guerra, cuando se quitase su última máscara.

Cuando estalló la Guerra de Malvinas yo aún no tenía cinco años. Percibí la excitación en los adultos que me rodeaban, la sensación de que estaba pasando algo, algo inédito, que por fin podría finalizarse ese ciclo de guerras constantes, cada una más injusta y dolorosa que la anterior con un final feliz, con un final justo: recuperar lo que era nuestro y había sido robado hacía más de cien años por el imperio más poderoso del mundo, los piratas, los ingleses. Yo era un niño y vi cómo a mis autitos de juguete, a los pequeños vaqueros e indios plásticos, se sumaron un casco de soldado, una metralleta con luz en la punta de su cañón y, en la televisión, anuncios constantes sobre el sacrificio, el heroísmo y la victoria. El ángulo desde el que un niño ve la realidad es realmente limitado, juegos, juguetes, susurros adultos; sin embargo, creo que no era en esta ocasión muy diferente de la manera en que los adultos podían vivirlo. La sociedad constantemente celebraba por la guerra y por los soldados: colectas, recitales, fútbol, básquet, boxeo, todas las maneras conocidas de celebración y encuentro se realizaban en honor de la guerra, para recolectar ayuda para nuestros soldados. Con los años supimos que la mayor parte de lo obtenido quedó en Argentina, robado por los funcionarios de la dictadura o simplemente olvidado en depósitos, en rincones.

Quizá, y solo quizá, las guerras siempre hayan sido iguales: para los civiles vivir como en un sueño, festejar la vida sintiendo al mismo tiempo que se participa de algo trascendental, único; para los soldados enfrentarse a la muerte es algo indecible, no hay narración que haya transmitido jamás la realidad de enfrentar o aun ingresar a la muerte. De la muerte no se vuelve. De la muerte no se habla. No hay nada vivo que permanezca despierto frente a ella. Nada hay que entender allí.

En una guerra entonces no sólo habría dos bandos enemigos (los buenos y los malos), sino dos bandos opuestos, dos bandos incapaces de comprenderse: el que está “acá” y el que fue “allá”. Unos se fuerzan a vivir mezclados con la muerte, otros se obligan a vivir, a reír, a festejar aun por sus hijos, para tenerlos un poquito presentes.

Les contaba hace un rato que mi lugar era un pueblo petrolero, muy al norte del país, pocos lugares más lejanos hay de las islas, en nuestro país. Un pueblo con un sentido y un mandato, o a lo sumo dos: el trabajo y el Estado. Y ser parte de un Estado nos incluía, de lleno, en la guerra.

Ir a la guerra para muchos chicos quizás haya sido su manera particular de cumplir con ese Estado del que recibíamos todo y al que dábamos todos, un servicio, una inclusión. Hubo chicos originarios que desde ese territorio en el que vivían, desde ese cosmos colectivo y entrañable, llegaron al frío austral. Hubo nómades, hubo

campesinos, hubo pobres, y hubo también clase media que terminó el colegio para perderse en esa nada.

Sin embargo, todo fue vivido sin pensar, casi sin recordar. El tiempo pasó, cayó la dictadura y vino un mundo nuevo, la democracia. Todo casi sin pensar, hasta que en los años noventa el Estado fue desapareciendo dejándonos huérfanos, sin ese sentido suyo, sin ese destino... y también sin trabajo.

Una vez... Una vez, y muchos años más tarde, mientras era un adolescente y miraba todo pasar sentado en la plaza, alguien me inmovilizó los brazos, los aferró por mi espalda, traté desesperadamente de zafar del ataque, me costó pero pude, y vi a Pedro. Pedro quizá desde siempre había estado condenado al margen y la desgracia. Se había criado en las calles y de estas había pasado a la colimba, justo en el terrible momento de la guerra.

En un pueblo pequeño no hay casi espacio para los linyeras, los verdaderos marginales, un pequeño pueblo tiene muy poco espacio para la mendicidad. La “calle” como dimensión es más bien un espacio para las grandes ciudades y su anonimato. Sin embargo, Pedro era todo eso y más. Vestía harapos grises, una barba feroz le comía las facciones del rostro. Ojos terribles miraban con furia, como un antiguo guerrero, como un solitario borracho. Pedro como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera intentado pelear segundos antes comenzó a hablar, sin recordar ya su violenta presentación: “A mí me enseñaron cómo disparar”, mientras se acucillaba, una rodilla en el suelo, y detenía sus brazos en el aire como si sostuviese un fusil. “También así”, mientras se ponía cuerpo a tierra sobre el césped menguado por el sol abrasador. Poco a poco Pedro recordaba y me contaba a mí, junto al resto de los chicos sorprendidos, la guerra que había vivido, y repetía de tanto en tanto palabras y poses... Tanta gente decía que en el Servicio Militar los chicos se hacían hombres, tantas veces habíamos escuchado y hasta creído que era una educación ventajosa para quien no había tenido otra... Pedro seguía hablando... Pedro, al menos una gran parte suya aún seguía en la guerra, ni la calle ni el alcohol ni la miseria a la que había sido condenado por las desgracias de la vida mucho antes de ser un adulto... Nada ni nadie lo había sacado de esa guerra, de esa condena. Y sin ayuda, por la propia sed de ser alguien, de contar quién era, Pedro estaba contando, estaba saliendo poco a poco de allí, repitiendo quién era, qué era, repitiendo aún esa violencia que había sufrido y que aún era parte de su ser.

Yo, un adolescente con anteojos que sufría *bullying* todos los días, no terminaba de reponerme de la sensación de violencia que me había dejado su ataque. Sin embargo, miraba... En medio de mi furia, que era en realidad su furia, en medio de esa nube de emociones, algo comenzaba a clarearse. Porque a más de diez años de una derrota Pedro hablaba y estaba caminando el largo camino de regreso de la guerra.



Sergio De Matteo

Nació en Santa Rosa, 1969. Publicó los libros *Criatura de mediación*, *El prójimo: pieza maestra de mi universo*, *Diario de navegación*, *Me sangra la poesía por la boca*. *Concomitancias en la frontera de la lengua*. Miembro fundador del colectivo artístico "Patria de arena" y del "Grupo de la neurona poseída". Editor de la revista *Che*, *Artes y Culturas en Abya Yala*, rebautizada *Museo Salvaje*. Integró el comité fundador de la editorial El Suri Porfiado.

Niebla de guerra

“El horror de la guerra no descansa. El drama bélico se vuelve costumbre para quienes sobreviven bajo dantescos escenarios, *collages* infames en los que el hambre le da la mano a la muerte de día y de noche. No hace falta que se vaya el sol para que llegue la oscuridad: en una veintena de lugares del planeta esperan que alguna vez se pueda amanecer en paz. Mientras, les toca morir dos veces: matan los misiles, pero también mata el olvido.”

Danilo Albin

Sombras. *Sombras nada más*. Solamente percibíamos el contorno de las cosas, apenas intuiciones de su posible apariencia; y esto sucedía luego de cerrar los ojos por un buen rato. En medio de la oscuridad esperábamos que irrumpiera el sonido de los aviones y el silbido de las bombas, que, según las noticias, llegarían desde algún lugar en la noche.

Horas y más horas. Largos silencios. Todo confluía densamente en el letargo de las ciudades en plena oscuridad. La expectativa se anudaba a la inquietud, la curiosidad convivía con el miedo. La guerra había ido abandonando los viejos relatos para manifestarse en tiempo real con sus fantasmas atroces.

Mirábamos al cielo acurrucados en el patio, entre los árboles. Buscábamos pájaros de acero. Apenas musitábamos por temor a que nos escucharan o nos descubrieran. Nunca sonaron las alarmas ni doblaron las campanas. Éramos parte de las sombras. Pero la verdadera oscuridad estaba en otro sitio. No sólo la oscuridad, sino también el frío, el hambre y la muerte.

Con los pibes del barrio, que no eran los mismos de la escuela, hablábamos de la guerra. Veíamos los informativos y los comentábamos. En tono triunfal y modulado oíamos: “Vamos ganando”. Lo resaltaban algunos periodistas en el horario central de todas las cadenas de comunicación. La Plaza de Mayo, como el resto de la Nación, era una fiesta. La gente se abrazaba a la bandera y cantaba el himno. En un corte de mangas el lobo volvía a transformarse en cordero. El pueblo redimía circunstancialmente a las bestias.

De un día para el otro nuestras voces habían comenzado a repetir como un coro que las *Malvinas eran argentinas*. Un mantra que se nos fue encarnando como la piel de cada soldado que peleaba por las islas. Era encontrarse para intercambiar los

últimos datos de cómo iba la guerra. Los barcos hundidos, los aviones derribados. Una estadística que se unía al estudio y al *picadito* de fútbol.

Gran Bretaña, o Inglaterra, o el Reino Unido cargaban con todos nuestros improperios. La historia retornaba a las andadas con aquellas invasiones donde *el pueblo unido no fue vencido*. La misma épica vibraba en cada uno de nuestros corazones en una batalla que vivíamos día a día, hora a hora. Otrora Liniers, Álzaga, el invasor Beresford, las milicias populares y los criollos, los negros, mestizos y pardos. Resurgía la simiente de la primera resistencia de un ejército clandestino, aquel que había salido de túneles excavados en la propia ciudad de Buenos Aires. Y más acá, en otro tiempo, pero aunados a la misma lucha por la soberanía, nuestros aviones sobrevolaban al ras del mar para sorprender a las fuerzas enemigas.

En los recreos compartíamos esa vivencia excepcional, discurriendo sobre los sucedidos que se multiplicaban o bifurcaban de hecho en hecho, donde, además, confundíamos lo verosímil con la ficción. También nos imaginábamos armados con fusiles, en las trincheras, junto a nuestros héroes. En toda charla surgía el deseo de derrotar a los poderosos, de darles por tierra a sus ínfulas de superioridad. Tornaba, como siempre, la idea de liberación, de romper las cadenas. Ahí estaban las anécdotas, los comentarios sobre los diarios, las fotografías o las imágenes difundidas por la televisión. Como detectives salvajes identificábamos en la gráfica el pabellón nacional enclavado en las islas, a nuestros soldados pertrechados para el combate.

Todos los días juntábamos comestibles, chocolates, bufandas de lana y escribíamos cartas con el objetivo de ayudar y acompañar una pelea que se había convertido en el dime y direte de las preocupaciones y especulaciones cotidianas. Eran palabras de aliento, llenas de convicción sobre lo posible. Es que la conquista del reino de Isabel estaba a la vuelta de la esquina. La imagen de Margaret, extrapolada a pirata del siglo XX, se había convertido en el patíbulo simbólico en donde blasfemábamos de modo colectivo. Incluso esa Dama de Hierro se corroía en nuestros sueños.

“Tras la bruma
los niños que fuimos
nos están gritando: adiós”

Martín Raninqueo

El tío Hugo, que vivía en Longchamps, y que estaba cumpliendo el servicio militar en Punta Lara, en la Base Naval Puerto Belgrano, había cambiado de rumbo y se venía a Santa Rosa, porque le quedaba más cerca y le daba más tiempo para la

recreación y el descanso. Lo veíamos llegar vestido con su uniforme blanco y colgándole el bolso marino de la Armada Argentina.

Del joven con los pies plantados en la tierra se había ido convirtiendo en un *Kojh* sureño, en un *howenh* del mar. Había aprendido a tener el pie de marino o andar con pies de mar, es decir, había logrado la habilidad suficiente para mantenerse en pie a bordo, pese a los balances y movimientos del barco. Esa sagacidad —nos explicaba— sólo se conseguía con mucha práctica y largos períodos de navegación.

Había crecido de golpe, ya poco quedaba de aquel adolescente que se fuera a cumplir con la obligación cívica. Sin embargo, había encontrado su destino, porque de la experiencia de la conscripción había derivado al “enganche” y el servicio a la Patria. Ese compromiso conllevaría también reapariciones más esporádicas. Ya no era habitual que regresara a casa y que escucháramos en su pequeño grabador las canciones de Sui Generis, Pescado Rabioso o Vox Dei. Tampoco observábamos en su brazo el tatuaje de Stella Maris, la estrella de mar, patrona de la Armada; ni la repetida justificación mística y poética, a través de la plegaria del marino, que recitaba de memoria...

Oh María, Estrella que derramas el fulgor
inagotable de tu gracia sobre la amarga
soledad marina, que dominas los vientos y el oleaje
y señalas su ruta al navegante, protégenos
piadosa en las tempestades del alma
y en los embates del mar.

Bendice a la Armada de la Nación Argentina,
fuerte en la paz, valerosa en la guerra
y generosa en la victoria, y haz que siempre sea
la suya misión de amor y de concordia
en todas las latitudes del mundo!

Bendice a los seres amados que implorando
tu protección nos vieron un día partir,
y, en la dulce quietud del hogar,
aguardan con ansiedad nuestro retorno!

Bendice a quienes desde la férrea nave
custodiamos sobre el mar el honor de
nuestra patria y la pureza de su bandera!

Madre y Señora nuestra, Stella Maris,
escucha la plegaria de nuestros corazones,
forjados por la guerra, que te imploran

nos concedas en la vida y en la muerte la
misericordiosa dulzura de la paz!

Primero habían sido semanas de incertidumbre. Después meses y meses sin saber nada. Desde la Base siempre se daba la misma respuesta: “Movilizado. No se puede brindar más información”. Una y otra vez la familia intentaba recabar algún dato del lugar al que había sido trasladado. Era en vano; la Armada no permitía filtración y tampoco emitía ningún comunicado oficial. Todos sospechábamos que algo había pasado, o que estaba por suceder; pero no sabíamos a ciencia cierta porque había tanto secreto. ¡Por qué carajo había tantísimo silencio!

Camiones, tanques y tropas transitaban por las rutas cercanas, salían de la guarnición de Toay, cuyo regimiento tenía sus orígenes en el Cuerpo de Arribeños que habían combatido durante las Invasiones Inglesas. Algo estaba ocurriendo para tamaña movilización. Con las pocas noticias que se difundían, íbamos atando cabos. En esos días hubo un hecho concreto que se convertiría en el “detonador” de la guerra, pues el 19 de marzo de 1982, trabajadores de la Compañía Georgias del Sur S.A. habían arribado a Puerto Leith en el barco ARA Bahía Buen Suceso. El izamiento de la bandera argentina devino en una crisis internacional. Dicho conflicto nos daba algunos indicios de la situación y de la ausencia del tío Hugo. El 2 de abril las sospechas se fueron confirmando con el desembarco en Puerto Argentino y la recuperación de las Islas Malvinas por parte del gobierno nacional, es decir, la dictadura militar, denominada Proceso de Reorganización Nacional, que regía el país desde el 24 de marzo de 1976.

Sin novedades en el frente ni en la retaguardia, el tío Hugo no salía a superficie, permanecía en el anonimato y ninguna fuente castrense brindaba datos pertinentes. La institución se lo había “chupado” en un abrir y cerrar de ojos.

Así vivíamos los primeros días de la guerra, de sobresalto en sobresalto, atentos a cada bomba que explotaba, a cada avión o barco destruido, a cada soldado caído en batalla. Salíamos a la vereda a cada rato, mirábamos si a la distancia se recortaba aquella figura vestida de blanco y con un bolso marino viniendo, una vez más, al calor del hogar. Comprendimos en esas horas de tensión que cuando los acontecimientos estaban lejos y no eran nuestros propios problemas, representaban cosas que les pasaban a los otros, que, quizá, según cómo lo viéramos, podían captar algo de nuestra atención. Pero cuando las circunstancias arremetían contra la familia, ahí sí que lo sentíamos en lo más profundo del alma. Con el transcurso del tiempo, al interpretar la preocupación y el dolor de los demás, que se asemejaba demasiado a la nuestra, también lo fuimos aprehendiendo, pues una misma causa nos juntaba.

A medida que la guerra se acrecentaba también la desesperación tomaba ribetes trágicos. La pulsión del corazón se parecía al traqueteo de un motor descangallado

que no tenía reparación. Cuando la boca oscura del abismo nos acechaba se iba percibiendo el verdadero peso de los segundos; entonces, ese momento se convertía en una tangente por donde se colaban los recuerdos. Un instante se posaba sobre otro instante y así, de esa manera, se conformaba una instantánea de los tiempos felices; una especie de pulsación de la milonga sentimental.

El cartero no pudo llamar ni siquiera una sola vez, porque apenas había sobrepasado la puerta de rejas del jardín fue tomado por asalto. La rúbrica a las apuradas y temblando de mamá se parecía más a una raya que a una firma, la cual pretendía justificar la entrega. Era una carta del tío Hugo. La impaciencia hizo que se rompiera el sobre y la hoja con unas breves palabras: “Familia, estamos bien. En el Sur. Resguardando la frontera con Chile. ¡Todos en mi corazón!”

Líneas de trazo firme con la voluntad del sobreviviente. Una especie de telegrama que marcaba la cartografía de un drama y un destino colectivo.

Montado sobre el relato y la crónica, sobre lo real y lo ficcional, resignifico los elementos o datos que conllevan a percibir el tema Malvinas, los modos en que se convierte en un nudo personal en la vitalidad de los acontecimientos globales. En mi caso particular, ese universo se ha ido constituyendo por medio de la literatura; es decir, desde la lectura que tengo del y sobre el mundo, que es de carácter poético. Una argamasa de símbolos y signos rasgada por lo real, por los hechos que conmueven al ser y se cargan de sentido; en consecuencia, esa guerra de Malvinas bascula con su anclaje en el Sur entre la muerte y el arte.

“Eso es Malvinas.
Un espejismo de generales ciegos.
Una ciénaga de injusticia
con estiércol de piratas abonado.”

Luis Dal Bianco

En La Pampa encontramos varias producciones literarias que abordan el tema de las Islas Malvinas y en diversos géneros. Por ejemplo, el libro *Balsa 44* (Editorial Vinciguerra, 1994), de Carlos Alberto Waispek, donde el autor relata su experiencia como sobreviviente del crucero ARA General Belgrano. La escritora Diana Irene Blanco

en *Pródiga* (Edición de Autor, 1993) ha publicado los poemas “A Malvina – Soledad” y “Elegía de los nombres fugitivos”, y en *Cuentos para la hora gris* (Fondo Editorial Pampeano, 1998) incluye la narración “La espera”. Matías Sapegno y Norberto Asquini incorporan en una llamada del libro *Biografías pampeanas. 164 historias* (Edición de Autor, 2002) a los cuatro combatientes –Alberto Edgardo Amesgaray, Hugo Ramón Gatica, Daniel Enrique Lagos y Jorge Delfino Pardou– que perecieron en el hundimiento del crucero General Belgrano. En la antología *Escritores de La Pampa* un fragmento del cuento “Breve historia de los Menza”, de Mario Gustavo Fiorucci, alude a la guerra de Malvinas (Certamen Literario “Vivir en Democracia con Justicia Social”, Subsecretaría de Cultura de La Pampa, 2009). Luis Dal Bianco es autor del texto *Trilogía de Malvinas: Tierra. Agua. Aire* (Edición de Autor, 2012), donde se articulan poemas y cuentos.

Nuestra provincia ha dado en el talento del músico y compositor Jesús Dahir una de las canciones más hermosas, pero más dolorosas del conflicto bélico con Gran Bretaña: “Cansado de morir”. Es su primera obra musical grabada y editada en cassette con el auspicio del gobierno de La Pampa en 1989. Una nueva versión se incluye en el disco *Excalibur* (2003), con el título “Cansado de morir (siempre de la misma manera)”. Señala Luis Roldán en su blog Síntesis: “Está basada en los sentimientos que le produjo la trágica Guerra de Malvinas del año 1982, en la que murieron varios pampeanos”. Esta canción fue utilizada en el año 1986 como estandarte en el Encuentro de Jóvenes Americanos en Lyon (Francia).

“Lo que no nos puede pasar como argentinos es olvidar.
Una sociedad jamás será justa si no tiene memoria,
y esa es una batalla que exige una tarea cotidiana.”

Edgardo Esteban

Siendo pibe, junto a otros pibes, fueran del barrio o del colegio, vimos y escuchamos la algarabía de los mayores, que se contagió en nosotros mismos. Hoy rememoro que en aquel tiempo de guerra, aunque no lo podamos comprender, el país era una fiesta, su gente abrazaba la bandera y cantaba el himno. El lobo volvía a ser un manso cordero. El pueblo redimía, circunstancialmente, a esas bestias genocidas.

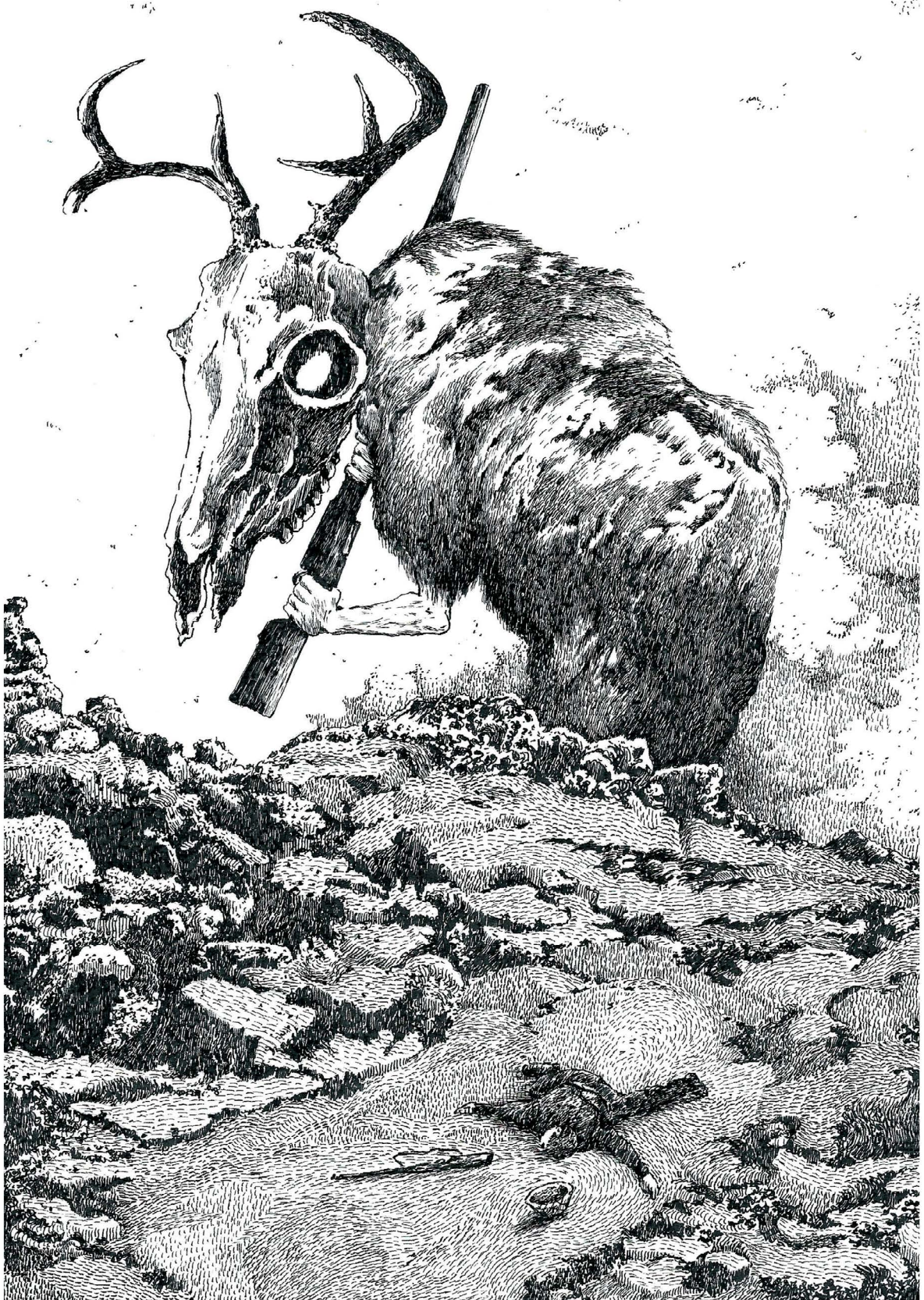




Nicolás Arispe

Nació en Buenos Aires, 1978. Estudió diseño y artes visuales en el Instituto Universitario Nacional de las Artes. Colaboró con producciones televisivas y cinematográficas, en la realización de dibujos animados para el mercado argentino, brasileño, mexicano y español. Realizó portadas de discos y libros, trabajos de gráfica editorial y numerosos proyectos editoriales propios e ilustró obras publicadas en Argentina, México, Francia, Italia, Guatemala, España, etc. Fue seleccionado por ALIJA, el Banco del Libro de Venezuela, la Cámara Nacional de la Industria Editorial de México, la Feria Internacional del Libro de Bogotá y por el *Salon du livre et de la presse jeunesse de Seine-Saint-Denis*. Además formó parte del catálogo *White Ravens* 2016 de la *Internationale Jugendbibliothek* de Munich. Formó parte de la Lista de Honor IBBY por su trabajo.

Ilustración: *La batalla de Monte Longdon*





Viviana Ayilef

Nació en Trelew, 1981. Es Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco (UNPSJB). Publicó los poemarios *Agua de Otoño/Kelleñü*, *Cautivos*, *Meulen (Lo que puede un cuerpo)* y *Mailen*. También publicó *Malvinas en fragmentos*, una compilación de narrativa histórica y *Los Cositos* (2017), anecdotario infantil. Sus poemas formaron parte de *Desorbitados. Poetas Novísimos del Sur de la Argentina*; *Kümedungun/ Kümewirin. Antología poética de mujeres mapuche [siglos XX-XXI]*; *Antología Federal de Poesía Región Patagonia del CF*; *Con nuestra voz estamos. Escritos plurilingües de docentes, alumnos, miembros de pueblos originarios y hablantes de lenguas indígenas*; *Reuëmn. Poesía de mujeres mapuche, selk'nam y yámana* y *Antología de poesía del sur argentino: Patagonia literaria VI*. Formó parte del Movimiento de Arte y Poesía Bajo los Huesos e integró el Colectivo de Comunicación Comunitaria Sudaca.

El portero de la escuela

Casi nada me resulta pasajero

Malvinas es todo el año en Chubut. Nacimos con la herida de Malvinas y todavía aquí estamos, sin poderla restañar. Con la memoria de niña que andaba en su bici-barrilete libre por el barrio, pero debía bajar la velocidad al llegar a la otra cuadra porque al loco Carlos, ¿viste?, no hay que molestarlo. Andá a saber lo que puede. Tampoco te podías acercar al portero de la escuela porque tenía “algo” en la mirada. Vos veías otra cosa, pero los adultos nunca. A los adultos les cuesta ver. Tienen, los adultos, muchas veces, el gran velo de la Historia. Así es que fue todo eso, así los construyeron. Eso forma parte de Malvinas, pero también de mi infancia.

Nadie se acercaba a un ex soldado. Y no porque nuestros padres fueran mala gente sino que acataban la cosa social, el imaginario, los lugares del discurso. Eran, nuestros padres, consecuencia de esos tiempos. Nuestros paseos también, y nuestros permisos. Como cuando te adiestran a no entregar sal en la mano o a no pasar bajo una escalera, te decían *no te acerques a un soldado*. Porque un soldado lo es todo el año y lo será toda su vida.

Cuánta razón que tenían, pero no en el peligro anunciado sino en lo más concreto de ese argumento: el soldado es soldado todo el año. Tienen aún su trinchera. A veces salen para hablar, viven sus vidas, trabajan en muchas cosas; tuvieron hijos, proyectos, acciones; fueron y van cada año a las escuelas, llevan sus cosas. Arman pequeños museos sobre los pupitres, mesitas con cantimploras o caramañolas y todo tipo de objetos que nunca vimos de niños. No los vimos porque no se nos (los) dejaba. No los vimos porque no estaba (aún) habilitada la mirada. Tras un manto de neblinas rugía el mar.

El sueño del más bueno

Yo lo veía barrer. Barría con insistencia. Pasaba horas aferrando fuerte el palo de la escoba como quien empuña un rifle, un fusil, la tarea de la Historia. Él barría, quién sabe qué imágenes le pasaban por la mente, hacían hueco en el corazón; qué tiraba a la basura cuando juntaba con la palita los restos; qué restos juntaba

el portero soldado en la trinchera de la escuela. Qué sentiría ante el timbre aturdidor y repentino que sonaba por entonces en las aulas, en la escuela, tras el mar.

Las calles de nuestras ciudades estaban llenas de ellos. Chubut tuvo una gran cantidad de ex soldados combatientes a los que la gente se refería por entonces como “locos”, los *loquitos* de la guerra. Recuerdo particularmente la ocurrencia del diminutivo, extraño, confuso; pero amoldándose a la edad de quienes refería. El loco de acá a la vuelta, el loquito del taller, el loco que vende diarios; hasta el turco loco que había sido el vecino encargado de los oscurecimientos en el barrio. Dicen que cuando sonaba la sirena de bomberos había que aquietarse junto al marco de la puerta por si había un bombardeo. Locos, locos. Todos locos. Así trabajó el estigma. Así perdió jerarquía El Hombre de la Bolsa por la figura del loco. Pero al Hombre de la Bolsa no lo vimos nunca y a Ellos sí, todo el tiempo. Los veías tramitando su memoria por las calles y en silencio, pero te quedabas lejos, mirándolos de costado e intentando adivinar lo que pensaban. ¿Quién no habla aquí de olvido?

Un dios de fantasías

Nos enseñaron a repetir estribillos sin abundar en razones. Es que no había razones tan claras por aquel entonces. Los lugares se fueron llenando con carteles que decían *Las Malvinas son argentinas*. Yo pensaba en Maradona. Lo veo en mi recuerdo con ese pelo en desorden y me tiembla el pecho como en el momento de gritar, puñitos al cielo, cómo les ganamos. Y tengo todo mezclado: las plazas, la gente con sus banderas, mi risa, la alegría de papá. A caballito de la Historia y de papá flameaba mi banderín allá arriba, por sobre el pueblo contento, en la noche, repetía que ganamos como alguien que reza. Qué pena que al ser tan niña una no sabe que el triunfo en el fútbol no salda la guerra.

Tengo los héroes mezclados, el Diego en las Islas Malvinas, los soldados en la cancha. Y la pelota era el sol o el golazo que iba derecho a meterse al corazón de la bandera, al arco por nuestra historia. Cuando le pregunté a mi papá por qué a veces las banderas tenían sol y otras veces ya no estaba, me dijo que el sol se usaba en tiempos de guerra. Tengo, desde entonces, la sensación de una guerra.

Cuando fui más grande la frase sobre Malvinas apareció en los costados de las rutas. Cómo entender antes su sentido en un contexto en el que nada, pero nada se sabía, todavía. Con el tiempo las cosas se aclararon. Los empezamos a ver todos juntos, agitando siempre la memoria. No lo entendía yo entonces. No sabía que cuando se trata de memoria y trauma el silencio se rompe en conjunto y por amor organizados, como los pueblos. Como la dignidad de los Pueblos. El vecino de la vuelta malvinizó las escuelas. Los Ex Soldados Combatientes fueron nombrados

por su pertenencia y en la pertinencia de su obra y también de su sombra. Nadie nunca más les dijo locos. Por acá y por allá iban poniendo en palabras una parte de las cosas. Otras tuvieron que esperar el tiempo en el que la Memoria pudiera asociarse para siempre con Verdad y Justicia, romper con tanta neblina.

La guerra y la poesía

Soldado José Honorio Ortega era el nombre de la calle por la que regresaba a mi casa de la escuela. Una canción les contó a los padres de Ortega cómo había sido muerto su hijo en Malvinas. Y yo subía a mi barrio pensando qué soldado habría sido ese para tener una calle, cómo una persona puede transformarse en calle, qué cosa importante hay que hacer, qué debe a uno pasarle. En mayo de 1986 la ciudad de Trelew decidió que ese tramo llevara su nombre y se inaugurase el día de su cumpleaños. Yo transitaba despacio pensando qué difícil para los papás, caminar un sepulcro de asfalto tan largo como su inmensa pena. Inmensa pena también la del papá de otro soldado, que se quedó sin trabajo porque la dictadura prohibía la presencia de chilenos en empresas estatales. El papá de Mario Almonacid, primer soldado caído en Malvinas. Para quienes urden otras tramas el primer caído fue un militar represor. Para la memoria popular es este comodorense sobre el que otro comodorense, el poeta Jorge Spíndola, escribió “Haga patria cuerpo a tierra/ tras un manto de neblina/ ladran perros/ vienen gurras/ claman niños/ ruge el mar”. Yo crecí con estas tramas de Malvinas. Supe que un soldado herido de muerte le pidió a su compañero de trinchera que le cante “La colina de la vida” para mantenerse despierto, y que murió oyendo eso. Desde entonces siento que la poesía es como una plegaria que sana y que acompaña el tránsito de nuestros muertos. Y siento que esa canción de León Gieco es una versión alternativa de los himnos de Malvinas.

Nunca más genocidios

El portero de la escuela tenía apellido mapuche. La memoria larga tiembla cuando vinculamos el Genocidio de Estado sobre los pueblos originarios con el Terrorismo de Estado y también con esta guerra. Eso sería acaso ese “algo” del portero de la escuela cuyo ancestro tuvo que mirar de frente una guerra y cuyo cuerpo tuvo que afrontarla. El ancestro de 1879, defendiendo su vida de la cacería del Ejército Argentino y de la llamada “Conquista del Desierto”. El “colimba” de 1982 sirviendo a esa patria y como parte de ese ejército. Para el pueblo mapuche la hostilidad no terminó; para el ex combatiente la guerra tampoco. En la ciudad en la que vivo los ex combatientes de Malvinas tienen calles con sus nombres. Pero Julio A. Roca tiene también una calle. Falta todavía separar los héroes de los asesinos.

Yo lo veía barrer. César agarraba la escoba como quien afirma el mástil; como quien está por izar para siempre la bandera de la escuela, de la patria, de la tierra (tras el mar). Como quien se aferra a algo que siente que existe y merece la gloria. O como quien había quedado quieto viendo al cielo qué sol hace centro, qué horizonte le limpiaba finalmente la mirada, ya inmortal.





Silvia Mellado

Nació en Zapala, 1977. Publicó los poemarios *Celuloide*, *Acetato*, *moneda nacional*, *Pantano seco* y *La ficción de la poesía*. En 2019, la Honorable Legislatura de la Provincia de Neuquén publicó *La ficción de la poesía*, antología de su obra publicada, distribuida de manera gratuita en bibliotecas y escuelas secundarias de la provincia. Su poemario *Cantos Limayos*, aún inédito, fue galardonado con el "Premio Nacional de Poesía Storni 2021". Integró antologías como *Última poesía argentina*; *Lof sitiado. Homenaje poético al pueblo mapuche de Chile*; *Estación Limay. Antología contemporánea de poetas del Neuquén*; *Atlas de la poesía argentina II*. Participó en lecturas y encuentros de escritoras/es en Argentina, Chile, Perú y Alemania. Organizó espectáculos colectivos en poesía y otras artes. Su obra crítica incluye *La morada incómoda. Estudios sobre poesía mapuche: Liliana Ancalao y Elicura Chihuailaf*.

Retales

Nací en el año mil novecientos setenta y siete en Zapala, nombre castellanizado del *mapuzugun Chapazla*, una pequeña ciudad ubicada en el centro de la provincia de Neuquén, Patagonia. Estos brevísimos relatos –microrrelatos– surgen a partir de la invitación “a recuperar la mirada infantil, la memoria emotiva, la vida cotidiana en el contexto de la guerra de Malvinas y de la Dictadura Militar”. Caí en la cuenta de que en mi memoria temprana estaba presente el conflicto con Chile, por el canal del Beagle, y pensé en la presencia de distintos regimientos, grupos y batallones del Ejército argentino que también delinearon la experiencia de quienes hemos vivido en Zapala. Mi viejo era de los que decían, respecto de la dictadura, “a nosotros nunca nos pasó nada”. Mucho tiempo después, empecé a comprender algo sobre esas otras/os y algo sobre qué fue lo que no nos pasó. No me es posible, ahora, el relato extenso ni la crónica. Aparecieron destellos, voces, imágenes fragmentadas. Charlé con mi madre y mi hermana, volvimos todas un poco a esos momentos. Estuvieron resonando en mí los versos de “Orillada” de la poeta Bernardita Hurtado Low, de Palena, sur de Chile, que dicen: “Yo no fui al exilio,/ me escondí más lejos/ puse flores en la mesa/ y perfumé mi casa de manzanas./ Habituada al silencio y la prudencia,/ enlacé el pasado a la memoria/ y encendí las luces/ en la fiesta de otros”.

Canal del Beagle I

La madre cubre la ventana con una frazada. Tiene que haber poca luz. Tiene que estar todavía más oscuro. Corremos doble peligro porque el dueño de la pieza que alquilamos es chileno, y esta escena transcurre en Zapala en el año mil novecientos setenta y ocho.

Canal del Beagle II

Aunque le dicen que es mejor irse, la madre está decidida a quedarse. *Pone flores en la mesa*, tiende las camas, lava pañales. Administra las noticias, el dulce de membrillo y la plata que el padre pasa a dejar una vez por semana. Del

cuento que relata en esos tiempos, la hija solo recuerda el final y ese pelo largo y suave que acaricia la cara.

Canal del Beagle III

De pronto tu vecino es tu enemigo. De pronto todos se enojan con el vecino. Entonces, se refuerzan los regimientos, se vaticinan bombas. Llegan hombres que instalan carpas verdes cerca del Matadero. Pasan camiones y aviones que suspenden el aliento. A un lado y otro de la cordillera se huelen el miedo los vecinos.

Ya va a llegar septiembre. Ya van a llegar las enramadas y nos vamos a reír con amigos y parientes.

Marina Malvina Soledad

Mi hermana nació en abril de mil novecientos ochenta y dos, por eso tiene islas en sus nombres. Mi mamá no los eligió. Paría, pero no nombraba. Y en ese tiempo también logró una casa en los nuevos planes de vivienda y dejó, por fin, de cocinar con frío. Por eso siempre dijo que esa bebé nació con el pan debajo del brazo. Mi mamá empezó estas batallas cuando era casi tan joven como los chicos que peleaban en las islas que nombran a mi hermana.

Colimbas

Ya habíamos vuelto a la democracia, la guerra era cosa del pasado, pero los soldaditos llegaban con sus uniformes descoloridos y los borceguíes ajados y se sentaban en la vereda del cine. Flacos, demacrados, a veces, fumaban.

En Navidad, después de brindar, les llevábamos sidra, pan dulce y garrapiñadas. Cada conscripto varado en el pueblo era un aparecido.

Jardín

Hacemos una sola hilera. Luego, nos hacen avanzar. Cada maestra es una parada. La primera nos revisa la cabeza con dos lápices. Las otras, con palitos más finos. No nos tocan con las manos. Los piojentos, para un lado. Los otros, para el otro. Hay mucho silencio. Afuera corre viento. No hay ninguna flor plantada.

Escuela de frontera I

Norma era maciza y tenía dibujado el campo en los cachetes. Quizá yo la imaginaba arreando chivos, feliz, en vez de sacarle desaforadamente punta a los lápices. Nunca nos elegían ni a ella ni a mí para ningún cuadro vivo en los actos escolares. No cabíamos como granaderas, ni como San Martín ni como Belgrano.

Escuela de frontera II

El Ignacio era el que pintaba banderitas chilenas y el del rincón con la escoba sobre la espalda. Le mirábamos asomar la goma espuma debajo de los agujeros del pantalón azul. La maestra dijo, al pasar, que la usaba para el pis. Yo creía que era para el frío y pensaba en la incomodidad de caminar con eso entre las piernas.

Desfiles

Todo llega tarde, aprendimos a mascullar en algún momento. Para cada fiesta patria seguían todavía pasando los tanques, como lentos animales prehistóricos, cobraban vida, de repente. Ni los bombos ni los platillos ni los redoblantes nos distraían del frío que subía por la suela de los zapatos. Cantábamos el himno nacional argentino en la plaza central. Después, íbamos escoltando las banderas hacia la misa. Nunca estaba así de llena la iglesia. Las maestras se esmeraban, los maestros elegían abrigos elegantes. Lo mejor del regimiento nos bendecía por un rato con su presencia. Después, volvía cada uno a su gueto y se bajaba la barrera hasta el próximo festejo.

Marcas

La maestra de música llegaba, por lo general, enojada y nos daba la orden de pararnos frente a la clase y cantar. Pero casi nadie tenía bonita voz ni entonaba como ella quería. A algunas nos habían contado que vivía en el barrio militar. No sabíamos mucho de lo que pasaba más allá de la barrera, pero envidiábamos los árboles altos que se veían desde lejos y el color verde de los extensos terrenos.

Pensándolo ahora, éramos un poco sus colimbas. Dos veces por semana expiaba en nosotros la mala suerte de caer en este pueblo desafinado. No sabíamos qué nos daba más miedo, si los gritos o el moretón que le veíamos asomar debajo del maquillaje.

Caridades

A veces había un alboroto inusual. Eran los gendarmes que esperaban a la salida de la escuela para repartirnos turronec de chocolate. La primera vez nos pusimos felices. Las siguientes, no. Ya sabíamos que debían ser muy ricos, pero había que tirarlos. Nadie decía nada. Éramos silenciosas como los gusanitos blancos que asomaban cuando por fin lográbamos romper los envoltorios.

Desamparos

En los paredones más blancos aparecía escrito con letras redondas, prolijas y rojas, “Las Malvinas son argentinas”. Las dibujaba el porteño que andaba todavía perdido, decían.

Eran dos los loquitos más visibles del pueblo: Tracanao y el soldadito de Malvinas. Ninguno parecía tener un lugar al cual volver.

Ex combatientes

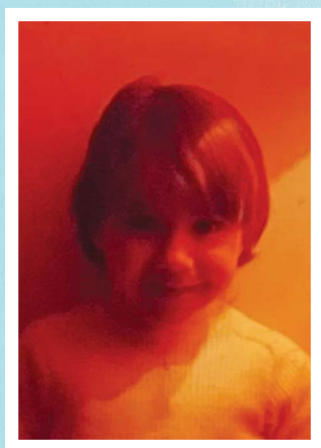
Aunque Pinito dice fusil, trinchera, metralleta, nunca llegó a las islas ni lo atacó ningún gurka. Así aclaran quienes se aferran al dato y a los registros. Es insoportable el verosímil del héroe vagabundo. Mejor, la explicación racional: Juan Pino anda sucio y borracho y la guerra enloquece a cualquiera.

Omar Carrasco

Éramos muchas personas. Nos habíamos congregado casi en la entrada del cuartel. Siempre supimos que lo que pasó podía suceder. Pero el camarógrafo del canal de Buenos Aires eligió encuadrar la estepa, filmar cuidadosamente a la corresponsal del último colimba que decía, contundente y de cara al viento: “En este pueblo inhóspito”.

Indefectiblemente, lo que más asombraba era el espacio.



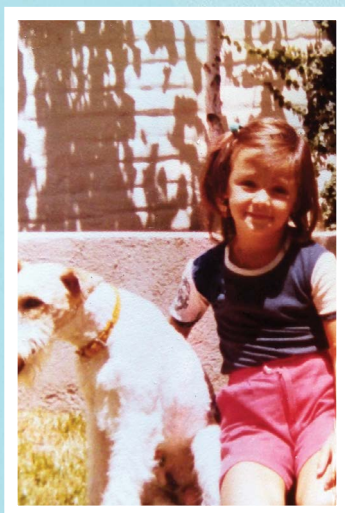


Pablo Bernasconi

Nació en Buenos Aires, 1973. Tiene publicados más de 30 libros como autor integral. Realizó exhibiciones individuales y grupales de su obra en Argentina, Chile, Brasil, Bolivia, México, Colombia, Estados Unidos, Eslovaquia, Italia e Inglaterra. Su obra fue traducida a doce idiomas.

Ilustración: *Contrapunto*





Natalia Ferreyra

Nació en Córdoba, 1980. Es Licenciada en Comunicación Social. Publicó el libro de cuentos *El resto de los días*. Obtuvo la beca de creación del Fondo Nacional de las Artes para el desarrollo de su primera novela. Dirigió el documental *La Hora del Lobo* sobre los linchamientos ocurridos en Córdoba en la noche del paro policial.

Como si acá no hubiera pasado nada

Tengo una imagen. Los cordones desatados, la lengua de las zapatillas escondida. Estoy parada en el balcón. El miedo y la fascinación. Tropezar y caer, o transformarme en pájaro, ganar altura, velocidad, mirar desde más arriba. No escupo hacia abajo, porque no está bien.

El cielo está gris y las hojas tapan los desagües de los techos bajos. Los geranios de las macetas ahora son palos secos. Todavía no llegó el invierno, pero ya comemos guiso.

Estoy sentada en la mesa de la cocina de mi abuela Tita. Arma ravioles de masa verde. Con una cucharita de té carga parte de la mezcla que preparamos anoche en la olla que trajo del pueblo. No se saca los anillos para cocinar y tiene rubor en las mejillas. A la Tita no se le pega el olor de la comida. Huele a limpia como si hubiera nacido bañada.

La radio está encendida. Mi abuelo Mingo está sentado en el sillón junto a la ventana. Escucha y anota en la libretita. Sólo números, aclara. Oye a los uruguayos de Radio Colonia. No conozco Uruguay, pero Tita dice que son buena gente y cuentan la verdad sobre la guerra. Ella vivió dos batallas mundiales. Una cuando era bebé y otra cuando tenía veinte años. Dice que no se acuerda y que la de ahora, es distinta. Pásame el queso, dice, y cambia de tema.

Los padres de mi mamá viven en el centro, me sé el nombre de la calle y el número, pero no lo digo. El departamento está en el quinto piso y tiene balcón. Los abuelos de mis amigas viven en barrios, en casas con patios. Tienen asadores, árboles y perros. Los míos llegaron a esta ciudad cuando mi mamá y mi tía se vinieron a estudiar a la Universidad. Son de un pueblo de Santa Fe que tampoco puedo decir, pero me sale de corrido y con cantito, aunque sea un nombre difícil.

Dejaron la sombra de la parra por la vista hacia los patios de los curas. Mirarlos desde el balcón es mi actividad preferida. De día no pasa nada, pero de noche, hay más gente. Tengo prohibido espiar a esa hora porque en los patios se ven linternas y pueden alumbrar para acá.

Mi papá dice que es una vista privilegiada, que vale oro, que podría servir al país. Mi abuelo le pone cara de culo y sigue con la libretita.

La manzana de los curas está en diagonal al departamento. Es de ladrillo visto y tienen patios conectados por pasillos. Mi tía dice que también hay túneles. Las plantas son altas, parecen árboles. Veo curas jóvenes, viejos y algunos monaguillos. Nunca mujeres. Las monjas están encerradas a pocas cuerdas. De clausura, les dicen. El Mingo me prometió que algún día me llevaría, que tiene que averiguar cuándo salen o si tienen permitido una misa pública por mes. Me intriga saber cómo soportan el traje o si las bombachas también son negras como el velo.

Sos igual a tu tía y a tu madre, dice.

Hay que hablar menos y observar más, como tu abuela.

Vengo los sábados cada quince días. Me gustaría venir más, pero mamá no me deja. Desde que la echaron del colegio le da miedo el centro y me hace jurar que no saldré del departamento. Se acabaron los paseos por la plaza, se acabaron las reuniones con las amigas de tu tía, dice.

Lo único que me deja es espiar a los curas. Estar sentada en el balcón durante mucho tiempo da frío así que aprendí a tomar mate. Uso el termo celeste del Mingo y el mate de lata color rojo que también trajeron del pueblo.

Mi mamá llama y controla. Dónde está Natalia, qué hace Natalia, pregunta si salí a la calle con mi tía o no. Discuten con mi abuela. Siempre discuten cuando hablan de mi tía.

Tengo otras diversiones. Peino las plantas con peinetas de dientes anchos, saco las hojas secas de los helechos, ordeno cajones y la ayudo a la Tita a cocinar ravioles, polenta, guiso de mondongo, pastel de papas y milanesas. Los días más fríos hacemos pastelitos de membrillo o pastaflora.

Cuando me viene la risa me tapo la boca, en esta casa nadie se ríe. Menos mi tía que siempre está mirándose al espejo o hablando por teléfono a escondidas. Shhh, ándate de acá, me dice. No ves que estoy ocupada y se queda tirada en la cama, envuelta en colchas y descalza. Cuando mis abuelos duermen la siesta llora en el baño. Tiene arcadas como si de tanto llanto le dieran ganas de vomitar. Tía estás bien, le digo. Y me hace callar de nuevo, que no sea atrevida dice y me manda al balcón o a la cocina.

Mi tía Adriana vive con mis abuelos. Es linda y joven. Tiene un armario que ocupa la pared lateral de la pieza. Está lleno de cajas apiladas con aros, collares y anillos. Cuando mi tía se va, mi abuela me los presta. Trabaja en una farmacia. Se hace la que es cajera, pero en realidad es filósofa pero tampoco puedo decirlo.

Adriana tenía libros, pero se los llevó Marta. Una amiga de mi tía que quiero más que a mi tía. Marta sabía reírse fuerte y decía malas palabras. Se llevaba bien con mi

papá porque no tenía miedo a nada. Una vez salimos a correr la vuelta a la manzana de noche y mamá no me dejó volver a la casa de mis abuelos por tres meses.

Ahora vive en México, no manda fotos ni postales ni regalos, nada de lo que hace la gente cuando viaja. En el colegio, tampoco puedo hablar de Marta. Le digo a mi papá que me compre un perro porque si no, no puedo hablar de nada. Que parezco tonta de lo muda que me hago. Él se ríe y me dice que aprenda chistes, que eso siempre ayuda a distraer a la gente.

Matías es quien sabe de bromas, pero hace rato que está serio. Nos van a llamar la familia cara de culo. Él dice que los adultos mienten. Que siempre lo hicieron. Que primero con la Navidad, que después con el ratón Pérez. Que Marta se tuvo que esconder para que no la atraparan. Que vivimos en combate como los chicos de Malvinas.

La guerra empezó hace un mes y está obsesionado. Mira televisión a escondidas y tiene un cuaderno. Lleva un diario para los soldados. Anota chistes porque está seguro de que la risa les tapaná el frío. Dice que en las islas la sangre se pone azul. Que lo estudió en geografía y saca el mapa. Señala las dos manchas blancas que son Malvinas y dice, ves, son nuestras. Esto se llama plataforma marítima y nos corresponde por soberanía.

Estamos sentados frente al televisor. Nadie toca la fuente de empanadas. Vemos el programa para recaudar plata para la guerra. En la tele, está Pinky, una mujer que mi mamá escucha por la radio y un señor pelado que vi en otro programa que ve mi papá. Hay chicos como nosotros con banderas argentinas y están contentos. Mi hermano canta argentinos vamos a vencer, argentinos vamos a vencer, mi papá lo reta. Que no cante eso, que eso no se canta, dice. Después mi mamá lo reta a mi papá y le dice que es chico, que lo deje; qué va a hacer, si no entiende, pobrecito, dice, pobrecito. A mí no me retan porque no juego a la guerra, ni a ser soldado, ni me guardo la merienda para mandar a las islas.

La orden para mí es hablar menos.

Mi hermano sigue cantando, vamos argentinos, vamos a vencer, el futuro sigue su camino, hoy el país nos pide todo, demos todo con valor, vamos argentinos, vamos a vencer, argentinos a vencer.

Qué es vencer, mamá.

No sé, hija, pregúntale a tu abuelo.

Es lunes y ya estoy de vuelta en casa. Las veredas están limpias y no hay edificios. Al frente vive Cecilia. Es mi amiga de fuego y a ella sí la dejan ir a las monjas. Hace semanas que no nos vemos. Su padre Pascual es de Buenos Aires. Mi papá dice que a pesar de ser porteño es buen tipo. El abuelo de Pascual es un viejo de

mierda, según mi mamá. Desde que empezó la guerra se hace la que no lo ve cuando estaciona frente de casa.

El viejo abrió una botella de *champagne* la noche que los soldados argentinos llegaron a Malvinas. Quería brindar por las islas. Nos fuimos del asado sin decir nada y desde ese día no veo a Ceci.

Yo le hago espejito, espejito desde la vereda de casa. A ver si la luz del sol nos vuelve a unir. Desde la ventana me hace señas. No la entiendo, pero me pone contenta que al menos me siga queriendo. En casa es difícil jugar a otra cosa que no sea a la guerra. Matías se la pasa disparando, invita amigos a acostarse en el patio y taparse con frazadas. Su sueño es tener un rifle.

Me gusta mi escuela, aunque también me dijeron que tengo que estar callada. En plástica, hacemos escarapelas con papel maché para recibir el mes de mayo. Modelamos sombreros y dibujamos el cabildo. La maestra de historia nos cuenta la historia del 25 de mayo. Habla de nación, de tierra, de patria. También dice algo de Malvinas. Dicta un ejercicio. Que elijamos una palabra para el mural del *hall* de entrada. Un deseo para los chicos de Malvinas en este 25 de mayo. Escribo comida. La maestra me pregunta de dónde saqué esa palabra. Le digo que de una historieta. Qué historieta, qué dónde la vi, que le diga. Insiste y no quiero hablar. Se me viene la cara de mamá y papá diciéndome que hable menos y hago de cuenta que me tragué la lengua.

Me explica que mi palabra no podrá ir en el mural, que piense otra. Escribo celeste y blanco y me dice que está bien, que, aunque sean dos palabras, entendí la consigna. Le dije que eran los colores de la bandera, pero en realidad pensé en el cielo. Cuando quiero irme a otro lado, miro para arriba. A lo mejor a los chicos de Malvinas también les sirva, mirar para arriba, sentir el cielo.

Suena el timbre. Me apuro a salir. Los viernes vamos con Mati a la plaza del centro a dejar chocolates y plata para que les manden a los soldados. Mis padres piensan que vamos a jugar al fútbol al club. Yo junté tres y dos pesos. Mi hermano tiene un botón: trece chocolates y diez pesos. Dice que les robó a mis abuelos y a papá. Ceci está en la parada del colectivo. Ella también va para allá. Su abuela, su mamá y sus tías están en la plaza en el comité de donaciones.

Matías y Ceci se van riendo. No sé de qué hablan, pero me molesta el ruido de la risa. Sube un policía y se pone al lado nuestro. Cuando el colectivo frena la pistola se viene contra mi cara. Ceci dice que no pasa nada, que su abuelo tiene armas en la casa. Que tienen que apretar un botón para que salga la bala. Viajo todo el camino con miedo. Si el policía se cae sobre la pistola, el botón se aprieta, la bala sale y me muero.

Pienso en mi mamá, mi tía y en Marta. Debería bajarme del colectivo y caminar firme por la avenida. Hacer de cuenta que el miedo no me toca y es sólo un

pensamiento equivocado. Ciencia ficción, mentira, como Dumbo o el Topo Gigio. Repaso los consejos: si escucho pasos detrás de mí, dejar pasar a quien camina; entrar a un negocio, detenerme y esperar que el tiempo pase; recién ahí, llamar a casa de mis abuelos. Son los únicos que tienen teléfono.

Tenemos que estar temprano, dos horas antes de que empiece el acto. Papá se quedó en casa para venir con nosotros. A mamá la pone nerviosa que vaya. Alberto, habrá banderas argentinas, Alberto, tratá de disimular porque si no, prefiero que no vayas, Alberto, si dicen algo de las islas por favor quédate callado. Hace tres semanas murieron muchos soldados en un barco. Los ingleses enviaron un submarino por debajo del agua y pusieron una bomba. Todos les dicen los chicos de Malvinas, como si tuvieran la edad de nosotros.

Matías actúa de Juan José Pasos, yo vendo pastelitos. Un corcho manchado de negro me tiñó las mejillas. Soy mulata y tengo los ojos como botón bumbula. Llevo un pañuelo rojo con lunares blancos en la cabeza, la boca pintada y siento gusto a jabón. Veo llegar a papá y a mamá. Los saludo desde un hueco que tiene el telón. Se sientan en la tercera fila. Mamá tiene un vestido azul hasta la rodilla y se hizo *brushing*. Papá fuma cigarrillo. La directora agarra el micrófono. Dice que en esta mañana donde brilla la patria, en lugar del himno vamos a cantar por la recuperación de las Islas Malvinas. Matías detrás del telón aplaude, yo busco a mi papá por la hendija de la tela. Canto bajo el manto de neblina, no las hemos de olvidar y veo a mi papá que no canta, mira el piso. Se hace el mudo como yo, como mi hermano, como mi mamá, como mi tía, como mi tía Marta que no es mi tía, como mi abuelo Mingo, como mi abuela Tita. La lengua retorcida, doblada como un pañuelo. Papá lo hace para que en el colegio nos quieran y nos pongan buena conducta en la libreta. Por ser obedientes, por actuar bien, por caminar firme y derecho, como Juan José Pasos y las vendedoras ambulantes de la Revolución de Mayo.



Leo Oyola

Nació en Isidro Casanova, 1973. Es escritor de policiales y DJ de asaltos. Conduce el programa radial "Locro Western". Entre la docena de libros que lleva publicados, se destacan las novelas *Ultra/Tumba*, *Chamamé* (Premio Dashiell Hammett al mejor policial), y *Kryptonita* (ganador libro del año, llevada al cine por Nicanor Loreti), junto a los relatos de *Nunca Corrí, siempre cobré*. Acaba de lanzar, de manera artesanal por su sello Nuevo Achával Poesía&Zine, el fanzine con el poema *Mr. Majestyk*.

Los ojos más lindos de Isidro Casanova

Para Lauri Fernández y su Turba

Los ojos más lindos de Isidro Casanova, quizás también los más lindos de toda La Matanza –incluso de todo el Paraguay– son los ojos de mi mamá. En ellos, en su mirada, me supo y me sabe transmitir cosas que exceden a las palabras. Son tan expresivos y tan honestos los ojos de mi vieja que te desarman con solo mirarte.

Es muy triste ver a una persona llorar, ¿no?

Y de una congoja superior cuando quien llora es la madre de uno.

Por lo general, tu papá y tu mamá tratan de no llorar delante tuyo porque saben que vos también te vas a largar a hacerlo. Es algo que descoloca: ver a un adulto –que no es cualquier adulto–... llorar. Descoloca y es algo que uno nunca se olvida: las veces que lloraron mamá y papá. Y peor: las veces que hicimos llorar a nuestros viejos.

Creo, estoy muy seguro, si la memoria no me hace una mala jugada, que la primera vez que la vi llorar a mi mamá, la vez que yo recuerdo como primera, fue cuando murió Lennon. Durante un calor espantoso propio de diciembre, andaba ella aguantándose esas ganas hasta que llegó mi papá de trabajar, también visiblemente perturbado. Y se abrazaron, se abrazaron con una intensidad y una desolación que uno a esa edad no sabía si correr hasta ella y él y también abrazarlos aunque no me dieran las manos. O dejar de mirar. Dejarlos solos. A mí me pasó esto último. Instintivamente. Los dejé solos. Saliendo al patio la escuché a mi mamá sollozar en guaraní:

Ojuka chupe.

“Ojuka chupe”.

“Lo mataron”.

Me acuerdo muy bien de eso. Pero aún hoy no consigo saber si yo ya conocía a los Beatles antes o después de que mataran a Lennon.

Ocho meses más tarde, vi llorar a mi mamá otra vez. Pero de una forma muy diferente. Lloraba sonriendo. Lloraba de la alegría, mi vieja. Una alegría

inexplicable para mi hermano y para mí; pero una alegría inmensa porque aquella mañana cuando mi mamá nos despertó para ir a la escuela nos dijo que si queríamos podíamos seguir durmiendo porque: ¡no íbamos a ir a la escuela! No le preguntamos el porqué. Festejamos como cualquier chico a esa edad. Saltando sobre la cama, brazos arriba de los hombros, a coro gritando ¡BIIIIENNNN! Cuando quisimos ir a ver la tele ahí estuvo lo raro: dijo mi mamá que podíamos hacer lo que quisiéramos: jugar a la pelota, incluso a *Titanes en el ring* o *El increíble Hulk* (que teníamos prohibido), hasta usar las gomeritas (prohibidísimas). Podíamos hacer todo lo que estuviera a nuestro alcance. Todo... menos la tele. Que ella tenía que ver algo muy importante.

Vos sos pibe y... no podés con *taaaaanta* libertad de golpe. Y si encima te dicen *todo menos esto*, ¡obvio que lo que vas a querer, que lo único que te va interesar es hacer eso que te dicen no! Así que después de insólitamente aburrirnos por no haber ido a la escuela, con mi hermano el Freduli pispiamos desde la ventana de afuera de la casa en la que me crié, de esa casa que se estaba haciendo, pispiamos lo que estaba mirando mi mamá en la tele blanco y negro.

Y ahí la vimos llorar.

Y sonreír a la vez.

Era el casamiento de Lady Di con el príncipe Carlos.

Lo transmitían en vivo. En horario escolar. No se lo iba a perder.

Para mi mamá, que creció en el medio del campo y de la nada en una región bastante cascoteada del Paraguay; para mi mamá, que creció sin conocer ninguna de las historias populares que se sabían contar y de las que Walt Disney hacía películas de dibujitos animados como *Blancanieves* o la *Cenicienta*, ese casamiento era un cuento de hadas. Que después iba a terminar en una telenovela más triste que *Topacio*. Pero esa es otra historia... del *porqué te quiero*, Carlos Mata.

Pasaron otros ocho meses. *Era en abril*, como cantaban Silvina Garré y Juan Carlos Baglietto. *Tiempos difíciles*, como ese disco de 1982. Y ahí estaba mi mamá, frente al televisor, otra vez llorando. Ya sin sonreír. Mi papá tomándola de la mano. Los dos iluminados por la tele. Viendo a un milico en un balcón. Viendo una plaza colmada. Y ese *si quieren venir que vengan que les presentaremos batalla*. Y en la plaza que se ponen a cantar como en la cancha: ¡Que se venga! ¡Que se venga! ¡Que se venga el principito!, aludiendo a ese supuesto príncipe azul con el que se había casado Lady Di.

Tristísima, y en su lengua natal, mi mamá le decía a mi papá pensando que mi hermano y yo no entendíamos:

Ojukase chupekuera.

“Ojukase chupekuera”.

“Los van a matar”.

Pero el Freduli y yo entendíamos algo del guaraní y no entendíamos ni entendemos aún hoy nada de lo que es una guerra. Y en aquel entonces a ese *ojukase chupekuera*, a ese *los van a matar*, yo creí que ella se estaba refiriendo al príncipe Carlos y a Lady Di. Y no a esos chicos a los que les pidieron que fueran hombres cuando los embarcaron al Atlántico Sur.



Raquel Cané

Nació en Santa Fe, 1974. Estudió diseño gráfico (UNL). Dirigió el arte de Ediciones B, Grupo Z. Ilustra, escribe y diseña libros para Penguin Random House Mondadori Argentina, México y España; Planeta, Capital Intelectual, V&R, Loqueleo, La Brujita de Papel, entre otros. Autora de los libros: *Barba Azul*, *Nina*, *El señor de los sueños*, *Soy*, *Sopa*, entre otros. Ilustró los libros: *O elefante*, de Carlos Drummond de Andrade; *La grasita*, de Mercedes Pérez Sabbi; *La vida íntima de Laura*, de Clarice Lispector; *Noche de luna larga*, de Gloria V. Casaña; *No me sale*, de Anita Martiré; *¿Me prestás?*, de Anita Martiré; *Ana y la gaviota*, de Carolina Esses; *El anillo encantado*, de María Teresa Andruetto, entre otros.

Ilustración: *Monstruos y titiriteros*





María Pia López

Nació en Trenque Lauquen, 1969. Es socióloga y doctora en Ciencias Sociales. También es escritora de novelas y activista política. Fue editora de revistas como *El ojo mocho* y *La escena contemporánea*. Algunos de sus libros de ensayo están vinculados a la historia intelectual latinoamericana, entre ellos *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*; *Yo ya no. Horacio González, el don de la amistad*. Sus últimos libros intervienen sobre los feminismos: *Apuntes para las militancias. Feminismos: promesas y combates*; *Not One Less: Mourning, Disobedience and Desire*; *Quipu. Nudos para una narración feminista*. Desde 2010 escribió una serie de novelas: *No tengo tiempo*, *Habla Clara*, *Teatro de operaciones* y *Miss Once*. Al mismo tiempo, dirigió el Museo del Libro y de la Lengua de la Biblioteca Nacional.

La provincia de la infancia

Siestas de verano, ausencia de la vigilancia adulta. Los juegos en la calle. Bicicletas y charlas infinitas. Las chicas en la vereda, jamás adormiladas, atentas, despiertas, chismosas, tejiendo el aire con una cantinela de relatos, riendo del abuelo de alguna que se paseaba en pelotas atrás del largo ventanal, para que viéramos sus partes, que nosotras, aún tan niñas, creíamos mera distracción. Cosa de viejos. Ahora que lo pienso, el tipo era menos un anciano gagá que alguien de mi edad actual. Piadosas seríamos o ingenuas. O siestas en los patios, a la sombra, a la vera de las gallinas y pollitos y gatos y perros. Uno, Pinino, encarnado homenaje a un jugador de fútbol. Lindo, Pinino. Murió, como otros, atropellado por un auto al cruzar la calle. Siestas para no dormir, escapar de la orden adulta, de la indicación de un descanso, si tan recién venidas a la vida que ningún cansancio nos pertenecía. Dormir era un retiro innecesario. Mejor estar allí, hamacándonos en la charla o en el juego. Juntas, esperando que algo ocurra o que la infancia siga su curso, sin demasiados dolores. Mi hermanita, tanto menor, y su lavandina tomada y la erupción por las ortigas. Pequeños aleteos del riesgo que hacía temblar la serenidad cálida de ese estar un poco a la espera. ¿Qué esperamos en la infancia, sólo crecer? Toda la vida está arrojada a lo que vendrá, pero a la vez en un presente que no cesa, el de ese juego, el de esa siesta. Hasta lo amenazante parecía flotar atenuado.

El Barrio se llamaba Obrero y había sido construido por el peronismo. Mis abuelos tenían una casa con tejas y un terreno que se alargaba hasta el corazón de la manzana. Crecían árboles de mandarinas y limones, y en el borde había una carpintería. El olor a aserrín y el de los pollos teñían el aire; el sonido de esa vida que bullía incluso en las maderas ya cortadas y en los animales que crecían rodeaba nuestras vidas. Crecer parecía fácil aunque fuera doloroso, aunque sabíamos que de todo no podían cuidarnos porque la muerte estaba ahí y ya había segado a mis hermanxs apenas habían nacido. Los tiempos traían otras amenazas. En alguna siesta corrió el saber entre nosotras: un vecino había aparecido muy lastimado, tirado al borde de una ruta, pero aún vivo. Era el director de *La Opinión*, el diario de la ciudad. Esto lo nombro

con las palabras de la adultez y no con aquellas con las que tejíamos el asombro, que ya no puedo recordar, tan alejadas, tan traducidas, tan olvidadas bajo las capas de otras narraciones, o quizás alojadas en algún rincón de mi cuerpo, agazapadas para volver cuando no las esté esperando: un hombre, digo, que había sido detenido ilegalmente por sus compromisos políticos, y había regresado del horror meses después. Un desaparecido que vive.

Asustaba y prometía ese retorno, porque en casa esperábamos la vuelta de Richard, el primo que salió del campo de su familia y de la casa de la abuela para estudiar medicina en la ciudad de las diagonales. Él era joven como la insurgencia misma, arrojado y sensible, un junco delgado y comunista. Vivía en la casa de estudiantes de Trenque Lauquen en La Plata y de allí fue arrancado con otros dos compañeros por una patota militar. Supimos la angustia y el temblor de la espera. Trato de traer el recuerdo y solo tengo a mano las lloradas navidades, porque otra vez no había noticias de la amnistía esperada. No había brindis que no derrapara en una angustia sin medida. Quizás los varones adultos que se emborrachaban rápido y altisonante, hundían en los vasos el temblor, mientras las mujeres de la familia se sacudían en oleadas de lágrimas que trataban de esconder de los más niños. Él no volvía. Luisa, nuestra abuela, india y cocinera, capaz de hacer montañas de pasteles almibarados y abrir su casa para alojar nietas y nietos, cuidarnos con serena distancia, y amarnos sin caricias, despertaba a la noche creyendo escuchar golpes en la puerta, el llamado de su nieto que retornaba. La puerta no volvió a sentir esa mano que reclamaba. Nuestra infancia fue también la del saber de unos libros quemados por prudencia en el patio y el horror de que uno de los nuestros faltaba y cada día esa ausencia remachaba su condición inexplicable. Qué temblor ir creciendo entre esas brumas, las medias palabras, la preocupación general, el dolor impotente. Mi tía, mis tíos, en peregrinación vana ante puertas cerradas, escuchando promesas falsas y mentiras cómplices.

Una niña se acostumbra a escuchar cuando los grandes bajan el tono de voz. O juega alrededor, haciendo fintas de un supuesto entretenimiento, aprendiendo a simular para escuchar lo que creen que no debería. Toda infancia es aprendizaje de otra lengua, la de las mayores, que se aprende a medias, como secreteo, confabulación, espionaje, pasaje entre pares –¿sabés lo que escuché?–. Planetas que chocaban, el de la infancia y su esgrima secreteante con la lengua de la adultez, y un poder concentracionario que se desplegaba en su saber a medias, en su clandestinidad que de vez en cuando se hacía visible, como si tuviera una puerta por instantes un poquito entornada, en ese modo de actuar en las sombras pero dejar huellas a la luz para que el terror se expanda sobre la sociedad entera. Las visitas de Buenos Aires llegaban cargadas de relatos: uno persiste en la memoria de quien jugaba en los alrededores

de la conversación. Jugaba –creo– a la payana, tuerquitas van y vienen, dedos que saltan, que hacer silencioso que permite armar el rincón desde donde atisbar las palabras en voz baja.

El tío Cacho vivía en Monte Chingolo y contaba que una Navidad les militantes habían puesto mesas en la calle para repartir pan dulce y agitar al barrio y que luego eso se convirtió en un intento de tomar lo que llamaba el IAPI y era el cuartel de Monte Chingolo. El ejército había respondido y había matado a las muchachas y muchachos, los habían cazado como perros rabiosos por los barrios. Y que, en los meses posteriores, seguían matando y aparecían en las vías autos con cadáveres destrozados por torturas previas y a otras y otros los tiraban desde aviones. Escuchaba esos fragmentos de historias muy lejanas, que a la vez quedaban cerca, porque estaba mi tío, y conocía su casa, y podía imaginar esa matanza. Eran lejanas, pero Richard estaba ausente y quizás era uno de aquellos muchachos que estaban atados en un auto a la espera de que el tren los arrastre. Qué infancias más tranquilas habrán sido las que tenían como imagen amenazante la del hombre de la bolsa. La nuestra no, ya traía incorporado el repertorio del terror. Cuchicheábamos sobre las torturas y los secuestros, a escondidas, pasando esa información clandestina que no nos servía más que para agitar el miedo.

¿Recuerdo ese relato de Monte Chingolo o surge de otros, leídos por ésta que escribe? Recuerdo, estoy segura, lo de los pan dulces y los autos en las vías. El resto puede provenir del pegoteo de lo que fui sabiendo, de lo que fuimos entendiendo, en nuestra persistente media lengua social, la que usamos para decir lo innombrable de la crueldad. Fragmentos, porque el acto de recordar es una suerte de manoteo de lo que se presenta y se esconde. Astillas. La niña que escuchaba era la que andaba en bicicleta y a veces la olvidaba y volvía caminando. Era la que usaba un uniforme siempre mal acomodado para ir a la escuela y la que portaba un pelo abundante demasiado tentador para los piojos. No diría que la recuerdo feliz, más bien, carne de una melancolía y un cierto temor. ¿Cómo no tenerlo si sabíamos que el pasaje a la vida adulta podía ser, también, la condena a muerte?

En la casa del Barrio Obrero jugábamos en una habitación que había sido la de mi tía más joven. No eran peronistas y sin embargo alguien había colgado un póster de Perón y de Eva. Y un caballo manchado. Él de gala militar, ella vestida de princesa. Cerca un enorme cajón y las fotos de Sandro. Esas recuerdo. Entorno fotográfico de los primeros ensueños eróticos. Lo popular y sus tonos. Mientras, se jugaba un Mundial de fútbol. La escuela, entera, arrojada a seguir la anotación de los partidos. Cada día había que pintar en el cuaderno las banderitas de los países que ese día se enfrentaban. Vagoneaba en la cama, eso recuerdo, y los lápices de colores sin punta

raspando la hoja. Pintar no era lo mío, pero ahí nos pedían eso que mi infancia no dejaba de despreciar. Aún en su no saber, en su ignorancia de sí, intuía que el aburrimiento era un índice a considerar. Ninguna de las banderitas quedó en mi recuerdo y tengo que buscar la información en los dispositivos digitales cada vez que necesito identificar alguno de esos símbolos. El lápiz sin punta, agotado, rayaba una tarea mal resuelta. Chirriaría sobre el papel, sobre el cuaderno que la maestra apartaría con disgusto, tan feo pintado. Fiaca de los inviernos. Imposible levantarse con ganas, si el pasto se blanqueaba con la escarcha y la escuela solo nos reclamaba a la tarde, y allí iba la niña, con las rodillas coloradas de frío, la pollera gris y el saquito azul, y una corbata con elásticos medio torcida, y su cuaderno en el que no podía anotar sus llantos ni sus miedos, porque intuía que de eso no se podía hablar ni se hablaría. El Mundial fue alegre y a la vez lejano, no se festejaba en Trenque Lauquen o no fui parte de los festejos, o en mi casa y mi familia toda alegría estaba agujereada. Hueco, huequito, que va quedando, o el saber que ya niña era sobreviviente.

Agujereada la vida y la celebración, cómo no saberlo, si fueron pasando los años y un día llegó Malvinas, y la niña atolondrada, cada vez menos niña, se emocionó ante una pantalla que mostraba una plaza llena y un militar iracundo. Se conmovió, esa que recuerdo entre los fantasmas de mis propias palabras, y quiso sumarse, espectadora, al festejo que ocurría en una ciudad tan distante que ni siquiera conocía más que de pasada. Su madre, la mía, mamá, abandonó la consabida ternura para alzar su mano en cachetada. Sucedió. La mejilla roja y el llanto que cambiaba de razones. Creo que la frase fue: no seas tarada, una guerra no se festeja. Ay mamá, si supieras cuánto agradecí la pedagogía brusca de ese día, aunque mi populismo más tenaz que el tuyo reclame mis pies cada vez que la multitud se da cita. Ay mamá, no hablamos mucho de esa escena y, sin embargo, me hubiera gustado saber qué te condujo a tanta claridad. Sospecho que esos largos años de saber de la represión y de la muerte, del mascullar desapariciones y asentar torturas en la memoria, cómo ibas a confiar en ese ataque militar. Veinte años después la joven que había sido aquella niña se encontraba con el libro de León Rozitchner para repasar los argumentos que una mano sintetizó sobre su rostro. Pedagogías frente a un aparato de tevé, en una casa con tejas a la que volvía, tarde tras tarde. No vivíamos ahí, si no en otro barrio de viviendas populares, en la otra punta de la ciudad, pero de la construcción del Fonavi. Casas más pequeñas venían a proponer una austeridad racionalista allí donde el peronismo se había despachado con el ensueño californiano. Racionalista –vale aclarar– no como escuela arquitectónica sino como extremado cálculo de costos y metros, para construir barrios de casas baratas que ese fondo estatal construía y daba a pagar en largas cuotas a las familias que las recibían. Menos imágenes de esa casa persisten salvo

los juegos y el miedo, porque cruzando la calle había un depósito, quizás también de maderas –no llegan recuerdos precisos y ya no están les grandes para preguntarles qué era ese lugar–, pero de allí salían ratas y las ratas atravesaban prestas el patio de la casa y me veo a mí, aterrada, mirando por la puerta de la cocina. Aterrada, porque entre los relatos que circulaban en el barrio, había alguno que contaba que habían masticado o comido a un bebé dormido. Toda época tendrá sus cuentos de terror, que circulan en el rumoreo social y en la lengua asustada de las infancias. Pero me asombra que en mi memoria de niña estaban esas historias y las narraciones de torturas. Historias que pocos años después iba a leer en el *Nunca más*, ahí pasaban de oreja a oreja entre nosotres, niños de un barrio popular, sin saber bien a quién se atribuían. Sabíamos y no sabíamos. Un militar llegó con su familia a vivir a la ciudad, una de las niñas –eran cuatro los párvulos– fue a nuestro grado. Rubia seriedad y defensa de una supuesta austeridad militar. No recuerdo el apellido. Sí, otro rumor: él estaba retirado porque había participado de la represión de Monte Chingolo. Seguían llegando astillas de la toma de ese cuartel, y me empeñaba en ir tomando cada una, guardarlas a la espera de componer con ellas una forma comprensible, una forma en la que el miedo se pueda narrar y decir y conjurar.

Malvinas fue conmoción, opaco entusiasmo y fracaso poético. Porque en la escuela pasamos de las banderitas del Mundial al concurso de poemas y la presunta escritora siguió el consejo materno y escribió su poema pacifista, condenatorio a la guerra y al patriotismo. El poemita redundó en objeto de desdén para la docente a cargo, porque no venía a abonar el clima pretendido del festejo colectivo. Mi primer concurso. El que marcaría una larga secuencia de fracasos, porque no hubo ninguno, de los pocos que intenté, en que las palabras recibieran alguna palma triunfal. Malvinas fue también final de escuela, ese séptimo grado en el que las pibas y pibes respiran ansiedad por seguir por otro lado, para concluir de algún modo las infancias. O seguir terminándolas. El año anterior, un 17 de octubre, Reutemann salía segundo en un gran premio de Fórmula 1, mientras esperábamos que llegue a casa nuestro hermano nacido unos días antes y la fecha se volvió inolvidable. Recuerdo la espera, la habitación caliente para que el niño que salía de una incubadora estuviera protegido, la sensación de que ahí, ante alguien tan pequeño, la infancia propia había terminado. Ese día quien narra cumplía 12 años.

Mucho empezaba a terminar, también la dictadura. Aunque en esa escuela católica sería difícil considerar que empezaba la transición a otra cosa llamada democracia, porque el colegio era regido por un cura que con el tiempo sabríamos denunciado por pedofilia y por complicidad con el terrorismo de Estado, amigo de Von Wernich y en la línea de quien me bautizó, el obispo Ogñenovich. El corazón

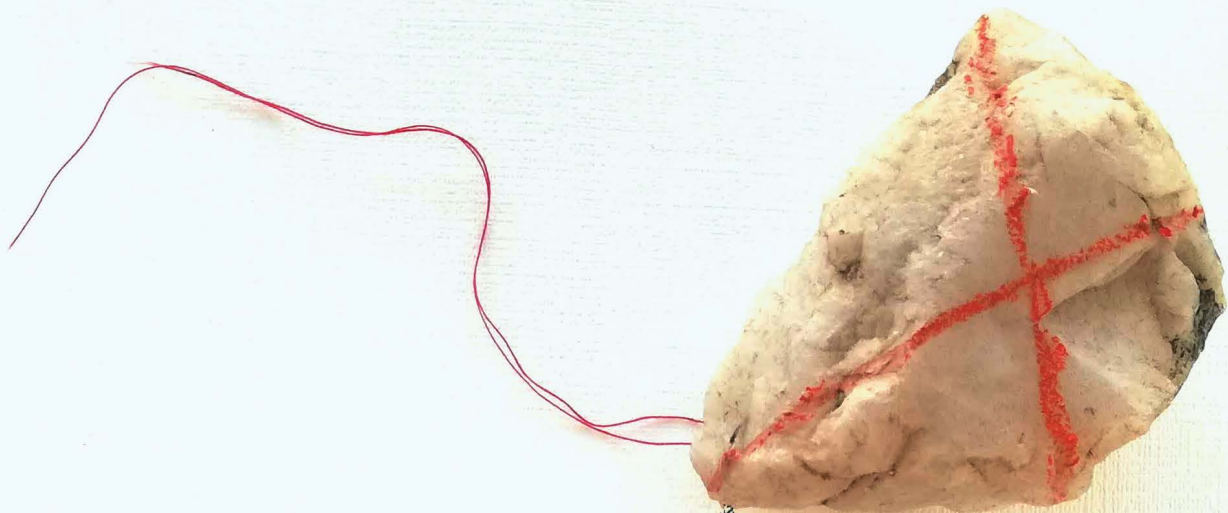
de la derecha católica, desplegando sus fuerzas en una ciudad pequeña, arbolada, tranquila. El cura se encargaría en los años siguientes de vigilarnos y señalarnos cuando nos veía circular por las noches, en grupitos de jóvenes que creían que con una cerveza y un porro estaban fundando, una vez más, la contracultura. O nos hacían parar, a las chicas, en fila, para controlar el largo de las polleras y enviar de nuevo a la casa a las que exhibían un poco más de lo debido. Centímetros supervisados, que reactualizaban otras vueltas al hogar, en las que eras devuelta por piososa. Ceremonias de humillación, que tan bien conocen las instituciones, y que se van anotando en el cuerpo como huellas, marcas, miedos. ¿O dejé de temer que en alguna revisión me toque volver a salir de la fila, y caminar como leprosa a corregir la falta?

La adolescente ya no sufría esas cosas sino que las convertía en objeto de reivindicación y en fiesta rebelde. No quería seguir en la fila, aspiraba a la exclusión y la condena que la convertía en una pura verdad frente al simulacro social. No porque no fuera confusa, lo suyo era un balbuceo, un deseo, una fuga más aspirada que real. Queríamos que nuestra ciudad fuera un barrio de la agitada Buenos Aires y cultivábamos el amor por *La Sobrecarga*, esos jóvenes díscolos, músicos y poetas que habían llegado a la gran urbe y cuyas canciones bailábamos en cada tertulia. Mi abuela Luisa decía que si veías venir a esos muchachos, había que cruzarse de vereda, de tan peligrosos que eran o tan contagioso su entusiasmo por sustancias no permitidas.

Para muchas personas de mi familia, irse a la gran ciudad a estudiar era el punto más alto del peligro y así había sido con mi primo, el primer universitario de una familia de laburantes. Sin embargo, la adolescencia fue en parte una espera de esa migración, espera entre amigos, entre vistas infinitas de *The Wall*, discos y cervezas, libros pedidos en bibliotecas privadas y públicas, ávida búsqueda de lo que no conocía, viajes a dedo, amores veloces, tardes de verano al sol y pileta compartida, conversaciones y chismes, dolores infinitos y vergüenzas cada vez renovadas, malas notas y sanciones disciplinarias. Espera, espera de esa migración para estudiar en la universidad, que daría un giro a mi vida. Esa es otra historia.

Láminas





Isol Misenta, *Aires del '82*



Hoy le escribí una carta
a mi querido hermano...
Mi mamá me ha contado
que él es un buen soldado
que cuida las fronteras
de la patria



Cartas para los hermanos.
Los soldados eran los
hermanos de alguien como yo.
Yo también tenía un
hermano más grande,
de nueve años.

2 de abril de 1982

Grado: 1º



Sentí miedo,

un miedo
parecido a nada

En la escuela hacíamos
colectas para los
soldados. Algunas
mamá tejían abrigos



Me enteré de la
guerra escuchando
a los adultos

así se veían los
bombardeos
en la tele



¿Mi hermano
también va a ser
un soldado?

¡¡¡El que
no salta es
un inglés!!!



Hacíamos simulacros
de bombardeos



¿Cómo será
un inglés?



Para mi
las bombas
eran así



En la escuela
cantábamos
ésto y las
maestras
aplaudían





Cuando tenía diez me lo explicaron:
Todo era Patria y Heroísmo,
todo azul y blanco.
Me aseguraron que el amarillo
le pertenecía únicamente al
Sol de la Victoria, y que el
rojo... no existía.

Me mintieron.

Poly Bernatene, *Me lo contaron en colores*



Rte: Epitafio Olivos
Escuela Presidente Mitre
(1032) Capital Federal

POR AVION

A un soldado de Malvinas
Comando IV cuerpo del ejército

Querido Soldado:

22 de Abril de 1982

Cynthia Orenszajn, *Carta a un soldado*



Costhanzo, *Bajo fuego*





Malvinas

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Prólogo

María Teresa Andruetto

Arte de tapa

Isol Misenta

Autores

Fernanda García Lao

Roberta Iannamico

María Elina Méndez

Luciano Saracino

Mariano Quirós

Matías Trillo

Ariel Williams

Julián Axat

Poly Bernatene

Marcelo Guerrieri

Patricia Suárez

Cynthia Orensztajn

Alejandra Kamiya

Eduardo Sacheri

Costhanzo

Gustavo Murillo

Sergio De Matteo

Silvia Mellado

Nicolás Arispe

Viviana Ayilef

Pablo Bernasconi

Natalia Ferreyra

Leo Oyola

Raquel Cané

María Pia López

